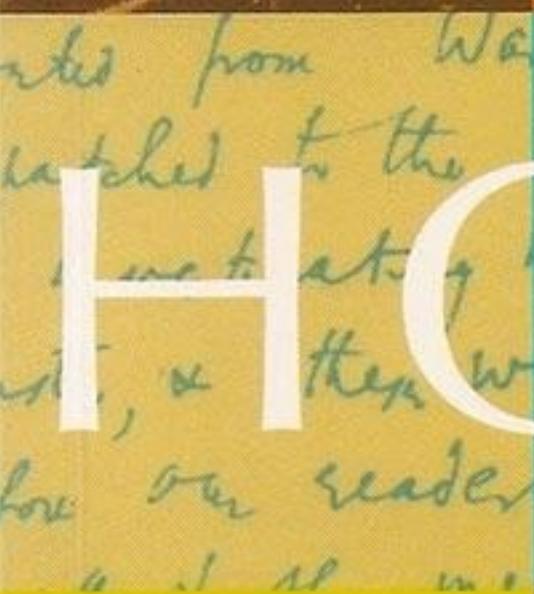
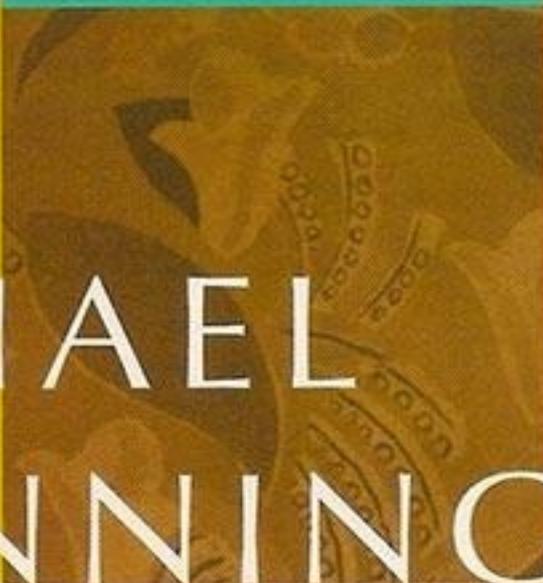




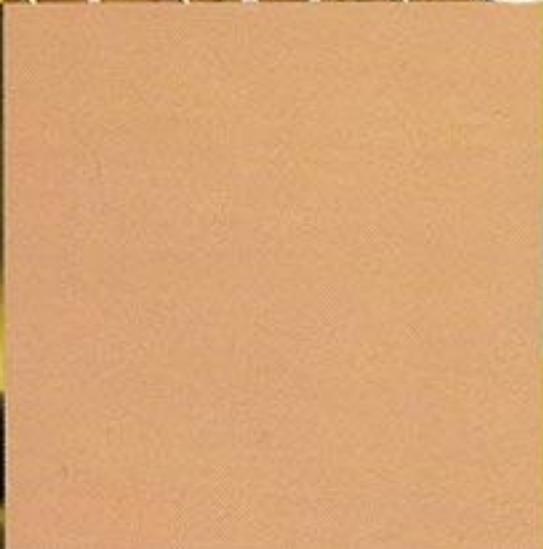
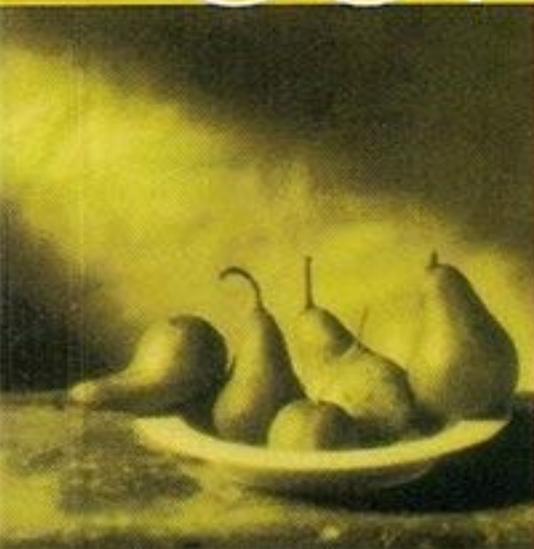
L A S



H O R A S



M I C H A E L
C U N N I N G H A M



Lectulandia

Una mañana de 1923, en un suburbio de Londres, Virginia Woolf se despierta con la idea que se convertirá en *La señora Dalloway*. En los años noventa, en Nueva York, Clarissa Vaughan compra flores para una fiesta en honor de Richard, un antiguo amigo enfermo de sida que ha recibido un importante premio literario. En 1949, Laura Brown, un ama de casa de Los Ángeles, prepara una tarta de cumpleaños para su marido con la ayuda de su hijo pequeño. Éstas son las tres mujeres, y los momentos de partida, de *Las horas*, una emotiva novela que se adentra en el mundo de Virginia Woolf con extremada sensibilidad e inteligencia. Al igual que la protagonista de su obra, los personajes se debaten entre la soledad, la desesperanza y el amor por la belleza y la vida hasta unirse en un trascendente final.

Llena de pasión, profunda, enormemente conmovedora, *Las horas* es un homenaje a esos momentos llenos de posibilidades que nunca dejamos de visitar en nuestra memoria, cuando la vida se abrió en su esplendor para ofrecernos mucho más de lo que habíamos imaginado.

Lectulandia

Michael Cunningham

Las horas

ePub r2.0

Titivillus 29.01.15

Título original: *The hours*
Michael Cunningham, 1998
Traducción: Jaime Zulaika

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Un tercer tigre buscaremos. Éste
Será como los otros una forma
De mi sueño, un sistema de palabras
Humanas y no el tigre vertebrado
Que, más allá de las mitologías,
Pisa la tierra. Bien lo sé, pero algo
Me impone esta aventura indefinida,
Insensata y antigua, y persevero
En buscar por el tiempo de la tarde
El otro tigre, el que no está en el verso.

JORGE LUIS BORGES

El otro tigre, 1960

No tengo tiempo de describir mis planes. Debería decir muchas cosas sobre *Las horas* y mi descubrimiento; cómo excavo hermosas grutas detrás de mis personajes; creo que eso plasma exactamente lo que quiero; humanidad, humor, hondura. La idea es que las grutas conecten entre sí, y cada una sale a la luz del día en el momento presente.

*del diario de Virginia Woolf,
30 de agosto de 1923*

Prólogo

Sale precipitadamente de casa, con un abrigo demasiado grueso para el tiempo que hace. Es 1941. Ha estallado otra guerra. Ha dejado una nota para Leonard y otra para Vanessa. Se dirige con determinación hacia el río, segura de lo que va a hacer, pero incluso ahora, casi la distrae la vista de los Downs, la iglesia y las ovejas dispersas, incandescentes, teñidas de una ligera tonalidad verdosa, que pacen bajo un cielo encapotado. Se detiene, mira a las ovejas, mira al cielo y prosigue su marcha. Las voces murmuran a su espalda; los bombarderos zumban en el cielo, pero busca aviones y no ve ninguno. Se cruza con uno de los peones de la granja (¿no se llama John?), un hombre robusto y de cabeza pequeña que lleva un chaleco de color patata y está limpiando la zanja que corre por el mimbreral. El hombre alza la vista hacia ella, saluda con un gesto, vuelve la mirada hacia el agua pardusca. Al sobrepasarle, de camino hacia el río, piensa en la suerte que él tiene, el triunfo que supone limpiar una zanja entre mimbres. Ella ha fracasado. A decir verdad, no es una escritora en absoluto; no es más que una excéntrica con talento. Reflejos del cielo brillan en los charcos formados por la lluvia de la noche anterior. Los zapatos se le hunden levemente en la tierra blanda. Ha fracasado y ahora vuelven las voces, que murmuran nítidamente fuera de su campo de visión, a su espalda, aquí, no, se gira y se han ido a otro sitio. Han vuelto las voces y la cefalea se aproxima, tan cierta como la lluvia, ese dolor que aplastará su identidad, sea cual sea, y ocupará su lugar. La cefalea se acerca y parece (¿es ella o no es ella quien los conjura?) que los bombarderos han reaparecido en el firmamento. Llega al terraplén, lo escala y desciende por el otro lado al río. Hay un pescador a lo lejos, río arriba, no la verá ¿o sí? Busca una piedra. La búsqueda es rápida pero metódica, como si estuviese siguiendo una receta que para salir bien exige una obediencia escrupulosa. Escoge una que tiene el tamaño y la forma aproximados del cráneo de un cerdo. Al levantarla y meterla con esfuerzo en un bolsillo del abrigo (el cuello de piel le cosquillea en la nuca), no puede por menos de advertir el frío tacto calcáreo de la piedra y su color marrón lechoso, con pintas verdes. Está cerca de la orilla del río, que lame la ribera y llena las leves hondonadas de barro de un agua clara que podría ser de una sustancia completamente distinta de la lámina, de un marrón amarillento y de un aspecto sólido como una calzada, que se extiende, plana, desde una ribera a otra. Da un paso adelante. No se descalza. El agua está fría, pero no es un frío insoportable. Se detiene, con el agua hasta la altura de las rodillas. Piensa en Leonard. Piensa en sus manos y en su barba, en sus hondas grietas

alrededor de la boca. Piensa en Vanessa, en los niños, en Vita y en Ethel: en tantas personas. Todas han fracasado, ¿no? De repente siente por ellas una pena inmensa. Imagina que se da media vuelta, saca la piedra del bolsillo y regresa a casa. Probablemente llegaría a tiempo de destruir las notas. Seguiría viviendo; podría concederles esa deferencia última. Decide no hacerlo, con las rodillas hundidas en el agua móvil. Oye las voces, la cefalea se acerca, y si vuelve a confiarse al cuidado de Leonard y de Vanessa, ¿acaso la dejarán marcharse? Decide insistir en que la dejen irse. Avanza a trompicones (el fondo es resbaladizo) hasta que el agua le llega a la cintura. Mira río arriba al pescador que lleva una chaqueta roja y que no la ve. La superficie amarilla del río (más amarilla que parda cuando se mira de cerca) refleja turbiamente el cielo. Éste es, pues, el último momento de percepción veraz, un pescador de chaqueta roja y un cielo nublado que se refleja en el agua opaca. Casi involuntariamente (a ella le parece involuntario), da unos pasos o tropieza hacia delante, y la piedra tira de ella. Por un instante, empero, no hace nada; parece otro fracaso; es sólo agua helada de la que podría salir nadando; pero entonces la corriente se le enrosca alrededor y se la lleva con una fuerza tan súbita y potente como si un hombre fuerte hubiese surgido del fondo, la hubiera agarrado de las piernas y las hubiera apretado contra el pecho. Parece algo físico.

Más de una hora después, su marido vuelve del jardín.

—La señora ha salido —dice la criada, sacudiendo una almohada raída que desprende una minúscula tormenta de plumas—. Ha dicho que volvía en seguida.

Leonard sube al cuarto de estar para oír las noticias. Sobre la mesa encuentra un sobre azul, dirigido a su nombre. Dentro hay una carta.

Queridísimo:

Tengo la certeza de que otra vez me estoy volviendo loca: noto que no podré aguantar otra de esas épocas horribles. Y esta vez no me repondré. Empiezo a oír voces y no puedo concentrarme. Por eso voy a hacer lo que parece la mejor solución. Me has dado la mayor felicidad posible. Has sido en todos los sentidos todo lo que alguien puede ser. Creo que no ha habido dos personas más felices hasta que llegó esta enfermedad terrible. No puedo luchar más, sé que te estoy estropeando la vida, que sin mí podrías trabajar. Y sé que lo harás. Ya ves que ni siquiera acierto a escribir esto debidamente. No puedo leer. Quiero decir que te debo toda la felicidad de mi vida. Has sido conmigo de lo más paciente e increíblemente bueno. Quiero decir que... todo el mundo lo sabe. Si alguien hubiese podido salvarme, habrías sido tú. Lo he perdido todo menos la certeza de tu bondad. No puedo seguir arruinándote la vida. No creo que haya dos personas que hayan sido más felices que nosotros.

V.

Leonard sale corriendo de la habitación, corre escaleras abajo. Dice a la sirvienta:

—Creo que a la señora Woolf le ha pasado algo. Creo que puede haber intentado suicidarse. ¿Hacia dónde ha ido? ¿La ha visto salir de casa?

Presas del pánico, la criada se echa a llorar. Leonard sale corriendo en dirección al río, pasa por delante de la iglesia y las ovejas, por delante de los juncos. En la orilla no ve a nadie más que a un hombre con una chaqueta roja, pescando.

La corriente la arrastra velozmente. Parece que vuela, forma una figura fantástica, con los brazos extendidos, el pelo ondeante, la cola del abrigo de piel como una estela inflada. Flota pesadamente, a través de rayos de luz parda y granulosa. No va muy lejos. Sus pies (ha perdido los zapatos) tocan el fondo a intervalos, y cuando lo hacen levantan una lenta nube de suciedad, llena de las negras siluetas de esqueletos de hojas, que permanecen casi estacionarias en el agua en cuanto ella pasa y se pierde de vista. Cintas de algas verdinegras se le enredan en el pelo y en la piel del abrigo, y por un momento le ciega los ojos la gruesa liana de un alga que finalmente se desprende y flota, se enrolla y se desenrolla.

Por último encuentra un punto de descanso contra uno de los pilares del puente de Southeast. La corriente la empuja, la sacude, pero está firmemente sujeta por el basamento de la columna compacta y cuadrada, de espaldas al río y con la cara contra la piedra. Se enrosca allí, con un brazo doblado contra el pecho y el otro a flote sobre la elevación de la cadera. A cierta distancia por encima de ella está la superficie brillante y ondulada. El cielo proyecta sobre el río reflejos inestables, blancos, preñados de nubes, surcados por las negras formas, recortadas, de grajos. Arriba, en el puente, suena el estruendo de coches y camiones. Un chiquillo —no tendrá más de tres años—, cruza el puente con su madre, se detiene en la barandilla, se agacha e introduce entre las tablillas de la baranda el palo que lleva en las manos, para que caiga al agua. La madre le apremia, pero él insiste en quedarse mirando la corriente que se lleva el palo.

Aquí están, a primeras horas de un día de la segunda guerra mundial: el niño y su madre en el puente, el palo que flota en el agua, y el cuerpo de Virginia en el fondo del río, como si soñara con la superficie, el palo, el niño y su madre, el cielo y los grajos. Un camión de color pardo aceituna cruza el puente, cargado de soldados de uniforme, que saludan con la mano al niño que acaba de lanzar el palo. Él responde al saludo. Exige a su madre que le coja en brazos para ver mejor a los soldados y para que ellos puedan verle mejor. Todo esto penetra en el puente, resuena en su madera y en su piedra, y penetra en el cuerpo de Virginia. Su cara, prensada de costado contra el poste, lo absorbe todo: el camión y los soldados, la madre y el niño.

La señora Dalloway

Todavía hay que comprar las flores. Clarissa finge exasperación (aunque adora hacer recados así), deja a Sally limpiando el cuarto de baño y sale corriendo, prometiendo que volverá dentro de media hora.

Estamos en la ciudad de Nueva York. Estamos a finales del siglo xx.

La puerta del vestíbulo se abre a una mañana de junio tan hermosa y lavada que Clarissa hace un alto en el umbral como lo haría en el borde de una piscina, y contempla el agua turquesa que lame los azulejos, las redes líquidas de sol que oscilan en las profundidades azules. Como si estuviera al borde de una piscina, posterga un momento la zambullida, la rápida membrana del escalofrío, el puro sobresalto de la inmersión. Nueva York, con su bullicio y su decrepitud severa y parda, su declive insondable, produce siempre unas pocas mañanas de verano como ésta; mañanas invadidas en todas partes por una afirmación de vida tan resuelta que parece casi cómica, como un personaje de dibujos animados que sufre castigos interminables y atroces, y siempre sale ileso, intacto, dispuesto a sufrir más. Este junio, de nuevo, los árboles que flanquean la calle Diez Oeste han producido hojitas perfectas a partir de las pellas de caca de perro y los envoltorios desechados que los contienen. De nuevo en el tiesto del alféizar de la anciana que vive en la casa de al lado, lleno como siempre de mustios geranios rojos de plástico, insertados en la tierra, ha brotado un pícaro diente de león.

Qué emoción, qué conmoción estar viva una mañana de junio, próspero, casi un escandaloso privilegio, y con un solo recado que hacer. Ella, Clarissa Vaughan, una persona corriente (a su edad, ¿para qué molestarse en negarlo?) tiene flores que comprar y una fiesta que dar. Al bajar las escaleras del vestíbulo, el zapato de Clarissa establece un contacto de arenisca con la piedra rojiparda, vetada de mica, del primer peldaño. Tiene cincuenta y dos años recién cumplidos y una buena salud que es casi insólita. Se siente exactamente igual de bien que se sentía aquel día en Wellfleet, cuando tenía dieciocho años, en que salió por las puertas de cristal a una mañana muy parecida a ésta, fresca y casi dolorosamente clara, exuberante de vida. Había libélulas zigzagueando entre las enneas. Había un olor a hierba agudizado por savia de pino. Richard apareció detrás de ella, le puso una mano en el hombro y dijo: «Vaya, hola, señora Dalloway». El nombre de señora Dalloway había sido idea de Richard: una engreída licencia tomada una noche ebria en el dormitorio en que él le aseguró que Vaughan no era un apellido adecuado para ella. Le dijo que debería

llamarse como alguna gran heroína de la literatura, y mientras ella abogaba por Isabel Archer o Anna Karenina, Richard había insistido en que la señora Dalloway era la única y obvia opción. Quedaba la cuestión de su nombre de pila, un signo demasiado evidente para no tenerlo en cuenta, y, más importante aún, la cuestión más amplia del destino. Ella, Clarissa, claramente no estaba destinada a sufrir un matrimonio desastroso o a caer bajo las ruedas de un tren. Su destino era hechizar, prosperar. Conque ella era y sería la señora Dalloway.

—¿No hace un día precioso? —dijo aquella mañana la señora Dalloway a Richard.

—La belleza es una puta —respondió él—. Prefiero el dinero.

Él prefirió el ingenio. Como Clarissa era la más joven, la única mujer, pensó que podía permitirse un cierto sentimentalismo. Si fuera a finales de junio, ella y Richard habrían sido amantes. Haría casi un mes que Richard habría abandonado el lecho de Louis (Louis era la fantasía del granjero, la personificación de la carnalidad de ojos indolentes) y habría ido al de ella.

—Bueno, pues a mí me gusta la belleza —había dicho ella. Le había retirado la mano del hombro y mordido la punta del dedo índice, un poquito más fuerte de lo que pretendía. Ella tenía dieciocho años y estaba rebautizada. Era libre de hacer lo que quisiera.

Los zapatos de Clarissa produjeron su suave raspadura cuando descendió las escaleras para comprar flores. ¿Por qué no la entristecía más la buena suerte de Richard («una voz profética, angustiada, de las letras norteamericanas») y su perversamente simultánea decadencia («Que hayamos podido detectar, no tiene ningún linfocito T»)? ¿Qué le pasa a Clarissa? Ama a Richard, piensa en él continuamente, pero quizás ama un poquito más el día. Ama la calle Diez Oeste una ordinaria mañana de verano. Se siente como una viuda fulanesca, con el pelo recién teñido debajo del velo negro y un ojo puesto en los hombres idóneos que asisten al velatorio de su marido. De los tres —Louis, Richard y Clarissa—, ella siempre ha sido la más dura de corazón, y la más proclive a idilios. Ha aguantado las pullas a este respecto durante más de treinta años; hace mucho que decidió desistir y disfrutar de sus impulsos indisciplinados y voluptuosos, que, como dijo Richard, suelen ser tan despiadados y tiernos como los de un niño especialmente irritante y precoz. Sabe que un poeta como Richard vivirá con seriedad esta misma mañana, hará su crónica, descartando la fealdad fortuita y la belleza casual, en busca de la verdad económica e histórica que se esconde detrás de esas viejas casas urbanas de ladrillo, de las austeras filigranas de piedra de la iglesia episcopal y del hombre flaco, de mediana edad, que pasea a su terrier *Jack Russell* (esos perritos belicosos y zambos proliferan de pronto en la Quinta Avenida), mientras que ella, Clarissa, se limita a gozar sin motivo de las casas, la iglesia, el hombre y el perro. Es pueril, lo sabe. No es sutil. Si tuviera que expresarlo públicamente (ahora, a su edad), este amor suyo la confinaría en el reino de los incautos y los cortos de luces, de los cristianos con guitarras acústicas o las

esposas que han accedido a ser inofensivas a cambio de que las mantengan. Aun así, este amor indiscriminado le parece a ella totalmente serio, como si todo en el mundo formara parte de un vasto e inescrutable designio y todas las cosas del mundo tuviesen su propio nombre secreto, un nombre que no puede transmitir el lenguaje, sino que es simplemente la visión y el tacto de la cosa misma. Esta parte determinada y perdurable es lo que ella considera su alma (una palabra engorrosa y sentimental, pero ¿de qué otro modo llamarla?); la parte que es concebible que podría sobrevivir a la muerte del cuerpo. Clarissa nunca habla de esto con nadie. No lo vierte a borbotones ni gorjea. Se limita a proferir exclamaciones ante las muestras obvias de la belleza, e incluso entonces consigue aparentar un cierto aspecto de contención adulta. La belleza es una puta, dice ella a veces. Prefiero el dinero.

Esta noche da una fiesta. Llenará de comida y de flores las habitaciones de su apartamento, así como de gente con ingenio e influencia. Hará de lazarillo de Richard en la fiesta, cuidando de que no se fatigue demasiado, y luego le llevará a la parte alta de la ciudad para la entrega del premio.

Endereza los hombros mientras aguarda a que cambie el semáforo en la esquina de la calle Ocho con la Quinta Avenida. Ahí la tienes, piensa Willie Bass, que se cruza con ella algunas mañanas por estas latitudes. La antigua beldad, la antigua hippie, con el pelo todavía largo y de un gris desafiante, en una de sus rondas matutinas con tejanos, camisa de algodón, de hombre, y una especie de sandalias étnicas (¿India?, ¿Centroamérica?). Conserva cierto atractivo erótico; un toque bohemio, un encanto como de bruja buena; pero esta mañana irradia un aire trágico, tan tiesa con su camisa holgada y su calzado exótico, resistiendo la atracción de la gravedad, una mamut hundida ya hasta las rodillas en el alquitrán y queja intervalos descansa del esfuerzo, voluminosa y altiva, casi desdeñosa, fingiendo que contempla las hierbas tiernas que esperan en la orilla opuesta, aunque ya empieza a tener la certeza de que se quedará donde está, atrapada y sola, después del anochecer, cuando salen los chacales. Aguarda pacientemente ante el semáforo. Ha debido de ser una mujer espectacular hace veinticinco años; los hombres debían de morirse felices en sus brazos. Willie Bass está orgulloso de su capacidad de discernir la historia de un rostro; de entender que quienes ahora son viejos fueron jóvenes un día. La luz cambia y Clarissa echa a andar.

Cruza la calle Ocho. Ama, sin poderlo remediar, el televisor roto y abandonado en la acera, junto a una sola zapatilla blanca de charol. Ama el carro del vendedor ambulante, repleto de brécoles, melocotones y mangos, cada uno con una etiqueta que anuncia un precio en medio de signos de puntuación profusos: «\$1.49!!», «¡3 por UN dólar!», «¡50 centavos cada uno!!!». Más adelante, debajo del arco, una anciana con un vestido oscuro y de buen corte parece que canta, plantada exactamente entre las estatuas gemelas de George Washington, como guerrero y como político, ambas efigies destruidas por el clima. Es la algarabía y la palpitación de la ciudad lo que conmueve; su espesura; su infinita vida. Conoces la historia de que Manhattan era un

erial comprado con collares de cuentas, pero te parece imposible creer que no siempre ha sido una ciudad; que si la excavas encontrarías debajo las ruinas de otra más antigua y después las de otra y otra más. Bajo el cemento y la hierba del parque (ha entrado en el parque ahora, donde la anciana canta y echa la cabeza hacia atrás), yacen los huesos de los sepultados en la fosa común que fue simplemente pavimentada, hace cien años, para construir Washington Square. Clarissa camina por encima de los cadáveres mientras unos hombres susurran ofertas de drogas (a ella no), y tres muchachas negras pasan zumbando en sus patines y la anciana canta, desafinando, *iiiiii*. Clarissa se siente voluble y jubilosa por la suerte que tiene, por su buen calzado (comprado en Barney, pero aun así); delante tiene, en definitiva, la compacta miseria del parque, visible incluso por debajo de su capa de césped y flores; ahí están los camellos de droga (¿llegarían a matarte, llegado el caso?) y los lunáticos, los aturdidos y los desnortados, la gente cuya estrella, si alguna vez la tuvieron, les ha abandonado. Así y todo, ella ama del mundo que sea crudo e indestructible, y sabe que hay otras personas que también deben de amarlo, tanto ricos como pobres, aunque nadie hable de las razones concretas. ¿Por qué, si no, seguimos viviendo, por muy comprometidos, por muy dolidos que estemos? Aunque estemos aún más allá que Richard; aunque estemos descarnados, lacerados de lesiones, nos caguemos en las sábanas; a pesar de todo, desesperadamente, queremos vivir. Tiene que ver con todo esto, piensa. Ruedas que zumban sobre el hormigón, su alboroto y estruendo; láminas de brillante rocío que brotan de la fuente mientras jóvenes descamisados lanzan un *frisbee* y los carritos forrados de metal plateado de los buhoneros (de Perú, de Guatemala) despiden un humo punzante y carnosos; ancianos y ancianas que se estiran para recibir los rayos de sol desde los bancos en que están sentados, y que se hablan en voz baja, moviendo la cabeza; el gemido de los cláxones y el rasgueo de guitarras (aquel grupo andrajoso de allí, esos tres chicos y una chica, ¿podrían estar tocando *Eight Miles High*?); hojas que relucen en las ramas; un perro moteado que persigue a las palomas y una radio ambulante que difunde *Always love you*, mientras la mujer del vestido oscuro sigue cantando *iiiiii* debajo del arco.

Atraviesa la plaza, recibe una rápida rociada de la fuente y aparece Walter Hardy, musculoso con sus *shorts* y camiseta sin mangas, que ejercita su zancada airosa y atlética por Washington Square Park. «Eh, Clare», le llama Walter, en broma, y hay un momento de torpeza en que no saben dónde besarse. Walter encamina sus labios hacia los de ella, y ella, instintivamente, aparta la boca y le ofrece una mejilla. Luego se arrepiente y gira de nuevo medio segundo más tarde de lo que debería, con lo que los labios de Walter sólo establecen contacto con la comisura de su boca. Qué ñoña soy, piensa ella; qué abuelita. Me derriten las bellezas del mundo pero soy reacia, por puro y simple reflejo, a que me bese un amigo en la boca. Richard le dijo, hace treinta años, que bajo su pátina de pirata se escondía una perfecta ama de casa, y ahora ella se ve a sí misma como una pusilánime, demasiado convencional, la causa de mucho

sufrimiento. No es extraño que su hija le guarde rencor.

—Me alegro de verte —dice Walter. Clarissa sabe —prácticamente puede verlo— que en ese momento Walter está elaborando mentalmente una serie de evaluaciones intrincadas sobre la significancia personal de Clarissa. Sí, es la mujer del libro, el tema de una novela muy esperada de un autor casi legendario, pero el libro fracasó, ¿no? Tuvo reseñas concisas; se deslizó en silencio por debajo de las olas. Walter decide que Clarissa es como una aristócrata derrocada, interesante pero sin una importancia especial. Ella le ve llegar a esta conclusión. Sonríe.

—¿Qué haces tú un sábado en Nueva York? —pregunta.

—Evan y yo nos quedamos este fin de semana en la ciudad —dice él—. Se siente mucho mejor con ese nuevo cóctel y dice que esta noche quiere ir a bailar.

—¿No es un poco excesivo?

—Le tendré vigilado. No le dejaré pasarse. Simplemente quiere airearse un poco.

—¿Crees que tendrá ganas de venir a mi casa esta noche? Damos una fiesta para celebrar el premio Carrouthers de Richard.

—Oh. Estupendo.

—Lo sabías, ¿no?

—Claro.

—No es un premio anual. No tienen un cupo que cubrir, como el Nobel y todos los demás. Lo conceden cuando se dan cuenta de que hay alguien de mérito innegable.

—Es estupendo.

—Sí —dice ella. Añade, tras una pausa: el último que lo recibió fue Ashbery. Antes que a él se lo dieron a Merrill, Rich y Merwin.

Una sombra empaña la cara ancha e inocente de Walter. Clarissa se pregunta: ¿no conoce esos nombres? ¿O podría ser que tuviera envidia? ¿Se figura que él podría ser candidato a un premio de ese tipo?

—Lamento no haberte hablado antes de la fiesta —dice ella—. No se me ocurrió que estaríais aquí. Nunca estáis los fines de semana.

Walter dice que irá, por supuesto, y que llevará a Evan si Evan se siente con ánimos, aunque Evan, claro está, quizá prefiera reservar sus energías para bailar. Richard se pondrá furioso al enterarse de que ha invitado a Walter, y Sally sin duda se pondrá de su parte. Clarissa comprende. Pocas cosas en el mundo tienen menos misterio que el desdén que mucha gente siente por Walter Hardy, que cumplirá cuarenta y seis años con gorra de béisbol y zapatillas Nike; que gana una cantidad obscena de dinero escribiendo novelas rosas de amor y desengaños sobre jóvenes perfectamente musculosos; que puede estar bailando toda la noche con música casera, feliz e incansable como un perro pastor que corre a recoger un palo. Se ven hombres como Walter en todo Chelsea y el Village, hombres de cuarenta o mayores empeñados en que siempre han sido alegres y seguros y cachas; que no han sido nunca niños raros, zaheridos o despreciados. Richard sostiene que los homosexuales

eternamente jóvenes hacen más daño a la causa que los que seducen a niños, y sí, es cierto que Walter no aplica ni una gota de ironía o cinismo adultos, nada remotamente profundo, a su interés por la fama y las modas, por el último restaurante. Pero es precisamente esta inocencia glotona lo que Clarissa aprecia. ¿No amamos a los niños, en parte, porque viven fuera de los dominios del cinismo y la ironía? ¿Es tan terrible que un hombre quiera más juventud, más placer? Además, Walter no es un corrupto; no está exactamente corrompido. Escribe los mejores libros que está en su mano escribir —libros llenos de romanticismo y sacrificio, de valor frente a la adversidad—, y que sin duda ofrecen verdadero consuelo a cantidad de lectores. Su nombre aparece constantemente en invitaciones para recaudar fondos y en cartas de protesta; escribe reseñas de propaganda engorrosamente elogiosa para escritores más jóvenes. Cuida fielmente de Evan. En estos tiempos, piensa Clarissa, se juzga a las personas primero por su bondad y su capacidad de entrega. El ingenio y el intelecto a veces cansan; ese pequeño alarde de genio que hace cada cual. Ella se niega a dejar de disfrutar de la superficialidad desvergonzada de Walter Hardy, aun cuando distraiga a Sally y haya llegado a inducir a Richard a preguntarse en voz alta si ella misma, Clarissa, no es más que una vanidosa sin seso.

—Bueno —dice Clarissa—. Sabes donde vivimos, ¿verdad? A las cinco en punto.

—A las cinco.

—Tiene que ser pronto. La ceremonia es a las ocho, y hacemos la fiesta antes en lugar de después. Richard no soporta trasnochar.

—Bueno. A las cinco. Nos vemos allí.

Walter estrecha la mano de Clarissa y se aleja con paso rítmico, una demostración de vitalidad saludable. Es una broma cruel, en cierto modo, invitar a Walter a la fiesta de Richard, pero Walter, a fin de cuentas, está vivo, al igual que Clarissa, esta mañana de junio, y se sentiría horriblemente desairado si descubriera (y al parecer lo descubre todo) que Clarissa ha hablado con él el día de la fiesta y no le ha dicho nada de ella adrede. El viento mece las hojas, mostrando el verdor más brillante y grisáceo de su cara interna, y Clarissa siente el súbito deseo, con sorprendente urgencia, de que Richard esté aquí a su lado, ahora mismo; no el Richard que ha llegado a ser, sino el que era hace diez años; Richard el charlatán incansable y sin miedo, Richard el criticón. Desea la discusión que ella y él habrían tenido acerca de Walter. Antes de la decadencia de Richard, siempre estaban riñendo. A Richard le preocupaban realmente las cuestiones del bien y el mal, y nunca, durante veinte años, renunció plenamente a la idea de que la decisión de Clarissa de vivir con Sally constituye, si no una manifestación cotidiana de corrupción profunda, al menos una debilidad por su parte que denuncia (aunque Richard jamás lo reconocería) a las mujeres en general, puesto que parece haber decidido hace tiempo que Clarissa no sólo se representa a sí misma, sino también las virtudes y las flaquezas de su sexo. Richard siempre ha sido su compañero más riguroso y desquiciante, su mejor amigo, y si siguiera siendo él mismo y no hubiese caído enfermo, ahora mismo podrían estar discutiendo acerca de

Walter Hardy y la búsqueda de la eterna juventud, y sobre el hecho de que los homosexuales tiendan a imitar a los chicos que les torturaban en el instituto. El antiguo Richard era capaz de hablar media hora seguida acerca de las diversas interpretaciones posibles sobre la pésima copia de la Venus de Botticelli que un joven negro está dibujando con tiza en el cemento, y si Richard hubiese advertido la bolsa de plástico que se lleva el viento y que se infla contra el cielo blanco y se ondula como una medusa, se habría puesto a perorar sobre los productos químicos y los beneficios sin cuento, la mano rapaz. Habría querido hablar de que la bolsa (pongamos que contuviese patatas fritas y plátanos ya pasados; pongamos que se le hubiese caído por descuido a una madre agobiada e indigente al salir de una tienda rodeada de su prole de niños que se pelean) llegaría al Hudson y flotaría durante todo el trayecto hasta el océano, donde finalmente una tortuga, animal que puede vivir cien años, la confundiría con una medusa y moriría al comérsela. No habría sido imposible que Richard pasara sin transición de este tema al de Sally; que preguntara por su salud y su dicha con una formalidad mordaz. Tenía la costumbre de preguntar por Sally después de una de sus peroratas, como si Sally fuese una especie de puerto seguro y totalmente banal; como si Sally (la estoica, la atormentada, la sutilmente sabia) fuera inofensiva e insípida a la manera en que lo es una casa en una calle tranquila o un buen automóvil, sólido y fiable. Richard ni admitirá ni abandonará nunca la aversión que le tiene; nunca renunciará a su convicción personal de que Clarissa se ha convertido, en el fondo, en un ama de casa, y da lo mismo que ella y Sally no intenten ocultar su amor mutuo para guardar las apariencias, y que Sally sea una mujer afectuosa e inteligente, una productora de la televisión pública, por el amor de Dios: ¿cuánto más laboriosa y socialmente responsable, cuánto más drásticamente mal pagada tiene que ser? No importan los buenos libros, tan poco rentables, que Clarissa se empeña en publicar, junto con la basura que le da de comer. No importa su actividad política, toda su labor con enfermos de sida.

Clarissa cruza Houston Street y piensa que debería comprar alguna chuchería para Evan, para celebrar la transitoria recuperación de su salud. Flores, no; si las flores son sutilmente impropias para los difuntos, son desastrosas para los enfermos. ¿Pero qué, entonces? Las tiendas de SoHo están llenas de vestidos de fiesta, joyas y objetos decorativos; nada adecuado para regalar a un joven imperioso e inteligente que tal vez, o tal vez no, llegue a vivir, con la ayuda de un arsenal de fármacos, su tiempo normal de vida. ¿Qué quiere cada uno? Clarissa pasa por delante de un comercio y piensa en comprarle un vestido a Julia, estaría guapísima con ese vestido negro, de tirantes Anna Magnani, pero Julia no usa vestidos, se empeña en gastar su juventud, el breve lapso en que una puede ponerse lo que quiera, luciendo por ahí una camiseta interior de hombre y botas de cuero con cordones, del tamaño de un bloque de hormigón. (¿Por qué su hija le habla tan poco? ¿Qué fue de la sortija que le regaló por su dieciocho cumpleaños?). Ahí está esa pequeña librería tan buena de Spring Street. Quizás a Evan le gustaría un libro. En el escaparate hay uno (¡sólo uno!) de

Clarissa, el inglés (vergonzoso, cómo ha tenido que batallar para que hagan una edición de diez mil ejemplares y, peor todavía, la impresión que da de que tendrían suerte si venden la mitad), junto con la saga familiar sudamericana que perdió ante una editorial más grande y que es evidente que no obtendrá beneficios porque, debido a misteriosas razones, es un libro respetado pero que no gusta. Hay una nueva biografía de Robert Mapplethorpe, los poemas de Louise Glück, pero nada parece encajar. Todos son, de golpe, demasiado generales y demasiado específicos. Se trata de regalarle el libro de su propia vida, el que le sitúe, le tutele, le fortalezca para los cambios. No puedes llevarle cotilleos de celebridades, ¿no? No puedes llevarle la historia de un novelista inglés amargado ni el destino de siete hermanas en Chile, por muy bien escritos que estén, y es tan probable que Evan empiece a leer poesía como que se ponga a pintar platos de porcelana.

No hay consuelo, por lo visto, en el mundo de los objetos, y Clarissa teme que el arte, aun el más sublime (incluso los tres volúmenes de poesía de Richard y su única e ilegible novela), pertenece tercamente al mundo de los objetos. Parada delante del escaparate de la librería, la asalta un viejo recuerdo, una rama de árbol repicando contra una ventana al mismo tiempo que, en alguna otra parte (¿en el piso de abajo?), brota de un fonógrafo una música tenue, el quejido suave de una banda de jazz. No es su primer recuerdo (en el primero parece haber un caracol que reptaba por el canto de un bordillo) y ni siquiera el segundo (las sandalias de esparto de su madre, o quizá los dos se han invertido), pero este recuerdo, más que cualquier otro, resulta apremiante y profundo, depara un consuelo casi sobrenatural. Clarissa estaría, probablemente, en una casa en Wisconsin: una de las muchas que sus padres alquilaban para pasar el verano (rara vez arrendaban la misma dos veces; todas parecían tener algún defecto para que su madre las incluyese en el relato que estaba escribiendo: El reguero de lágrimas del viaje de la familia Vaughan por las hondonadas de Wisconsin). Clarissa tendría unos tres o cuatro años, estaba en una casa a la que no habría de volver, de la que no conserva ningún recuerdo aparte de éste perfectamente nítido, más claro que algunas cosas que sucedieron ayer: una rama que replica contra una ventana y, al mismo tiempo, el sonido de instrumentos; como si el árbol, sacudido por el viento, hubiese producido de algún modo la música. Le parecía que en aquel momento había comenzado a habitar en el mundo; a entender las promesas implícitas en un firmamento más amplio que la felicidad humana, aunque también la incluyese junto con todas las demás emociones. La rama y la música le importan más que todos los libros que hay en la vitrina. Quiere para Evan y para sí misma un libro que sepa transmitir lo que transmite un recuerdo aislado. Mira un rato los libros y su propio reflejo yuxtapuestos en el cristal (aún conserva su buena estampa, ahora de mujer guapa en lugar de bonita: ¿cuándo empezarán a aparecer los frunces y la piel demacrada y los labios arrugados de su cara de anciana?), y luego sigue su camino, lamentando el precioso vestido negro que no puede comprarle a su hija Julia porque está subyugada por una tortillera teórica y se empeña en ponerse camisetas y botas

del ejército. Respetas a Mary Krull, ella no te deja otra alternativa, viviendo como vive al borde de la pobreza, y dando conferencias apasionadas en la universidad de Nueva York sobre esa penosa mascarada conocida como los sexos. Quieres apreciarla, así como su lucha, pero a la postre es demasiado despótica en su intensidad intelectual y moral, en su infatigable demostración de probidad agresiva y chaqueta de cuero. Sabes que se burla de ti en privado, por tus comodidades y tus ideas pintorescas (ella debe de considerarlas así) sobre la identidad lesbiana. Empiezas a cansarte de que te traten como a una enemiga simplemente porque ya no eres joven; porque te vistes de forma convencional. Quieres gritarle a Mary Krull que eso no cambia gran cosa; quieres que ella se meta en tu cabeza unos cuantos días y sienta tus preocupaciones y tristezas, el miedo indescriptible. Crees —sabes— que tú y Mary Krull padecéis la misma enfermedad mortal, la misma angustia anímica, y con tan sólo un empujoncito más podríais haber sido amigas, pero siendo como son las cosas ella ha venido a reclamar a tu hija y tú, sentada en tu apartamento confortable, la odias tanto como la odiaría cualquier padre republicano. Al padre de Clarissa, amable casi hasta el punto de la translucidez, le encantaba ver mujeres con vestiditos negros. Su padre se cansó con el tiempo; renunció a su beligerancia del mismo modo que a menudo desistía de polémicas, por la sencilla razón de que era más fácil asentir. Ahí arriba, en MacDougal, una productora está rodando una película, entre el tráfico habitual de caravanas y camiones de material, los bancos de luces blancas. Ahí está el mundo ordinario, el rodaje de una película, un chico portorriqueño que despliega el toldo de un restaurante con una pértiga plateada. Ahí está el mundo, y tú vives en él, y lo agradeces. Procuras hacerlo.

Abre de un empujón la puerta de la floristería, que siempre está un poco atascada, y entra, una mujer alta y de espalda ancha en medio de ramos de rosas y jacintos, las superficies musgosas de *paperwhites*, de las orquídeas que tiemblan en sus tallos. Barbara, que lleva años trabajando en la tienda, la saluda. Tras una pausa, le ofrece la mejilla para que la bese.

—Hola —dice Clarissa. Sus labios tocan la piel de Barbara y es un instante súbita e inesperadamente perfecto. Está en la tienda en penumbras, deliciosamente fresca, que es como un templo, solemne en su abundancia, sus ramos de flores secas que cuelgan del techo y los rollos de cintas que penden contra la pared del fondo. Hubo aquella rama que golpeaba contra el cristal de la ventana y hubo aquella otra, aunque ella era mayor, cinco o seis años, en su propio dormitorio, una rama cubierta de hojas rojas, y recuerda haber pensado, con reverencia, incluso entonces, en la rama anterior, la que parecía provocar la música en el piso de abajo; recuerda que amaba la rama de otoño porque le recordaba la anterior, repicando contra la ventana de una casa a la que nunca volvería y cuyos detalles, por lo demás, no recordaba. Ahora está aquí, en la floristería donde las amapolas se tornan blancas y albaricoques sobre sus tallos largos y vellosos. Su madre, que llevaba en el bolso una cajita metálica de pastillas de menta, blancas como la nieve, fruncía los labios y llamaba a Clarissa loca, chica loca,

con un tono de admiración coqueta.

—¿Cómo está usted? —pregunta Barbara.

—Bien, sólo bien —dice ella—. Damos una pequeña fiesta esta noche, para un amigo que acaba de ganar ese gran premio literario.

—¿El Pulitzer?

—No. Se llama premio Carrouthers.

Barbara pone una cara inexpresiva que Clarissa interpreta como una sonrisa. Barbara tiene alrededor de cuarenta años y es una mujer pálida y corpulenta que vino a Nueva York a cantar ópera. Algo en su rostro —la mandíbula cuadrada o los ojos sin expresión, serios— recuerda que la gente hace cien años debió de ser esencialmente igual que ahora.

—Ahora mismo no tenemos mucho género —dice—. Ha habido unas cincuenta bodas esta semana.

—No necesito gran cosa —dice Clarissa—. Sólo unos ramilletes de cualquier cosa.

Se siente inexplicablemente culpable de no ser más amiga de Barbara, aunque sólo se conocen como clienta y dependienta. Clarissa le compra todas las flores a Barbara y hace un año le envió una tarjeta, cuando se enteró de que temía padecer un cáncer de mama. A Barbara no le fueron las cosas como hubiera querido; va tirando con su sueldo por horas (vive, probablemente, en un apartamento con la bañera en la cocina), y por esta vez ha esquivado el cáncer. Mary Krull se cierne, por un momento, sobre los lirios y las rosas, dispuesta a horrorizarse por lo que va a gastar Clarissa.

—Tenemos unas hortensias preciosas —dice Barbara.

—¿Puedo verlas?

Clarissa va al refrigerador y escoge flores que Barbara saca de sus recipientes y sostiene, goteando, en sus brazos. En el siglo XIX habría sido una esposa rural, afable y sin un encanto especial, descontenta, de pie en un jardín. Clarissa elige peonías y lirios que miran a las estrellas como astrólogos, y rosas de color crema, no quiere las hortensias (culpa, culpa, parece que nunca vas a superarla), y está sopesando comprar iris (¿no son los iris un poco... anticuados?) cuando suena un estrépito fuera, en la calle.

—¿Qué ha sido eso? —dice Barbara. Ella y Clarissa se acercan a la ventana.

—Creo que es la gente del cine.

—Seguramente. Han estado rodando toda la mañana.

—¿Sabe qué?

—No —dice ella, y se aparta de la ventana con una cierta rectitud proveya, sosteniendo las flores en brazos, al igual que el espectro de su yo anterior de hace cien años se habría apartado del traqueteo y el crujido de un carruaje de paso, lleno de excursionistas pulcramente vestidos de una ciudad lejana. Clarissa se queda observando el barullo de camiones y remolques. De pronto, se abre la puerta de uno de los remolques y aparece una cabeza famosa. Es una cabeza de mujer, vista de

perfil, a bastante distancia, como la efigie de una moneda, y aunque Clarissa no acierta a reconocerla de inmediato (¿Meryl Streep? ¿Vanessa Redgrave?), sabe sin la menor duda que es una estrella de cine. Lo sabe por su aura de seguridad regia, y por el entusiasmo con que uno de los hombres del atrezo habla con ella (sin que Clarissa alcance a oírlos) sobre la causa del ruido. La cabeza de mujer se retira en seguida y la puerta del remolque se vuelve a cerrar, pero la actriz deja, como una estela, una sensación inconfundible de reprimenda vigilante, como si un ángel hubiera tocado brevemente la superficie del mundo con un pie calzado con una sandalia, preguntado si había algún problema y, al habersele respondido que no había ninguno, hubiese vuelto a su sitio en el éter con una gravedad escéptica, tras recordar a los hijos terrenales que apenas están autorizados a manejar sus propios asuntos, y que no se pasará por alto una nueva negligencia.

La señora Woolf

La señora Dalloway dijo algo (¿qué?) y cogió las flores ella misma.

Estamos en un barrio de las afueras de Londres. Transcurre 1923.

Virginia despierta. Ésta podría ser otra manera de comenzar, desde luego: Clarissa yendo a un recado un día de junio en lugar de los soldados que desfilan para depositar la corona en Whitehall. ¿Pero es el comienzo correcto? ¿No es demasiado vulgar? Virginia yace en silencio en su cama, y el sueño la invade de nuevo tan rápidamente que no es consciente de que vuelve a dormirse. Parece, de pronto, que no está en la cama, sino en un parque; un parque increíblemente verdeante, verde más allá del verde: una visión platónica de un parque, a la vez acogedor y sede de misterio, que sugiere —como lo hacen los parques, mientras la anciana con el chal dormita en el banco de listones, algo vivo y antiguo, algo que no es ni amable ni poco amable, sino que exulta sólo en su continuidad— y que fusiona el universo verde de granjas y prados, bosques y parques. Virginia se mueve por él sin caminar del todo: flota, es una pluma de percepción, incorpórea. El parque le revela sus arriates de lirios y peonías, sus senderos de grava orillados de rosas color crema. Una doncella de piedra, alisada por el clima, se alza al borde de un estanque claro y cavila mirando al agua. Virginia avanza por el parque como impelida por un cojín de aire; empieza a comprender que otro parque se esconde debajo del que ve, un parque subterráneo, más maravilloso y terrible que éste; es la raíz de la que brotan estos céspedes y pérgolas. Es la verdadera idea del parque, y algo que es menos sencillo que hermoso. Ahora ve gente: un chino que se agacha para recoger algo de la hierba, una niña esperando. Más adelante, sobre un círculo de tierra recién removida, una mujer canta.

Virginia vuelve a despertarse. Está aquí, en su dormitorio de Hogarth House. Llena la habitación una luz gris; sorda, de tonalidad acero: se extiende sobre el cobertor con una vida grisácea y blanca, líquida. Platea las paredes verdes. Ha soñado con un parque y ha soñado una frase para su nuevo libro: ¿cuál era? Flores; algo relacionado con flores. ¿O algo relacionado con un parque? ¿Había alguien cantando? No, la frase se ha desvanecido, pero en realidad no importa, porque ella conserva la sensación que ha dejado. Sabe que puede levantarse y escribir.

Se levanta de la cama y entra en el cuarto de baño. Leonard ya se ha levantado; quizás esté ya trabajando. En el cuarto de baño se lava la cara. No mira directamente al espejo oval colgado encima del lavabo. Es consciente de que sus movimientos se reflejan en el cristal, pero no se permite mirar. El espejo es peligroso; a veces le

muestra una oscura manifestación de aire que coincide con su cuerpo, adquiere su forma, pero permanece detrás, observándola con ojos porcinos y húmedos, y una respiración callada. Se lava la cara y no mira al espejo, no, desde luego, esta mañana, no cuando el trabajo la está esperando y está ansiosa de emprenderlo, de la misma manera en que se sumaría a una fiesta que ya ha comenzado en el piso de abajo, una fiesta llena de ingenio y belleza, por supuesto, pero llena asimismo de algo más delicado que ambas cosas; algo misterioso y dorado; una chispa de celebración profunda, de vida misma, como si bajo la música resonaran secretos y susurros de sedas arrastradas sobre suelos barnizados. Ella, Virginia, podría ser una muchacha que luce un vestido nuevo y se dispone a bajar a una fiesta, a aparecer en las escaleras, fresca y llena de esperanza. No, no mirará al espejo. Termina de lavarse la cara.

Cuando ha terminado en el cuarto de baño, baja a la oscura quietud de la mañana en el pasillo. Lleva su bata casera azul pálido. La noche habita todavía aquí. Hogarth House es siempre nocturna, incluso con su caos de papeles y libros, sus escabeles brillantes y sus alfombras persas. No es una vivienda oscura en sí misma, pero parece estar iluminada contra la oscuridad, aun cuando la débil luz del sol temprano brilla entre las cortinas y el tráfico de autos y carruajes fluye estrepitoso por Paradise Road.

Virginia se sirve una taza de café en el comedor y baja silenciosamente, pero no va a ver a Nelly en la cocina. Esta mañana quiere ponerse a trabajar de inmediato, sin exponerse a los regateos y quejas de Nelly. Podría ser un buen día; hay que tratarlo con cuidado. Entra en el cuarto de impresión, balanceando la taza en su platillo. Leonard, sentado ante su mesa, lee galeradas. Es demasiado temprano todavía para Ralph o Marjorie.

Leonard alza hacia ella una mirada que expresa, por un momento, el ceño fruncido con que ha afrontado las páginas. Es una expresión que ella teme y en la que confía, los ojos ardientes de Leonard, impenetrablemente oscuros bajo sus cejas tupidas, con las comisuras de la boca abatidas por un juicio que es severo pero de ningún modo irritado o trivial: es el ceño de una deidad que lo ve todo, cansada, y espera lo mejor de la humanidad, y conoce hasta qué punto exacto puede esperar. Es la expresión que reserva a toda obra escrita, incluida, y en especial, la de Virginia. Cuando él la mira, sin embargo, esa expresión se borra casi inmediatamente y la suplanta la cara más benigna y más afable del marido que la ha cuidado en las peores fases, que no le exige lo que ella no puede dar y que la exhorta, a veces con éxito, a tomar un vaso de leche todas las mañanas a las once.

—Buenos días —dice ella.

—Buenos días. ¿Cómo ha sido tu sueño?

Cómo *ha sido* tu sueño, pregunta, como si el sueño no fuera un acto sino una criatura que lo mismo pudiera ser dócil o feroz. Virginia responde:

—Sin percances. ¿Son las galeradas de Tom?

—Sí.

—¿Qué tal están?

Él frunce el ceño de nuevo.

—He encontrado ya un error, y ni siquiera he terminado la segunda página.

—Un error al principio probablemente es sólo eso. Es muy pronto a estas horas para irritarse, ¿no te parece?

—¿Has desayunado? —pregunta él.

—Sí.

—Mentirosa.

—Estoy tomando café con leche. Es bastante.

—No es bastante en absoluto. Voy a decirle a Nelly que te lleve un bollo y algo de fruta.

—Si me mandas a Nelly para que me interrumpa no soy responsable de mis actos.

—Tienes que comer —dice él—. No hace falta que comas mucho.

—Comeré más tarde. Ahora voy a trabajar.

Él vacila; luego asiente, a regañadientes. No quiere interferir, ni lo hará, en el trabajo de Virginia. Pero que se niegue a comer no es buena señal.

—Almorzarás —dice—. Un almuerzo de verdad, sopa, pudín y demás. Por la fuerza, si hace falta.

—Almorzaré —dice ella, con impaciencia, pero sin auténtico enfado. Su figura es alta, demacrada, maravillosa con su bata y el café humeante en la mano. A él, en ocasiones, ella todavía le asombra. Puede que sea la mujer más inteligente de Inglaterra, piensa. Quizá sus libros se lean durante siglos. Él lo cree más fervientemente que ninguna otra persona. Y ella es su mujer. Es Virginia Stephen, pálida y alta, extraordinaria como un Rembrandt o un Velázquez cuando se presentó hace veinte años, con un vestido blanco, en las habitaciones de su hermano en Cambridge, y es Virginia Woolf, de pie frente a él ahora mismo. Ha envejecido espectacularmente, este mismo año, como si una capa de aire se hubiera desprendido de debajo de su piel. Está ajada, tiene arrugas. Da la impresión de que estuviera esculpida en un mármol muy poroso, de un blanco grisáceo. Conserva la majestad, sigue poseyendo unas formas exquisitas, todavía irradia un formidable fulgor lunar, pero de repente ya no es hermosa.

—Muy bien —dice él—. Estaré aquí a pie de obra.

Ella sube al piso de arriba furtivamente, para no llamar la atención de Nelly (¿por qué se siente tan secreta con los sirvientes, tan culpable de faltas?). Llega a su estudio y cierra la puerta sin hacer ruido. A salvo. Abre las cortinas. Fuera, al otro lado del cristal, Richmond prosigue su ensoñación decente y apacible. Cuidan las flores y los setos; pintan los postigos antes de que haga falta. Los vecinos, a quienes no conoce, hacen lo que sea que hagan detrás de las persianas y postigos de su chalé de ladrillo rojo. Sólo se le ocurre pensar en habitaciones en penumbra y en un olor lánguido, recocado. Se aparta de la ventana. Si se mantiene fuerte y limpia, si mantiene su peso mínimo de sesenta kilos, podrá convencer a Leonard de que vuelvan a Londres. El

descanso es curativo, todos estos años entre los parterres de delfinios y los chalés residenciales rojos representarán un éxito, y la juzgarán de nuevo apta para la ciudad. Almuerzo, sí; almorzaré. Desayunaría, pero no soporta la interrupción que entraña, no soporta enfrentarse al humor de Nelly. Escribirá una o dos horas y luego comerá algo. No comer es un vicio, una especie de droga: con el estómago vacío se siente rápida y limpia, despejada de mente, lista para una pelea. Da un sorbo de café, lo posa, extiende los brazos. Ésta es una de las experiencias más singulares, despertar a lo que parece ser un buen día, prepararse para el trabajo pero no haberlo iniciado todavía. En este momento hay infinitas posibilidades, horas enteras por delante. Su cerebro bulle, Esta mañana puede traspasar la confusión, las tuberías atascadas, para alcanzar el oro. Lo nota dentro, un segundo yo casi indescriptible, o más bien un yo paralelo y más puro. Si fuera una persona religiosa, lo llamaría alma. Es algo más que la suma de su intelecto y sus emociones, más que la suma de sus experiencias, aunque discurre como vetas de metal brillante a través de las tres cosas. Es una facultad íntima que detecta los misterios que animan el mundo porque está hecha de la misma sustancia, y cuando tiene mucha suerte puede escribir directamente a partir de esa vena. Escribir en ese estado es la satisfacción más profunda que conoce, pero su acceso a ella va y viene sin previo aviso. Coge la pluma y la sigue con la mano conforme se desplaza por el papel; o bien coge la pluma y descubre que es simplemente ella misma, una mujer en bata que empuña una pluma, temerosa e incierta, sólo levemente diestra, sin idea de por dónde empezar ni de lo que escribir.

Coge la pluma.

La señora Dalloway dijo que compraría las flores ella misma.

La señora Brown

La señora Dalloway dijo que compraría las flores ella misma^[1].

Porque Lucy tenía su tarea asignada. Habría que sacar las puertas de sus bisagras; iban a venir los hombres de Rumpelmayer. Y entonces pensó Clarissa Dalloway: qué mañana, fresca, como entregada a unos niños en una playa.

Estamos en Los Ángeles. En 1949.

Laura Brown está intentando perderse. No, no es eso exactamente: trata de conservarse obteniendo acceso a un mundo paralelo. Posa el libro boca abajo sobre el pecho. Ya su alcoba (no, la alcoba de *ambos*) parece más densamente habitada, más real, porque un personaje llamado la señora Dalloway se dirige a comprar flores. Laura mira el reloj en la mesilla. Son las siete pasadas. ¿Por qué ha comprado ese despertador, que es espantoso, con su esfera cuadrada y verde dentro de un sarcófago rectangular de baquelita negra? ¿Cómo pudo haberle parecido bonito? No debería permitirse leer, no precisamente esta mañana que es el cumpleaños de Dan. Debería estar levantada, duchada y vestida, preparando el desayuno para Dan y Richie. Los oye abajo, su marido se prepara el desayuno y se ocupa de Richie. ¿No debería estar con ellos? Tendría que estar delante de la cocina con su bata nueva, hablando de cosas sencillas y alentadoras. Pero al abrir los ojos hace unos minutos (¡más de las siete ya!), cuando todavía habitaba a medias en su sueño, una especie de maquinaria palpitante a lo lejos, un latido regular como el de un gigantesco corazón mecánico, que parecía aproximarse, ha percibido la sensación de frío y humedad a su alrededor, el sentimiento de ninguna parte, y ha sabido que iba a ser un día difícil. Ha sabido que le iba a costar trabajo creer en sí misma, en las habitaciones de la casa, y al lanzar una ojeada a ese libro nuevo en la mesilla, depositado encima del que terminó anoche, ha extendido la mano hacia él automáticamente, como si leer fuera la primera, singular y más obvia tarea del día, la única manera viable de realizar el tránsito desde el sueño a las obligaciones. Se le conceden estas licencias porque está embarazada. Por el momento se le consiente la lectura irrazonable, demorarse en la cama, llorar o enfurecerse por una nimiedad.

Para compensar lo del desayuno cocinará para Dan una magnífica tarta de cumpleaños; planchará la ropa buena; pondrá un gran ramo de flores (¿rosas?) en el centro de la mesa, y lo rodeará de regalos. Será una compensación, ¿no?

Leerá una página más. Una más, para calmarse y situarse, y luego se levantará.

¡Qué juerga! ¡Qué zambullida! Porque es la impresión que siempre le ha

producido abrir la puertaventana, con un pequeño crujido de los goznes, que ahora vuelve a oír, y salir al aire libre en Bourton. Qué fresco, qué tranquilo, más quieto que el de ahora, por supuesto, era el aire de la mañana temprano; como el embate de una ola; como el beso de una ola; frío y agudo y, sin embargo (para una chica de dieciocho años, los que ella tenía entonces), solemne, presintiendo como presentía, de pie ante la puerta abierta, que algo horrible estaba a punto de ocurrir; mirando las flores, los árboles, el penacho de humo que se desprendía de ellos y los grajos que en su vuelo subían y bajaban; allí plantada, de pie, hasta que Peter Walsh dijo: «¿Meditando entre las verduras?» —¿fue eso?— «Prefiero los hombres a las coliflores»: ¿dijo eso? Debió de decirlo, Peter Walsh, en el desayuno, una mañana en que ella había salido a la terraza. Él volvería de la India uno de esos días, no recordaba si en junio o en julio, porque sus cartas eran terriblemente sosas; eran sus dichos lo que una recordaba; sus ojos, su navaja, su sonrisa, sus arranques de malhumor y, cuando millones de cosas se habían desvanecido por completo —¡qué cosa más extraña!— algo que había dicho sobre coles.

Aspira profundamente. Es tan hermoso; es mucho más hermoso que... bueno, casi todo lo demás, realmente. En otro mundo, ella podría haberse pasado la vida leyendo. Pero éste es el mundo nuevo, el mundo rescatado; no hay mucho espacio para la ociosidad. Tantas cosas se han arriesgado y perdido; tantas han muerto. Menos de cinco años antes, al propio Dan se le dio por muerto, en Anzio, y cuando dos días después se supo que estaba vivo (tenía el mismo apellido que un pobre chico de Arcadia), pareció que hubiese resucitado. Parecía que había regresado, con su buen carácter, y el modo en que olía, del reino de los muertos (qué cosas se contaban de Italia, de Saipan y de Okinawa, de madres japonesas que mataban a sus hijos y se suicidaban antes de que las hicieran prisioneras), y cuando llegó a California le recibieron como si fuera algo más que un héroe normal. Podría (en palabras de su madre alarmada) haberse casado con cualquier muchacha, con una reina de belleza, una chica vivaracha y complaciente, pero, instigado por algún genio oscuro y perverso, había besado, cortejado y propuesto matrimonio a la hermana mayor de su mejor amigo, la rata de biblioteca, la chica de aspecto extranjero y ojos oscuros y muy juntos y nariz romana, a la que nadie había cortejado ni apreciado; a la que siempre habían dejado sola, leyendo. ¿Qué otra cosa podía haber respondido ella? ¿Cómo iba a rechazar a un joven guapo y bueno, prácticamente un miembro de la familia, que había regresado de entre los muertos?

Así que ahora es Laura Brown. Laura Zielski, la solitaria, la lectora incesante, ha desaparecido, y su lugar lo ocupa Laura Brown.

Una página más, decide, sólo una. Todavía no está preparada; las labores que la esperan (ponerse la bata, cepillarse el pelo, bajar a la cocina) son todavía demasiado vagas, demasiado esquivas. Se concederá otro minuto aquí, en la cama, antes de entrar en el día. Se concederá un poquito más de tiempo. La invade una ola de sentimiento, un oleaje, que le brota por debajo del pecho y la sostiene, la mantiene a

flote suavemente, como si fuera una criatura marina recuperada por el agua de la arena donde ha quedado varada; como si hubiera sido devuelta desde un reino de gravedad aplastante a su verdadero hábitat, la succión y la espesura del agua salada, ese esplendor ingrátido.

Aguardó en el bordillo, un poco rígida, a que pasara la furgoneta de Durtnall. Una mujer encantadora, la consideraba Scrope Purvis (el cual la conocía como se conoce a la gente que vive en la puerta contigua, en Westminster); había en ella algo pajaril, algo de arrendajo, verdiazul, liviano, vivaz, aunque ya hubiese rebasado los cincuenta y se hubiera quedado muy blanca desde su enfermedad. Allí posada, sin ver a Scrope Purvis, esperaba para cruzar, muy erguida.

Quién ha vivido en Westminster —¿cuántos años hacía?, más de veinte— percibe, incluso en medio del tráfico, o al despertar en la noche, Clarissa estaba segura, un silencio especial, o una solemnidad; una pausa indescriptible; un momento de suspenso (pero eso podría ser su corazón, afectado, decían, por la gripe) antes de las campanadas del Big Ben. ¡Ya! Ya resonaban. Primero un aviso, musical; luego la hora, irrevocable. Los círculos de plomo se disolvieron en el aire. Qué tontos somos, pensó cuando cruzaba Victoria Street. Porque sólo el cielo sabe por qué la amamos tanto, por qué la vemos así, creándose, edificándose alrededor para luego derrumbarse y recrearse a cada instante; pero hasta las más harapientas, las más miserables de esas mujeres sentadas en los portales (a beber su perdición) hacen lo mismo; ella estaba convencida de que las leyes del Parlamento no pueden remediarlo, por esa misma razón: aman la vida. En los ojos de la gente, en el barullo, el tráfico, el bullicio; en el bramido, el rugido, los carruajes, los automóviles, los autobuses, las furgonetas, los hombres anuncio que arrastran los pies y se contonean; las bandas de música; los organillos; en el triunfo, el tintineo y la extraña altisonancia de algún avión en el cielo estaba lo que ella amaba: la vida; Londres; este instante de junio.

¿Cómo llegó a suicidarse —se pregunta Laura—, alguien capaz de escribir una frase así, capaz de sentir todo lo que contiene una frase semejante? ¿Qué demonios le pasa a la gente? Reuniendo determinación, como si estuviese a punto de zambullirse en agua fría, Laura cierra el libro y lo deja encima de la mesilla. No le disgusta su hijo, no le disgusta su marido. Se levantará y estará alegre.

Por lo menos, piensa, no lee novelas de misterio ni novelas rosas. Por lo menos continúa mejorando su mente. Ahora mismo está leyendo a Virginia Woolf, toda su obra, libro por libro: le fascina la idea de una mujer así, una mujer tan brillante, tan extraña, tan insondablemente melancólica; una mujer que poseía genio y sin embargo se metió una piedra en el bolsillo y se internó en un río. A ella, Laura, le complace imaginar (es uno de los secretos que más celosamente guarda) que ella también posee una pizca de brillantez, justo un atisbo, aunque sabe que probablemente la mayoría de las personas que andan por ahí abriga similares sospechas optimistas, curvadas como puñitos en su fuero interno, inconfesadas. Mientras empuja un carrito por el

supermercado o le arreglan el pelo en la peluquería, se pregunta si las demás mujeres no están todas pensando lo mismo, en una medida u otra: he aquí el espíritu ingenioso, la mujer de las tristezas, la de los júbilos trascendentes, que preferiría estar en otra parte, que ha accedido a efectuar tareas sencillas y esencialmente necias, examinar tomates, sentarse debajo de un secador, porque es su arte y su deber. Porque la guerra ha terminado, el mundo ha sobrevivido, y aquí estamos todas formando hogares, pariendo y criando hijos, creando no sólo libros o cuadros, sino todo un universo, un planeta ordenado y armonioso donde los niños están a salvo (si no felices) y donde los hombres que han visto horrores inconcebibles, que se han comportado bien y con bravura, vuelven al hogar de ventanas iluminadas, perfumes, platos y servilletas.

¡Qué juerga! ¡Qué zambullida!

Laura se levanta de la cama. Es una mañana blanca y calurosa de junio. Oye a su marido deambulando abajo. Una tapadera de metal besa el borde de la cacerola. Coge su bata de felpa, de un color aguamarina claro, de la butaca recién retapizada, y la butaca, achaparrada y gruesa, parece tener faldas, con su tela de color salmón sujeta por un cordón y botones del mismo color en forma de diamante. En el calor matutino de junio, cuando le quitan de golpe la bata de encima, la butaca de tela nueva y vistosa parece sorprendida de ser una butaca.

Se cepilla los dientes, se cepilla el pelo y comienza a bajar la escalera. Se detiene a unos pocos peldaños del pie de la escalera, escuchando, esperando: de nuevo se siente poseída (parece estar empeorando) por una sensación como de ensueño despierto, como si se hallara en los bastidores, a punto de salir a escena a interpretar una obra para la que no está vestida adecuadamente y para la que no ha ensayado suficiente. Qué me ocurre, se pregunta. El hombre en la cocina es su marido; el niño es su hijito. Lo único que el hombre y el niño necesitan de ella es su presencia y, por supuesto, su amor. Reprime el deseo de volver sigilosamente arriba, a la cama y a su libro. Reprime su irritación ante el sonido de la voz de su marido, que le dice algo a Richie sobre servilletas (¿por qué la voz de su marido le recuerda a veces al ruido que hace una patata cuando la rallan?). Desciende los tres últimos peldaños, cruza el estrecho vestíbulo y entra en la cocina.

Piensa en la tarta que va a hacer, en las flores que va a comprar. Piensa en las rosas rodeadas de regalos.

Su marido ha preparado el café y ha servido los cereales para él y para su hijo. Sobre la mesa, media docena de rosas blancas exhiben su belleza compleja, ligeramente siniestra. A través del florero de cristal claro, Laura ve las burbujas, finas como granos de arena, que se adhieren a sus tallos. Junto a las rosas está la caja de cereales y el cartón de leche, con sus leyendas y sus dibujos.

—Buenos días —dice su marido, alzando las cejas como sorprendido, pero encantado de verla.

—Feliz cumpleaños —dice ella.

—Gracias.

—Oh, Dan. Rosas. El día de *tu* cumpleaños. Te has excedido, de verdad.

Ella ve que él ve que está enfadada. Ella sonrío.

—No significaría gran cosa sin ti, ¿no? —dice él.

—Pero tendrías que haberme despertado. En serio.

Él mira a Richie y alza las cejas otro centímetro, hasta que se le arruga la frente y el lustroso pelo negro se le retira ligeramente hacia atrás.

—Nos ha parecido mejor dejarte dormir un poco, ¿verdad? —dice él.

Richie, que tiene tres años, dice: «Sí». Asiente ávidamente.

Lleva un pijama azul. Está contento de verla, más que contento; le han rescatado, resucitado, transportado de amor. Laura mete la mano en el bolsillo de la bata en busca de un cigarro, cambia de idea y, en vez de eso, levanta la mano hacia el pelo. Es casi perfecto, es casi suficiente, ser una madre joven en una cocina amarilla que se toca su espeso cabello negro y está embarazada de otro hijo. Hay sombras de hojas sobre las cortinas; hay café recién hecho.

—Buenos días, bicho —le dice a Richie.

—Estoy tomando cereales —dice el niño. Sonríe. Podría decirse que es una sonrisa lasciva. Está de modo transparente prendado de su madre; es cómico y trágico en su amor sin esperanza. A veces a ella le recuerda un ratón que canta baladas de amor bajo la ventana de una giganta.

—Bien —responde ella—. Eso está muy bien.

Él asiente otra vez, como si compartieran un secreto.

—Pero francamente —dice ella a su marido.

—¿Para qué despertarte? —dice él—. ¿Por qué no dejarte dormir?

—Es *tu* cumpleaños —dice ella.

—Necesitas descansar.

Él le da en la barriga una palmada cautelosa, pero con cierta fuerza, como si fuera la cáscara de un huevo pasado por agua. Nada se advierte todavía; los únicos indicios son determinados impulsos de repugnancia y un sutil pero nítido revoltijo interno. Ella, su marido y su hijo habitan en una casa en la que nadie más que ellos ha vivido. Fuera de la casa existe un mundo en que las estanterías están abastecidas, donde las ondas de radio desbordan de música, donde hombres jóvenes recorren las calles de nuevo, hombres que han padecido privaciones y un miedo peor que la muerte, que han renunciado de buena gana a sus veinte años y ahora, al pensar en los treinta y más allá, no tienen más tiempo que perder. Su instrucción bélica les mantiene en buena forma. Son delgados y fuertes. Se levantan al alba, sin quejarse.

—Me gusta prepararte el desayuno —dice Laura—. Estoy bien.

—Puedo prepararlo yo. Que yo tenga que levantarme al alba no significa que tengas que levantarte tú también.

—Quiero hacerlo.

El frigorífico zumba. Una abeja se estrella pesada y repetidamente contra el

cristal de una ventana. Laura saca su paquete de Pall Mall del bolsillo de la bata. Es tres años mayor que su marido (hay en esto algo vagamente deshonesto, algo vagamente incómodo); una mujer de espalda ancha, angulosa, morena, de aspecto extranjero, aunque su familia no haya conseguido prosperar en este país desde hace más de cien años. Saca un cigarrillo del paquete, cambia de idea y vuelve a meterlo.

—De acuerdo —dice él—. Si insistes, mañana te despertaré a las seis.

—De acuerdo.

Laura se sirve una taza del café que ha hecho él. Se acerca a su marido con la taza humeante en la mano, y le besa en la mejilla. Él le da una palmada cariñosa y distraída en el trasero. Ya no está pensando en ella. Piensa en la jornada que tiene por delante, el trayecto en coche al centro, el silencio letárgico y dorado de Wilshire Boulevard, donde todas las tiendas están cerradas aún y sólo las personas más alegres e industriosas, madrugadores jóvenes como él, caminan bajo la luz del sol incontaminada todavía. En su oficina reinará el silencio, las máquinas de escribir de las mecanógrafas estarán tapadas con una funda, y él y unos cuantos colegas de su edad dispondrán de una hora o algo más para despachar el papeleo antes de que empiecen a sonar los teléfonos. A veces le parece increíblemente hermoso poseer todo esto: un despacho y una casa nueva de dos habitaciones, responsabilidades y decisiones, almuerzos rápidos y jocosos con sus compañeros.

—Las rosas son preciosas —le dice Laura—. ¿Dónde las has comprado tan temprano?

—La señora Gar está en la tienda a las seis. He llamado al cristal hasta que ha venido a abrirme. —Mira su reloj, aunque sabe la hora que es—. Ey, tengo que irme.

—Que tengas un buen día.

—Igualmente.

—Feliz cumpleaños.

—Gracias.

Dan se levanta. Por un momento todos están enfrascados en el ritual de su partida: coger la chaqueta y el maletín; el trajín de los besos; las manos que se agitan, la de él por encima del hombro cuando atraviesa el césped de la entrada, las de Laura y Richie desde detrás de la puerta mosquitera. Su césped, copiosamente regado, tiene un verdor brillante, casi sobrenatural. Laura y Richie son como espectadores de un desfile, mientras el hombre maniobra con su Chevrolet azul hielo para descender por el camino de entrada y ganar la calle. Saluda con la mano una última vez, airosamente, sentado al volante.

—Bueno —dice ella, en cuanto el coche ha desaparecido. Su hijo la mira con adoración, expectante. Ella es el principio vivificador, la vida de la casa. Las habitaciones son a veces más grandes de lo que deberían; en ocasiones, de repente, contienen cosas que el niño no ha visto antes. Observa a su madre y espera.

—Bien, y ahora... —dice ella.

Aquí se produce la transición cotidiana. Cuando el marido está presente, ella está

más nerviosa, pero menos asustada. Sabe cómo actuar. A solas con Richie, a veces se siente como a la deriva: él es tan completa y persuasivamente él mismo. Quiere lo que quiere con tanta avidez. Lloro misteriosamente, tiene exigencias indescifrables, la corteja, le suplica, no le presta atención. Casi siempre parece estar pendiente de lo que ella hará a continuación. Ella sabe, o al menos sospecha, que otras madres de niños pequeños tienen que imponer una serie de reglas y, más concretamente, investirse de un yo maternal activo que las guíe a lo largo de los días que pasan a solas con un niño. Se las arregla cuando su marido está. Le ve a él viéndola a ella y, casi instintivamente, sabe cómo dispensar al niño un trato firme y amable, con una cariñosa desenvoltura maternal que parece espontánea. A solas con el niño, por el contrario, pierde el rumbo. No siempre recuerda cómo actuaría una madre.

—Tienes que terminar tu desayuno —le dice ella.

—Vale —dice él.

Vuelven a la cocina. El marido ha lavado, secado y guardado su taza de café. El niño empieza a comer con una cierta regularidad maquinal que tiene más de obediencia que de apetito. Laura se sirve otra taza de café y se sienta a la mesa. Enciende un cigarrillo.

... en el triunfo, el tintineo y la extraña altisonancia de algún avión en el cielo estaba lo que ella amaba: la vida; Londres; este instante de junio.

Expele un denso penacho gris de humo. Está tan cansada. Estuvo despierta hasta más de las dos, leyendo. Se toca la barriga: ¿es malo para el bebé, dormir tan poco? No se lo ha preguntado al médico; tiene miedo de que le diga que deje de leer del todo. Se promete que esta noche leerá menos. Se acostará a medianoche, como muy tarde.

Le dice a Richie:

—¿Adivinas lo que vamos a hacer hoy? Vamos a hacer una tarta para el cumpleaños de tu papá. Ah, qué gran trabajo nos espera.

Él asiente grave, juiciosamente. Algo no parece convencerle del todo. Ella dice:

—Vamos a hacerle la tarta más bonita que haya visto en su vida. La mejor del mundo. ¿No te parece una buena idea?

Richie asiente de nuevo. Aguarda a ver lo que sucederá después.

Laura le observa a través de los zarcillos serpenteantes del humo de cigarrillo. No subirá a su cuarto, a reanudar la lectura. Se quedará con el niño. Hará todo lo que sea necesario, y aún más.

La señora Dalloway

Clarissa sale a Spring Street con su ramo de flores. Se imagina que Barbara sigue viviendo, en la penumbra fresca al otro lado de la puerta, lo que Clarissa no puede por menos de considerar el pasado (guarda relación, de algún modo, con la tristeza de Barbara, y los rollos de cinta en la pared del fondo), mientras que ella entra en el presente, que es todo esto: el niño chino que se escora en su bicicleta; el número 281 escrito en oro sobre cristal oscuro; la dispersión de palomas cuyas patas son del color de una goma de lapicero (un pájaro había irrumpido por la ventana abierta de su aula de cuarto curso, violento, temible); Spring Street; y aquí está ella con un enorme ramo de flores. Pasará por la casa de Richard para ver cómo está (de nada sirve llamar, nunca contesta), pero antes se acerca tímida, expectante, a prudente distancia del remolque de donde ha aparecido la cabeza famosa. Hay un corrito allí, sobre todo de turistas, y Clarissa se coloca entre dos muchachas, una con el pelo teñido de un color amarillo canario y la otra con el pelo teñido de platino. Clarissa se pregunta si pretenden sugerir de un modo tan enérgico el sol y la luna.

Sol le dice a Luna:

—Era Meryl Streep, estoy segurísima.

Clarissa se emociona, a pesar suyo. Tenía razón. Hay una intensa y sorprendente satisfacción en saber que otra persona ha visto lo mismo que ella.

—Qué va —dice Luna—. Era Susan Sarandon.

No era Susan Sarandon, piensa Clarissa. Puede que haya sido Vanessa Redgrave, pero no, desde luego, Susan Sarandon.

—No —dice Sol—, era Streep. Créeme.

—No era Meryl Streep.

—Sí era. Joder, sí era ella.

Clarissa asiste culpable a la escena, con las flores en brazos, avergonzada de su propio interés, confiando en que la estrella reaparezca. No es amiga de hacer fiestas a celebridades, no más que la mayoría de la gente, pero no puede evitar que la atraiga el aura de la fama —y de algo más que la fama, la inmortalidad real— representada por la presencia de una estrella de cine en un remolque en la esquina de MacDougal y Spring Street. Esas dos chicas al lado de Clarissa, de veinte años, cuando no más jóvenes, desafiantemente fuertes, recostadas una sobre otra, que llevan bolsas de brillantes colores de comercios de saldo; esas dos chicas llegarán a la edad adulta y después a la vejez, se ajarán o se hincharán; los cementerios en los que estén

sepultadas serán a la postre pasto de la incuria, y las hierbas se volverán silvestres, mordisqueadas de noche por perros; y cuando los únicos despojos que queden de esas chicas sean los empastes de plata perdidos bajo tierra, la mujer del remolque, ya sea Meryl Streep o Vanessa Redgrave o incluso Susan Sarandon, será todavía conocida. Existirá en archivos, en libros; su voz grabada se conservará entre otros objetos verídicos y preciosos. Clarissa se concede la licencia de seguir allí plantada durante unos minutos, tan tonta como cualquier admiradora, con la esperanza de que la actriz vuelva a salir. Sí, sólo unos pocos minutos, antes de que la humillación sea simplemente insufrible. Está delante del remolque, con las flores. Consulta el reloj. Al cabo de varios minutos (casi diez, aunque deteste reconocerlo), se marcha de pronto, indignada, como si le hubieran dado un plantón, y camina unas cuantas manzanas hacia el apartamento de Richard.

Este vecindario fue en un tiempo el centro de algo nuevo y salvaje; tuvo mala fama, era una parte de la ciudad en la que toda la noche había acordes de guitarras en bares y cafés; en que las tiendas que vendían libros y ropa olían como ella imaginaba que debían de oler los bazares árabes: a incienso y a denso polvo de bostas, a algún tipo de madera (¿cedro, alcanfor?), a algo frutal y fértilmente putrefacto; y en que había sido posible, muy posible que, si franqueabas la puerta equivocada o entrabas en la calleja que no era, toparas con el destino: no sólo con la amenaza conocida del robo y el daño físico, sino con algo más perverso y transformador, de efecto más permanente. Allí mismo, ahí, en esa esquina, ella había estado con Richard cuando él tenía diecinueve años —cuando era un chico moreno, no exactamente guapo, de facciones firmes y ojos duros, y un cuello sumamente largo, grácil y muy pálido—, allí habían estado discutiendo... ¿de qué? ¿Sobre un beso? ¿Richard la había besado o era ella, Clarissa, la que había creído que él estaba a punto de besarla y lo había rehuido? Aquí, en esta esquina (enfrente de lo que en tiempos fue una peluquería y ahora es una tienda de exquisiteces), se habían besado o no lo habían hecho, pero sin duda habían discutido, y allí o en otro sitio, poco después, habían cancelado su pequeño experimento, porque Clarissa quería su libertad y Richard quería, bueno, demasiado, ¿no era siempre así? Quería demasiado. Ella le había dicho que lo que había ocurrido en verano era exactamente eso, algo que había ocurrido en verano. ¿Por qué la deseaba a ella, una chica sardónica e insegura, de poco pecho (¿cómo podía esperar que ella atendiera a su deseo?), cuando sabía tan bien como ella el rumbo de sus querencias más íntimas y cuando él tenía a Louis, el adorable Louis, de miembros sólidos, nada estúpido, un muchacho al que Michelangelo hubiera querido dibujar? ¿No era, en realidad, otra presunción poética, la idea que Richard tenía de ella? No había sido una pelea seria ni espectacular, sino tan sólo una riña en una esquina —no pensaron, ni siquiera entonces, que se hubiese producido un grave quebranto para su amistad—, y sin embargo ahora, cuando mira atrás, parece definitivo; parece como el momento en que concluyó un futuro posible y empezó uno nuevo. Aquel día, después de la discusión (o probablemente antes de ella), Clarissa

había comprado un paquete de incienso y una chaqueta gris de alpaca, de segunda mano, con botones de hueso en forma de rosa. Finalmente Richard se había ido a Europa con Louis. ¿Qué fue de la chaqueta de alpaca?, se pregunta ella ahora. Tiene la impresión de que la tuvo durante años y años, y que un buen día dejó de tenerla.

Dobla por Bleecker, sube hacia Thompson. El vecindario es hoy una imitación de sí mismo, un carnaval aguado para turistas, y Clarissa, a los cincuenta y dos años, sabe que detrás de esas puertas y al fondo de esas callejas hay ni más ni menos gente que vive su vida. Grotescamente, aún perduran algunos bares y cafés, aderezados ahora para parecerse a sí mismos en provecho de alemanes y japoneses. Todas las tiendas venden básicamente las mismas cosas: camisetas de recuerdo, bisutería de plata, chaquetas de cuero baratas.

Franquea el portal del inmueble de Richard y piensa, como siempre, en la palabra «sórdido». Es casi cómico, que la entrada del edificio de Richard ejemplifique tan perfectamente la idea de «sordidez». Es tan visible, tan espantosamente sórdido que todavía le sorprende un poco, incluso al cabo de todos estos años. Le sorprende casi del modo en que puede seguir sorprendiendo un objeto raro y notable, una obra de arte; simplemente porque continúa siendo, a lo largo del tiempo, tan pura y totalmente ella misma. Aquí están otra vez, sorprendentemente, las paredes de un color amarillo beige desvaído, más o menos del tono de una galleta de arrurruz; aquí el tablero fluorescente del techo que emite su chisporroteo acuoso. Es peor —mucho peor— que remozasen este zaguán estrecho hace diez años, una chapuza barata. El portal, con su linóleo sucio, que imita a ladrillos blancos, y su ficus artificial, es mucho más deprimente de lo que pudo haber sido en su decrepitud de antaño. Sólo el revestimiento antiguo de mármol —de un mármol color palomino, vetado de azul y gris, con una pátina de amarillo muy oscuro, ahumado, como un buen queso viejo, ahora horriblemente reproducido en las paredes amarillentas— indica que hubo un tiempo en que el edificio tuvo cierta categoría; que aquí se concibieron esperanzas; que al entrar en el portal, la gente esperaba sentirse como si se internara ordenadamente en un futuro que deparase algo valioso.

Entra en el ascensor, una cabina diminuta, con un brillo intensificado y desvaído, revestida de metal con grano de madera, y pulsa el botón del quinto piso. La puerta del ascensor suspira y se cierra con un crujido. No ocurre nada. Por supuesto. Funciona sólo de forma intermitente; de hecho, supone un alivio abandonarlo y subir las escaleras. Clarissa aprieta el botón marcado con una «O» blanca desportillada y, tras un nervioso titubeo, la puerta se abre de nuevo. En este ascensor siempre teme quedarse atrapada entre pisos; nada más fácil que imaginar la larga, larga espera; los gritos de auxilio a inquilinos que quizá sepan o quizá no sepan inglés y que podrían molestarse o no en hacer algo; el extraño miedo paralizante y cervical de quedarse encerrada, durante un lapso considerable, en el vacío brillante y enrarecido, mirando o sin mirar a su reflejo desfigurado en el espejito circular clavado en la esquina superior derecha. Es mejor, francamente, que el ascensor no funcione en absoluto y

verse obligada a subir cinco pisos. Es mejor estar libre.

Sube las escaleras, con una sensación a la vez de cansancio y nupcial —virginal—, con las flores en la mano. Desconchados, gastados por el centro, los peldaños son de una materia singular, como de un caucho negro lechoso. En cada uno de los cuatro rellanos, una ventana ofrece una vista distinta de ropa tendida en una cuerda: sábanas estampadas, ropas de bebé, calzoncillos largos; prendas de una novedad barata y chabacana, en absoluto al estilo de las coladas de antaño —calcetines oscuros y complicada lencería femenina, ropa de casa descolorida, luminosas camisas blancas— que convertían el hueco de la escalera en algo ordinario pero maravilloso, preservado de otro tiempo. Sórdido, piensa de nuevo. Sórdido a secas.

El descansillo de Richard, pintado del mismo color de galleta de arrurruz, tiene todavía los azulejos que debió de tener a comienzos de siglo (el linóleo, misteriosamente, termina en el segundo piso); en el suelo, bordeado por un mosaico de flores geométricas de un amarillo pálido, hay una sola colilla de cigarrillo manchada de barra de labios. Clarissa llama a la puerta de Richard, aguarda y vuelve a llamar.

—¿Quién es?

—Soy yo.

—¿Quién?

—Clarissa.

—Ah, señora D. Ah, entra.

¿No es hora, piensa ella, de prescindir del antiguo apodo? Si él tiene un buen día, ella lo sacará a colación: Richard, ¿no crees que ya es hora de llamarme simplemente Clarissa?

Abre la puerta con su propia llave. Oye a Richard hablando en la otra habitación, en voz baja y divertida, como si estuviese comunicando secretos escandalosos. No distingue lo que está diciendo: capta la palabra «tirar», seguida de la risa sorda y baja de Richard, un sonido ligeramente dolorido, como si la risa fuese algo puntiagudo que se le ha atascado en la garganta.

Bueno, piensa Clarissa, tiene otro de esos días; no uno apropiado, desde luego, para sacar a relucir el tema de los nombres.

Cómo podría ella evitar el rencor hacia Evan y todos los demás que consiguieron los nuevos fármacos a tiempo; todos los afortunados («afortunados» es, por supuesto, un término relativo), hombres y mujeres cuyas mentes no han sido aún trituradas por el virus. Cómo evitar la cólera en nombre de Richard, cuyos músculos y órganos han reanimado los nuevos descubrimientos, pero cuyo cerebro parece inaccesible a toda clase de remedio, aparte de la concesión de algunos días buenos entre los días malos.

El apartamento está, como siempre, oscuro y cerrado, sobrecalentado, bañado en el incienso de savia y enebro que Richard quema para encubrir el olor de enfermedad. Reina un desorden indescriptible, poblado aquí y allá por un círculo lánguido de no-oscuridad pulverizada que procede de las lámparas de pantalla marrón en las que

Richard no soportaría bombillas de una potencia mayor que quince vatios. El apartamento tiene, ante todo, un aspecto submarino. Clarissa lo recorre como si fuera la bodega de un barco hundido. No le sorprendería excesivamente ver pasar en la media luz un banco de peces plateados. Estas habitaciones no parecen formar realmente parte del edificio que las contiene, y siempre que Clarissa entra y cierra detrás de ella la puerta grande, que chirría, con cuatro cerrojos (dos de ellos rotos), siente como si hubiera traspasado una urdimbre dimensional; cruzado el espejo, por así decirlo; como si el portal, el hueco de la escalera y el rellano existieran en otro mundo totalmente distinto; en otro tiempo.

—Buenos días —dice.

—¿Aún es de día?

—Sí. Es de día.

Richard está en la segunda habitación. El apartamento consta sólo de dos cuartos: la cocina (por la que se entra) y la otra habitación espaciosa donde transcurre la vida de Richard (lo que queda de ella). Clarissa atraviesa la cocina, con su hornillo antiguo y su gran bañera blanca (que resplandece tenuemente como mármol en la oscuridad eterna de la pieza), su tenue olor a gas y a guiso viejo, su pila de cajas de cartón llenas de... ¿quién sabe?, su espejo oval de marco dorado que a ella le devuelve (siempre un pequeño sobresalto, por mucho que se lo espere) el pálido reflejo de su cara. En el curso de los años, se ha habituado a no mirar al espejo.

Ahí está la cafetera italiana que le compró a Richard, toda de cromo y acero negro, que ya empieza a adquirir el aire general de incuria polvorienta. Ahí están las cazuelas de cobre que ella le compró.

Richard, en el otro cuarto, está sentado en su butaca. Las persianas están cerradas y las seis o siete lámparas encendidas, aunque su débil resplandor apenas alumbraba lo que una lámpara de mesa corriente. En el rincón del fondo, Richard, con su absurda bata de franela (una versión adulta de una bata de niño, de color azul tinta, estampada de cohetes y astronautas con casco), está tan demacrado y majestuoso —e igual de estúpido— como una reina ahogada que aún ocupa su trono.

Ha dejado de susurrar. Tiene la cabeza ligeramente recostada y los ojos cerrados, como si escuchara música.

—Buenos días, querido —repite Clarissa.

Él abre los ojos.

—Qué cantidad de flores.

—Son para ti.

—¿Me he muerto?

—Son para tu fiesta. ¿Cómo va tu cefalea esta mañana?

—Mejor. Gracias.

—¿Has dormido?

—No me acuerdo. Sí. Creo que he dormido. Gracias.

—Richard, hace un día precioso de verano. ¿Qué te parece si dejo que entre un

poco de luz?

—Como quieras.

Se acerca a la más próxima de las tres ventanas y, con cierta dificultad, levanta el estor de lona lubricado. Una luz equilibrada —que forma un ángulo entre el inmueble de Richard y su gemelo de ladrillo color chocolate, a cinco metros de distancia— entra en la habitación. Al otro lado del callejón está la ventana de una viuda quisquillosa, con sus figurillas de cristal y de cerámica en el alféizar (un burro tirando de un carro, un payaso, una ardilla que enseña los dientes) y sus persianas venecianas. Clarissa se vuelve. La cara de Richard, con sus hoyos y sus pliegues profundos y carnosos, su frente alta y lustrosa y su nariz aplastada de boxeador, parece emerger de la oscuridad como una estatua izada a la superficie desde el fondo del agua.

—Demasiada luz —dice.

—La luz te hace bien —dice ella.

Se aproxima a Richard y le besa en la curva de la frente. Así, de cerca, huele sus diversos humores. Sus poros exudan no sólo el sudor familiar (que a ella siempre le ha olido bien, almidonado, fermentado; punzante como vino), sino el olor de sus medicamentos, un olor como de polvos, dulzón. Huele también a franela percutida (aunque la colada se hace una vez por semana, o con más frecuencia), y leve, horriblemente (es su único olor repelente) a la butaca en que pasa los días.

La butaca de Richard, en especial, es una demencia; o, mejor dicho, es la butaca de alguien que, aunque no esté realmente loco, ha permitido que las cosas hayan ido tan lejos, recorrido tan largo camino hacia el abandono extenuado de los cuidados ordinarios —la simple higiene, la nutrición asidua— que la diferencia entre la locura y la desesperanza es difícil de trazar. La butaca —vieja, cuadrada, recargada, obesamente equilibrada sobre delgadas patas de madera clara— está visiblemente rota e inservible. Está tapizada de algo nudoso, incoloro, lanudo, cosido (lo cual es, por algún motivo, el factor más siniestro) con hilo de plata. Tiene tan raídos los brazos y el respaldo cuadrados, tan oscurecidos por el roce continuo de fricción y fluidos humanos que se asemejan a las partes tiernas de una piel de elefante. Sus muelles asoman —hileras perfectas de resortes pálidos, oxidados— no sólo por el almohadón del asiento, sino por la fina toalla amarilla que Richard ha puesto encima del cojín. La butaca huele a humedad fétida y profunda, a suciedad; huele a podredumbre irreversible. Si la tiraran a la calle (*cuando* la tiren a la calle), nadie la recogería. Richard no quiere oír hablar de reemplazarla.

—¿Y están aquí hoy? —pregunta Clarissa.

—No —responde Richard, con la franqueza renuente de un niño—. Ya se han ido. Son hermosas y terribles.

—Sí —dice ella—. Lo sé.

—Las veo como fusiones de fuego negro, quiero decir que son oscuras y relucientes al mismo tiempo. Había una que se parecía un poco a una medusa negra, electrificada. Ahora mismo estaban cantando en un idioma extranjero. Creo que podía

ser griego. Griego arcaico.

—¿Les tienes miedo?

—No. Bueno, a veces.

—Creo que voy a decirle a Bing que te aumente la medicación, ¿te parece bien?

Él suspira, cansinamente.

—Que no las oiga o no las vea a veces no quiere decir que se hayan ido —dice él.

—Pero si no las oyes ni las ves —dice Clarissa—, puedes descansar. Dime la verdad, no has dormido en toda la noche, ¿no?

—Oh, un poco. Dormir no me preocupa tanto. Me preocupas mucho más tú. Estás tan delgada hoy, ¿cómo estás?

—Estoy bien. Sólo puedo quedarme un minuto. Tengo que poner las flores en agua.

—Vale, vale. Las flores, la fiesta. Oh, Dios.

—He visto a una actriz de cine cuando venía —dice Clarissa—. Creo que probablemente es un buen presagio, ¿no?

Richard sonríe, nostálgico.

—Oh, bueno, presagios —dice—. ¿Tú crees en ellos? ¿Tú crees que se fijan tanto en nosotros? ¿Tú crees que se preocupan tanto? Vaya, eso sería maravilloso, ¿no? Bueno, tal vez sea cierto.

No preguntará el nombre de la actriz; en realidad no le interesa. Richard es el único de los conocidos de Clarissa a quien no le interesan realmente los famosos. Richard sinceramente no reconoce distinciones así. Clarissa piensa que es una mezcla de ego monumental y una especie de sabiduría. Richard es incapaz de imaginar una vida más interesante o valiosa que la que viven sus amistades y él mismo, y por esta razón uno se siente exaltado, expandido en su presencia. No es uno de esos egotistas que miniaturizan a los demás. Es el tipo opuesto de egotista, que obedece a impulsos de grandiosidad y no de codicia, y si insiste en una versión de ti mismo que es más divertida, extraña y más excéntrica de lo que sospechas que eres —capaz de hacer más bien y más mal en el mundo de lo que nunca hubieras creído—, es casi imposible no creer, al menos en su presencia y durante un rato después de haberle dejado, que es el único que percibe tu esencia, pondera tus verdaderas cualidades (no todas ellas necesariamente halagadoras; una cierta desmaña, una tosquedad pueril forman parte de su estilo), y te aprecia más plenamente de lo que nadie lo haya hecho nunca. Sólo al cabo de algún tiempo después de conocerle empiezas a comprender que, para él, eres un personaje fundamentalmente novelesco, al que ha investido de una capacidad casi ilimitada para la tragedia y la comedia, no porque sea tu verdadera naturaleza, sino porque él, Richard, necesita vivir en un mundo poblado de figuras imponentes y extremas. Algunos han roto sus relaciones con él porque se niegan a seguir siendo figuras en el poema épico que está siempre componiendo en su cabeza, la historia de su vida y sus pasiones; pero otros (Clarissa entre ellos) disfrutan del sentido de hipérbole que aporta a sus vidas, e incluso han llegado a depender de él, como

dependen del café que les despierta por la mañana y la copa que les amodorra por la noche.

Clarissa dice:

—Las supersticiones son un consuelo a veces. No sé por qué rechazas tan tercamente todos los consuelos.

—¿Los rechazo? Oh, no es mi intención. Me gustan los consuelos. Algunos. Algunos me gustan mucho.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. Bastante bien. Un poco efímero. Sigo soñando que estoy sentado en una habitación.

—La fiesta es a las cinco, ¿te acuerdas?, y la ceremonia es después, a las ocho, en el centro. Te acuerdas de todo eso, ¿verdad?

—Sí —dice él.

Luego dice:

—No.

—¿En qué quedamos?

—Lo siento. Parece que estoy pensando continuamente que las cosas ya han ocurrido. Cuando me has preguntado si me acordaba de la fiesta y la ceremonia, he pensado que te referías a que si me acordaba de haber asistido a ellas. Y me acuerdo. Es como si me hubiera salido del tiempo.

—La fiesta y la ceremonia son esta noche. En el futuro.

—Entiendo. En cierto sentido, entiendo. Pero ya ves, parece que también he entrado en el futuro. Tengo un claro recuerdo de la fiesta que todavía no se ha celebrado. Recuerdo perfectamente la ceremonia del premio.

—¿Te han traído el desayuno esta mañana? —pregunta ella.

—Qué pregunta. Sí.

—¿Y lo has tomado?

—Recuerdo haber desayunado. Pero es posible que sólo tuviera la intención de hacerlo. ¿Hay un desayuno por ahí, en algún sitio?

—No, que yo vea.

—Entonces supongo que he conseguido tomarlo. La comida no tiene mucha importancia, ¿verdad?

—La comida importa mucho, Richard.

—No sé si lo soporto, Clarissa —dice él.

—¿Soportar qué?

—El hacerme el orgulloso y el valiente delante de todo el mundo. Lo recuerdo vívidamente. Veo al enfermo que soy, un loco hecho pedazos que extiende sus manos temblorosas para recibir su pequeño trofeo.

—Cariño, no necesitas hacerte el orgulloso. No necesitas hacerte el valiente. No es una actuación.

—Claro que lo es. Me han dado un premio por mi actuación, no lo olvides. Me

han premiado porque tengo sida y me estoy volviendo loco y lo afronto con valor, no tiene nada que ver con mi obra.

—Basta. Por favor. Tiene todo que ver con tu obra.

Richard inhala y exhala una bocanada de aire húmeda y enérgica. Clarissa piensa en sus pulmones, almohadas rojas y refulgentes, con su complejo tejido de venas. Es una perversidad que sean sus órganos menos afectados; por razones desconocidas, han permanecido prácticamente indemnes al virus. Tras esa intensa aspiración de aire, sus ojos parecen enfocar, cobrar profundidades más verdes.

—¿No pensarás, verdad, que me lo habrían dado si hubiera estado sano?

—Pues sí, la verdad, lo pienso.

—Por favor.

—Bueno, en ese caso deberías rechazarlo.

—Eso es lo espantoso —dice Richard—. Quiero el premio. Lo quiero. Sería mucho más fácil si me importara más o me importara menos ganar premios. ¿Está por aquí, a mano?

—¿El qué?

—El premio. Me gustaría verlo.

—Todavía no te lo han dado. Te lo dan esta noche.

—Sí. Eso es. Esta noche.

—Richard, querido, escúchame. Puede ser algo sencillo. Puede complacerte, lisa y llanamente. Estaré allí contigo en todo momento.

—Me gustaría.

—Es una fiesta. Es sólo una fiesta. Habrá cantidad de gente que te respeta y te admira.

—¿En serio? ¿Quiénes?

—Ya sabes quiénes. Howard. Elisa. Martin Campo.

—¿Martin Campo? Oh, Dios mío.

—Creí que te gustaba. Siempre lo has dicho.

—Ah, bueno, sí, supongo que al león también le gusta el guardián del zoo.

—Martin Campo te ha publicado regularmente durante más de treinta años.

—¿Quién más vendrá?

—Hemos hablado hasta la saciedad de eso. Ya sabes quiénes vienen.

—Dime un nombre más, ¿quieres? Dime el nombre de alguien heroico.

—Martin Campo es heroico, ¿no crees? Ha consumido toda la fortuna de su familia en publicar libros importantes y difíciles que sabe que no se venderán.

Richard cierra los ojos, recuesta su cabeza descarnada en el cabezal raído y grasiento de la butaca.

—De acuerdo, entonces —dice.

—No hace falta que seduzcas ni que entretengas a nadie. No tienes que actuar. Esas personas han creído en ti durante mucho, mucho tiempo. Lo único que tienes que hacer es aparecer, sentarte en el sofá con o sin una copa en la mano, escuchar o

no escuchar, sonreír o no hacerlo. Eso es todo. Yo estaré atenta a todo.

Siente ganas de coger a Richard por sus hombros huesudos y sacudirle fuerte. Tal vez él (aunque una duda en pensar en estos términos) esté ingresando en el canon; puede que en estos momentos postreros de su carrera terrenal esté recibiendo los primeros indicios de reconocimiento que llegarán lejos en el futuro (en el supuesto, claro está, de que exista el futuro). Un premio así representa más que la reseña de un congreso de poetas y académicos; significa que la literatura (cuyo porvenir se está perfilando ahora mismo) parece sentir la necesidad de una aportación concreta de Richard: de sus lamentaciones desafiantes y prolijas sobre mundos que se desvanecen o se han extinguido por completo. Mientras no haya garantías, parece posible, y quizás incluso más que posible, que Clarissa y el grupo reducido de los demás hayan estado todo el tiempo en lo cierto. Richard el denso, el nostálgico, el escudriñador, el Richard que observaba tan minuciosa y exhaustivamente, que intentaba escindir el átomo con palabras, sobrevivirá cuando otros nombres más de moda hayan sido olvidados.

Y Clarissa, su amiga más antigua, su primera lectora —Clarissa que le ve todos los días, incluso cuando algunos de los amigos más recientes de Richard han llegado a creer que ya se ha muerto—, da una fiesta en su honor. Clarissa va a llenar su casa de flores y velas. ¿Por qué no habría ella de querer que él vaya?

Richard dice:

—No hago falta allí, en realidad, ¿no? La fiesta puede proseguir sola con la idea de mí. La fiesta ya se ha celebrado, en realidad, con o sin mí.

—Te estás poniendo imposible. Vas a hacerme perder la paciencia.

—No, por favor, no te enfades. Oh, señora D., la verdad es que me da vergüenza ir a esa fiesta. He sido un rotundo fracaso.

—No hables así.

—No, no. Eres amable, eres muy amable, pero me temo que soy un fracaso, y punto. Era demasiado para mí. Me creí más grande de lo que soy. ¿Puedo confesarte un secreto vergonzoso? ¿Que no he dicho nunca a nadie?

—Pues claro.

—Pensé que era un genio. Hasta empleaba esa palabra, en privado, a solas.

—Bueno...

—Oh, orgullo, orgullo. Estaba tan equivocado. Sucumbí al orgullo. Resultó simplemente infranqueable. Era demasiado, ah, realmente demasiado para mí. Quiero decir, existe el clima, el agua y la tierra, hay animales, y edificios, y el pasado y el futuro, hay espacio, hay historia. Hay esta hebra o lo que sea apresada entre mis dientes, hay la anciana de la ventana de enfrente, ¿te has fijado en que ha cambiado de sitio en el alféizar al burro y a la ardilla? Y, por supuesto, existe el tiempo. Y el lugar. Y estás tú, señora D. Quería contar parte de la historia de una parte de ti. Oh, me encantaría haberlo hecho.

—Richard. Escribiste un libro entero.

—Pero todo ha quedado fuera, casi todo. Y además me atasqué en un final escandaloso. Ah, ahora no busco compasión, en realidad. Queremos tantas cosas, ¿verdad?

—Sí. Supongo que sí.

—Me besaste a la orilla de un estanque.

—Hace mil años.

—Sigue sucediendo.

—En cierto sentido, sí.

—En la realidad. Está ocurriendo en este presente. Sigue ocurriendo en este presente.

—Estás cansado, querido. Tienes que descansar. Voy a llamar a Bing para lo de tu medicina, ¿te parece?

—Oh, no puedo, no puedo descansar. Ven aquí, acércate, por favor, ¿quieres?

—Estoy aquí mismo.

—Más cerca. Cógeme la mano.

Clarissa toma una mano de Richard en las suyas. Incluso ahora le sorprende lo frágil que es la mano, de qué modo tan palpable se asemeja a un manojito de ramitas.

Él dice:

—Estamos aquí. ¿No crees?

—¿Perdón?

—Somos adultos y somos jóvenes amantes a la orilla de un estanque. Lo somos todo, a la vez. ¿No es curioso?

—Sí.

—No me arrepiento de nada, en realidad, salvo de eso. Quería escribir sobre ti, sobre nosotros, más bien. ¿Sabes de qué hablo? Quería escribir sobre todas las cosas, sobre la vida que estamos viviendo y las que habríamos podido vivir. Quería escribir sobre todas las maneras en que podríamos morir.

—No lamente nada, Richard —dice Clarissa—. No tienes por qué, con todo lo que has hecho.

—Es muy amable por tu parte decir eso.

—Lo que necesitas ahora es una siesta.

—¿Tú crees?

—Sí.

—De acuerdo.

Ella dice:

—Vendré a ayudarte a vestirte. ¿Te parece bien a las tres y media?

—Es siempre maravilloso verte, señora Dalloway.

—Ahora tengo que irme. Tengo que poner las flores en agua.

—Sí. Claro, sí.

Ella le toca el hombro flaco con la punta de los dedos. ¿Cómo es posible que ella se arrepienta? ¿Cómo puede pensar, incluso ahora, que habrían podido pasar la vida

juntos? Podrían haber sido marido y mujer, almas gemelas, y haber tenido otros amantes. Hay maneras de apañarlo.

Richard fue en un tiempo ávido y alto, nervudo, brillante y pálido como la leche. Hubo un tiempo en que recorría Nueva York con un viejo gabán militar, hablando agitadamente, con la oscura maraña de su pelo atada de cualquier modo por una tira de cinta azul que había encontrado. Clarissa dice:

—He preparado cangrejo. No es que piense que sea un gran aliciente.

—Oh, tú sabes que me encanta el cangrejo. Desde luego que es un aliciente. ¿Clarissa?

—¿Sí?

Él levanta su cabeza maciza y devastada. Clarissa gira la cabeza hacia un costado y recibe el beso de Richard en la mejilla. No es buena idea besarle en los labios: un simple resfriado le sería fatal. Clarissa recibe el beso en la mejilla, aprieta el hombro flaco de Richard con la punta de los dedos.

—Te veo a las tres y media —dice.

—Estupendo —dice Richard—. Estupendo.

La señora Woolf

Mira al reloj en la mesa. Han transcurrido casi dos horas. Todavía se siente poderosa, aunque sabe que mañana, cuando relea lo escrito, quizá le parezca vacuo y ampuloso. Siempre se tiene en mente un libro mejor que el que se logra trasladar al papel. Da un sorbo de café frío y se permite leer lo que ha escrito hasta ahora.

Parece bastante bueno; algunos fragmentos parecen muy buenos. Abriga grandes esperanzas, por supuesto: quiere que éste sea su mejor libro, el libro que por fin colme sus expectativas. ¿Pero puede convertirse en novela un solo día en la vida de una mujer corriente? Virginia se da un golpecito con el pulgar en los labios. Clarissa Dalloway morirá, de eso está segura, aunque a estas alturas es imposible saber cómo o incluso exactamente por qué. Se suicidará, cree Virginia. Sí, se quitará la vida.

Virginia posa la pluma. Le gustaría escribir todo el día, completar treinta páginas en lugar de tres, pero después de las primeras horas algo en su interior desfallece, y le inquieta pensar que si traspasa sus límites pondrá en peligro toda la empresa. Dejará que vaya errante por un reino de incoherencia del que quizá no regrese nunca. Al mismo tiempo detesta dedicar sus horas lúcidas a otra cosa distinta de escribir. Trabaja, siempre, contra el temor de la recaída. Primero vienen las cefaleas, que no son en absoluto un dolor ordinario (*cefalea* ha sido siempre un término inadecuado para ellas, pero llamarlas de otro modo sería demasiado melodramático). Se posesionan de ella. Más que afligirla, la habitan, al igual que los virus habitan en sus anfitriones. Las franjas de dolor se anuncian, producen escalofríos de claridad tan insistentes dentro de sus ojos que debe recordarse a sí misma que los demás no pueden verlos. El dolor la coloniza, en seguida se adueña cada vez más del propio ser de Virginia, y su avance es tan pujante, sus contornos mellados son tan nítidos, que no puede evitar verlos como a una entidad dotada de vida propia. Podría verla mientras pasea con Leonard por la plaza: es una masa centelleante, blanca como plata, que flota sobre los adoquines, provista, al azar, de púas, fluida pero completa, como una medusa. «¿Qué es eso?», preguntaba Leonard. «Mi dolor de cabeza», respondía ella. «Por favor, no le hagas caso».

La cefalea está siempre ahí, esperando, y los períodos de libertad de Virginia, por largos que sean, siempre parecen provisionales. A veces el dolor sólo toma una posesión parcial durante una velada, o un día o dos, y luego se retira. A veces persiste y aumenta hasta que amaina. En esas ocasiones el dolor sale de su cráneo y se adentra en el mundo. Todo brilla y palpita. Una luz brillante, palpitante, lo contamina todo, y

ella suplica oscuridad del mismo modo que un caminante perdido en el desierto suplica agua. El mundo está por completo desprovisto de oscuridad como el desierto lo está de agua. No hay oscuridad en el cuarto con los postigos cerrados, no la hay detrás de sus párpados. Tan sólo hay grados de resplandor mayores o menores. Las voces comienzan cuando Virginia ha entrado en esos dominios de radiación implacable. A veces son bajas, murmullos incorpóreos que emanan del aire; a veces proceden de detrás de los muebles o del interior de las paredes. Son indistintas pero llenas de sentido, innegablemente masculinas, obscenamente viejas. Son furiosas, acusatorias, desencantadas. Algunas veces parece que conversan, en cuchicheos, entre ellas; otras veces parece que recitan textos. En ocasiones, débilmente, ella distingue una palabra. «Tirar», una vez, y «debajo», dos veces. Un día, en la ventana de su cuarto, una bandada de gorriones cantaba, de un modo inconfundible, en griego. Este estado la sume en un pozo de desdicha infernal; en este estado es capaz de chillarle a Leonard o a cualquiera que se le aproxime (silban de luz, como demonios); pero es un estado que, si se prolonga, empieza también a envolverla, hora tras hora, como una crisálida. Al final, cuando han transcurrido suficientes horas, Virginia resurge ensangrentada y temblorosa, pero llena de visión y lista, después de haber descansado, a trabajar de nuevo. Teme estos lapsos de dolor y de luz y sospecha que son necesarios. Hace algún tiempo que no los padece, hace ya años. Sabe lo súbitamente que pueden reaparecer las cefaleas, pero las encubre en presencia de Leonard, actúa como si gozara de una salud más sólida de la que a veces posee. Volverá a Londres. Más vale morir, loca de atar, en Londres, que evaporarse en Richmond.

Decide, no sin recelos, que ya ha acabado por hoy. Siempre tiene esas dudas. ¿Debería seguir otra hora? ¿Está siendo prudente o perezosa? Prudente, se dice, y casi lo cree. Ha escrito, más o menos, sus doscientas cincuenta palabras. Con eso basta. Ten fe en que mañana volverás a estar aquí, reconocible para ti misma.

Coge la taza, con sus posos fríos, sale de la habitación y baja a la sala de la imprenta, donde Ralph lee las galeradas a medida que Leonard las termina.

—Buenos días —dice Ralph a Virginia, con voz viva y nerviosa. Tiene colorada la cara ancha, plácida, agraciada, y la frente prácticamente reluciente, y ella ve inmediatamente que, para él, el día no es bueno en absoluto. Leonard debe de haber refunfuñado por alguna ineficiencia, bien de cosecha reciente o perpetrada la víspera, y ahora Ralph, sentado, lee pruebas y dice «buenos días» con el ardor sonrojado de un niño al que han reprendido.

—Buenos días —contesta ella, con una voz que es cordial pero cuidadosamente distante. Esos y esas jóvenes, esos ayudantes, van y vienen; ya han contratado a Marjorie (que tiene ese modo horrible de arrastrar las palabras, ¿y dónde está ella ahora?) para que haga las tareas que Ralph considera indignas de él. Sin duda Ralph, primero, y luego Marjorie no tardarán mucho en irse, y ella, Virginia, al salir de su estudio encontrará a alguien nuevo que, regañado y con la cara colorada, le desea un

buen día. Sabe que Leonard puede ser brusco, mezquino, y exigente hasta casi lo insufrible. Sabe que a menudo sus críticas a esos jóvenes son injustas, pero ella no se pondrá de parte de ellos y en contra de él. No será la madre que intercede, por mucho que ellos se lo imploren con sus sonrisas ansiosas y sus ojos heridos. Ralph, al fin y al cabo, es incumbencia de Lytton, y Lytton está a su disposición. Ralph, como sus hermanos o hermanas venideros, se irá para hacer lo que se propone hacer en el ancho mundo; nadie espera de ellos que se labren un porvenir como ayudantes de imprenta. Puede que Leonard sea despótico, puede que sea injusto, pero es su compañero y su custodio y ella no le traicionará, no, desde luego, por el apuesto y bisoño Ralph, ni por Marjorie, con su voz de periquito.

—Hay diez errores en ocho páginas —dice Leonard. Los corchetes en las comisuras de su boca son tan profundos que dentro de ellos cabría un penique.

—Suerte que los has encontrado —dice Virginia.

—Parece que se acumulan en la zona del medio. ¿Tú crees que la mala prosa provoca una mayor cantidad de infortunios?

—Cómo me gustaría vivir en un mundo en que eso fuese cierto. Voy a dar un paseo para despejarme, y cuando vuelva os echaré una mano.

—Estamos avanzando bastante —dice Ralph—. Deberíamos haber terminado para el final del día.

—Con suerte habremos acabado la semana que viene a esta hora —dice Leonard.

Frunce el ceño; la cara de Ralph adquiere una tonalidad rosada más fina y concreta. Por supuesto, piensa ella. Ralph ha compuesto el texto a la buena de Dios. La verdad —piensa Virginia—, como una matrona vestida de gris, calmada y regordeta, ocupa un asiento entre esos dos hombres. La verdad no reside en Ralph, el joven soldado de infantería, que aprecia la literatura pero también aprecia, con igual o quizá mayor fervor, el brandy y las galletas que le esperan cuando la tarea de la jornada ha concluido; que es un buen chico, nada excepcional, del que apenas cabe esperar que perpetúe, en el plazo de tiempo que le ha sido asignado, los asuntos corrientes del mundo ordinario. La verdad tampoco reside en Leonard, el brillante e incansable Leonard, que se niega a distinguir entre un contratiempo y una catástrofe; que idolatra el logro por encima de todo y que se hace inaguantable para los demás porque cree sinceramente que puede eliminar y corregir cada muestra de mediocridad y flaqueza humanas.

—Estoy segura —dice ella— de que entre todos podremos darle al libro una forma medianamente aceptable y celebrar la Navidad a tiempo.

Ralph le sonrío con un alivio tan visible que ella tiene ganas de abofetearle. Sobrestima la indulgencia de Virginia; ella lo ha dicho para animar a Leonard, no para alentarle a él, de un modo muy parecido a como la madre de Virginia habría podido restar importancia a la torpeza de una criada durante la cena, declarando por el bien de su marido y de todos los demás que la sopera hecha añicos no entrañaba un mal presagio; que el círculo de amor y tolerancia no podía romperse; que todo estaba

a salvo.

La señora Brown

La vida, Londres, este instante de junio.

Comienza tamizando harina en un cuenco azul. Al otro lado de la ventana hay el breve interludio de césped que separa esta casa de la de los vecinos; la sombra de un pájaro raya la blancura cegadora del estuco del garaje de la casa contigua. A Laura la complace, de un modo breve y profundo, la sombra del pájaro, las franjas de brillante color blanco y verde. El cuenco sobre el mostrador, delante de ella, es de un azul pálido y terroso, ligeramente desvaído, con un fino ribete de hojas blancas en el borde. Las hojas son idénticas, estilizadas, un poco acartonadas, ladeadas en gráciles ángulos, y parece perfecto e inevitable que una de ellas haya sufrido una pequeña melladura, de precisa forma triangular, en un costado. Una llovizna blanca de harina cae dentro del bol.

—Allá vamos —le dice a Richie—. ¿Quieres ver?

—Sí —responde él.

Ella se arrodilla para enseñarle la harina cribada.

—Ahora tenemos que medir cuatro tazas. Cielo santo. ¿Sabes cuántas son cuatro?

Él levanta cuatro dedos.

—Bien —dice ella—. Muy bien.

En ese momento ella podría devorarlo, no voraz sino cariñosamente, con una suavidad infinita, como solía recibir la hostia en la boca antes de casarse y convertirse (su madre no se lo perdonará nunca). La embarga un amor tan intenso, tan inequívoco, que se asemeja al apetito.

—Eres un chico tan bueno y tan listo —dice.

Richie separa los labios en una sonrisa; mira ardientemente la cara de Laura. Ella le devuelve la mirada. Hacen una pausa, inmóviles, observándose uno a otro, y por un momento ella es justamente lo que aparenta ser: una mujer embarazada, arrodillada en una cocina con su hijo de tres años, que sabe contar hasta cuatro. Es ella misma y es el perfecto retrato de sí misma; no hay diferencia. Va a hacer una tarta de cumpleaños —una simple tarta—, pero en su mente, en ese momento, la tarta es satinada y resplandeciente como cualquier fotografía de cualquier revista; mejor aún, incluso, que las fotos de tartas en revistas. Se imagina haciendo, con los ingredientes más humildes, un pastel que posea toda la medida y la autoridad de una urna o una casa. La tarta constituirá un obsequio y una delicia al igual que una buena casa representa confort y seguridad. Así es como deben sentirse, piensa, los artistas o

arquitectos (es una comparación tremendamente grandiosa, lo sabe, y puede que hasta un poco descabellada, pero así y todo), delante del lienzo, la piedra, el óleo o el cemento mojado. Un libro como *La señora Dalloway*, ¿no fue acaso en su tiempo un simple papel en blanco y un tintero? Es una simple tarta, se dice a sí misma. Pero así y todo. Hay tartas y tartas. En el instante en que sostiene un bol entero de harina tamizada, en una casa en orden bajo el cielo de California, espera sentirse tan satisfecha y tan llena de expectación como un escritor que traza su primera frase, un constructor que comienza a dibujar los planos.

—Adelante —le dice a Richie—. Tú pones la primera.

Le entrega una taza de medida de brillante aluminio. Es la primera vez que le confían un trabajo así. Laura coloca en el suelo, para él, un segundo cuenco. El niño sostiene la taza con las dos manos.

—Allá vamos —dice ella.

Guía las manos de Richie con las suyas y le ayuda a hundir la taza en la harina. La taza penetra sin esfuerzo, y a través de su pared delgada Richie nota la sedosidad y el polvillo de la harina cribada. Una nube diminuta se eleva en la taza. Madre e hijo la levantan de nuevo, colmada de harina. Harina que desborda en cascada por los lados de plata. Laura le dice al niño que sujete firmemente la taza, cosa que él procura hacer, nervioso, y ella, con un gesto rápido, aplana el montículo granulado de arriba y forma una superficie inmaculadamente blanca, que llega exactamente hasta el nivel del borde de la taza. El niño la sigue sosteniendo con las dos manos.

—Bien —dice ella—. Ahora la tiramos en el otro cuenco. ¿Crees que puedes hacerlo tú solo?

—Sí —dice él, aunque no está nada seguro. Cree que esta taza de harina es única e irremplazable. Una cosa es que te pidan que lleves una col por la calle y otra muy distinta que te pidan que transportes la cabeza del Apolo de Rilke recientemente exhumada.

—Allá vamos —dice ella.

Él desplaza con precaución la taza hasta el otro bol y la sostiene, paralizado, sobre la reluciente concavidad blanca del cuenco (es el siguiente más pequeño de toda una serie de boles que encajan unos en otros, de color verde pálido y con la misma franja de hojas blancas en el borde). Comprende que tiene que verter la harina en el cuenco, pero es posible que haya entendido mal las instrucciones y que lo estropee todo; podría ocurrir que al derramar la harina cause alguna catástrofe aún mayor, que altere algún equilibrio precario. Quisiera mirar a la cara de su madre, pero no se atreve a apartar la vista de la taza.

—Vuélcala —dice ella.

Él la vuelca, con un movimiento presuroso y asustado. La harina duda durante una fracción de segundo y después se vierte. Cae sólidamente, formando un montoncito que más o menos recuerda la forma de la taza de medida. Se eleva una nube más grande, que casi le llega a la cara y luego se desvanece. Mira fijamente el

resultado: una colina blanca, ligeramente granulosa, moteada de puntitos de sombra, que se alza desde la blancura más brillante y cremosa del interior del cuenco.

—Uy —dice su madre.

Él la mira aterrado. Se le llenan los ojos de lágrimas.

Laura suspira. ¿Por qué es tan delicado, tan propenso a estos arranques de remordimiento inexplicable? ¿Por qué tiene que andar con pies de plomo con él? Por un momento —un momento—, los contornos de Richie cambian sutilmente. Se vuelven más grandes, más relucientes. Su cabeza se expande. Brevemente parece rodearle un fulgor mortalmente blanco. Por un instante ella desearía marcharse; no hacerle daño, lo que nunca haría, sino ser libre, irreprochable, no dar explicaciones.

—No, no —dice Laura—. Está bien. Muy bien. Está exactamente como debe ser.

Él sonríe entre lágrimas, de repente orgulloso de sí mismo, aliviado hasta un extremo casi vesánico. Muy bien, pues; no hacía falta más que unas palabras amables, tranquilizarle un poco.

—Bien, y ahora —dice ella—, ¿estás listo para llenar otro?

Él asiente con un entusiasmo tan candoroso, tan incondicional, que un espasmo de amor contrae la garganta de su madre. De pronto parece fácil hacer una tarta, criar a un hijo. Ama al suyo con pureza, como aman las madres: no le guarda rencor, no desea abandonarle. Ama a su marido, se alegra de estar casada. Parece posible (no parece imposible) que haya cruzado una línea invisible, la línea que siempre la ha separado de lo que hubiera preferido sentir, de la persona que le gustaría ser. No parece imposible que haya experimentado una transformación sutil pero profunda, aquí en esta cocina, en el momento más corriente del mundo: se ha puesto a la par de sí misma. Ha trabajado tanto tiempo y tan duro, con tan buena fe, que ahora ha aprendido el truco de vivir feliz, siendo ella misma, al igual que un niño aprende en un instante concreto a guardar el equilibrio en una bicicleta de dos ruedas. Parece que todo irá bien. Que no perderá la esperanza. No lamentará las oportunidades que ha perdido, sus talentos inexplorados (¿y si no los tuviera, al fin y al cabo?). Seguirá unida a su hijo, a su marido, a su hogar y a sus tareas, a todas sus dotes. Querrá tener este segundo hijo.

La señora Woolf

Sube Mt. Ararat Road, planeando el suicidio de Clarissa Dalloway. Clarissa habrá tenido una historia de amor: con una mujer. O una muchacha, mejor: sí, una muchacha a quien conoció de adolescente; una de esas pasiones que estallan cuando se es joven: cuando el amor y las ideas parecen verdaderamente descubrimientos personales, que nunca han sido captados antes del mismo modo; durante ese breve período de la juventud en que nos sentimos libres de decir o hacer cualquier cosa; de escandalizar, de acometer; de rechazar el futuro que nos ofrecen y exigir otro, mucho más grandioso y peregrino, concebido y poseído íntegramente por uno mismo, y que no debe nada a la vieja tía Elena, que todas las noches se sienta en su butaca de costumbre y se pregunta en voz alta si Platón y Morris son lecturas adecuadas para las jovencitas. Virginia cree que Clarissa Dalloway, en su juventud, amará a otra chica; Clarissa creerá que ante ella se abre un futuro rico y desenfrenado, pero al final (¿cómo se producirá exactamente este cambio?) recobrará la sensatez, como hacen las mujeres jóvenes, y se casará con un hombre adecuado.

Sí, entrará en razón y se casará.

Morirá en la edad mediana. Se quitará la vida, probablemente, por alguna fruslería (¿cómo hacer que resulte convincente, trágico y no cómico?).

Eso, por supuesto, ocurrirá más adelante en el libro, y para cuando Virginia llegue a ese destino confía en que se le habrá revelado la auténtica naturaleza del mismo. Por ahora, mientras pasea por Richmond, centra sus pensamientos en la cuestión del primer amor de Clarissa. Una chica. La chica, piensa, será muy desenvuelta y cautivadora. Escandalizará a las tías cortando las cabezas de las dalias y las malvarrosas y poniéndolas a flotar en palanganas de agua, como Vanessa, la hermana de Virginia, siempre ha hecho.

Aquí, en Mt. Ararat Road, Virginia se cruza con una mujer corpulenta, una figura conocida de las tiendas, un ama de casa anciana, robusta y suspicaz, que pasea a dos perros con correas de color coñac, lleva en la otra mano un bolso inmenso con bordados y, al no prestar, ostensiblemente, la menor atención a Virginia, da a entender a las claras que ésta, de nuevo, ha estado hablando sola en voz alta sin darse cuenta. Sí, prácticamente oye sus propias palabras musitando *escandalizar a las tías*, que dejan una estela, como de una bufanda, en pos de ella. Bueno, ¿y qué? Descaradamente, en cuanto la mujer ha pasado de largo, Virginia se vuelve, totalmente preparada para afrontar la subrepticia ojeada que la mujer va a dirigirle.

Los ojos de Virginia topan con los de uno de los perros, que la mira por encima del lomo color beis con una expresión de desconcierto jadeante y húmedo.

Llega a Queen's Road y dobla rumbo a casa pensando en Vanessa, en flores decapitadas que flotan en tinas de agua.

Richmond no es, lisa y llanamente, más que un barrio residencial, aunque sea uno de los mejores, con todo lo que la palabra implica de jardineras y setos; de amas de casa que pasean a perros; de relojes que dan las horas en cuartos vacíos. Virginia piensa en el amor de una joven. Desprecia Richmond. Suspira por Londres; en ocasiones sueña con el corazón de las ciudades. Aquí, donde la han llevado a vivir durante los ocho últimos años, precisamente porque no es extraño ni maravilloso, está en gran medida libre de las cefaleas y las voces, los accesos de cólera. Aquí lo único que desea es regresar a los peligros de la vida urbana.

En la escalera de entrada a Hogarth House, se detiene a recordarse a sí misma. Ha aprendido a lo largo de los años que la cordura entraña un cierto grado de travestismo, no sólo con respecto a su marido y a los sirvientes, sino, en primerísimo lugar, en nombre de las propias convicciones. Ella es la autora; Leonard, Nelly, Ralph y los demás son los lectores. Esta novela concreta trata de una mujer inteligente y serena, dotada de una sensibilidad dolorosamente susceptible, que en un tiempo estuvo enferma y ahora se ha restablecido; que se dispone a pasar la temporada en Londres, donde dará fiestas y asistirá a otras, escribirá por la mañana y leerá por las tardes, almorzará con amigos, vestirá pulcramente. Hay todo un arte en organizar tés y cenas; en su animada corrección. Los hombres pueden felicitarse por escribir veraz y apasionadamente sobre los movimientos de las naciones; pueden considerar que la guerra y la búsqueda de Dios son los únicos asuntos de la gran literatura; pero si la desafortunada elección de un sombrero pudiese derrocar la posición que los varones ocupan en el mundo, la literatura inglesa sufriría un cambio drástico.

Clarissa Dalloway, piensa, se matará por un motivo que en apariencia, en la superficie, es sumamente nimio. Su fiesta será un fracaso, o bien su marido se negará una vez más a advertir algún esfuerzo que ella haya realizado para mejorar su persona o el hogar. La maña consistirá en transmitir intacta la magnitud de la desesperación mínima pero muy real de Clarissa; en convencer por entero al lector de que, para ella, las derrotas domésticas son igual de devastadoras que las batallas perdidas para un general.

Virginia franquea la puerta. Tiene pleno dominio del personaje llamado Virginia Woolf, y en calidad de tal se quita la capa, la cuelga y baja a la cocina para hablar con Nelly del almuerzo.

En la cocina, Nelly está enrollando una masa. Nelly es ella misma, siempre es ella misma; siempre grande y colorada, regia, indignada, como si su vida hubiese transcurrido en una era de gloria y decoro que acabara, para siempre, unos diez minutos antes de que tú entraras en el cuarto. A Virginia le maravilla Nelly. ¿Cómo se acuerda, cómo consigue, todos los días y a todas horas, ser exactamente la misma

persona?

—Hola, Nelly —dice Virginia.

—Hola, señora.

Nelly se concentra en la masa, como si su rodillo estuviese revelando en la pasta algo muy tenue pero legible escrito en ella.

—¿Es una empanada para el almuerzo?

—Sí, señora. He pensado en hacer una empanada con unas sobras de cordero, y usted estaba tan atareada con su trabajo esta mañana que no hemos hablado.

—Una empanada me parece estupendo —dice Virginia, aunque debe esforzarse en mantener su personaje. Se recuerda a sí misma: la comida no es siniestra. No pienses en putrefacción ni en heces; no pienses en la cara en el espejo.

—Tengo sopa de berros —dice Nelly—. Y la empanada. Y luego he pensado en hacer un pudín de peras amarillas, a no ser que prefiera algo más fantasioso.

Helo aquí: el guante del desafío. *A no ser que prefiera algo más fantasioso*. Así pues, la amazona subyugada está en la orilla del río envuelta en la piel de animales a los que ha matado y desollado; así que arroja una pera a los pies de la reina, calzados con zapatillas de oro, y dice: «Esto es lo que traigo. A no ser que prefiera algo más fantasioso».

—El pudín de peras es una buena idea —dice Virginia, aunque no es una buena idea en absoluto; no ahora. Si Virginia hubiese interpretado su papel correctamente y se hubiese presentado en la cocina esa mañana para encargarse del almuerzo, el pudín habría podido ser de cualquier cosa, de crema de maizena o un suflé; de hecho, habría podido ser de peras. A Virginia le habría sido fácil entrar en la cocina a las ocho en punto y haber dicho: «Hoy no vamos a rompernos la cabeza por el pudín; uno de peras nos irá de perlas». Pero en lugar de eso se ha escabullido derecha hacia el estudio, temerosa de que la escritura del día (ese frágil impulso, ese huevo que se columpia en una cuchara) pudiera diluirse ante uno de los humores de Nelly. Ésta lo sabe, por supuesto que lo sabe, y al proponer peras le recuerda a Virginia que ella, Nelly, es poderosa; que conoce secretos; que las reinas que se preocupan más de resolver acertijos en sus aposentos que del bienestar de los suyos deben apechugar con lo que haya.

Virginia coge una pizca de corteza del tablero de amasar y la moldea entre los dedos. Dice:

—¿Te acuerdas de que Vanessa y los niños vienen a las cuatro?

—Sí, señora, me acuerdo.

Nelly eleva la pasta con consumada pericia y tapiza con ella el molde de la empanada. El suave y ejercitado movimiento le recuerda a Virginia la manera en que se pone un pañal a un bebé, y por un instante se siente como una chica que presencia, con embeleso y rabia, la impenetrable destreza de una madre. Dice:

—Tendría que ser té chino, pienso. Y jengibre azucarado.

—¿Té chino, señora? ¿Y jengibre?

—Vanessa no ha venido hace más de quince días. Me gustaría darle algo mejor que las sobras del té de ayer.

—Té chino y jengibre quieren decir Londres, no los venden aquí.

—Hay trenes cada media hora, autobuses cada hora. ¿No necesitamos otras cosas de Londres?

—Oh, siempre hay cosas. Lo que pasa es que son las once y media, y queda mucho por hacer del almuerzo. La señora Bell viene a las cuatro. Ha dicho a las cuatro, ¿no?

—Sí, y cuando digo las cuatro digo las cuatro que serán dentro de casi cinco horas, ya que ahora son exactamente las once y ocho minutos. El tren de las doce y media te deja en Londres unos minutos después de la una. El de las dos y media te trae de vuelta un poco más tarde de las tres, puntual y seguro, con el té y el jengibre en las manos. ¿Calculo mal?

—No —dice Nelly. Coge un nabo del bol y le corta la punta con un diestro tajo del cuchillo. Así le gustaría rebanarme el cuello, piensa Virginia; así, con ese corte descuidado, como si matarme fuese otro de los quehaceres domésticos que la separan de la hora de acostarse. De ese modo competente y preciso la asesinaría Nelly, Lo mismo que cocina, siguiendo recetas aprendidas hace tanto tiempo que no las considera en absoluto una ciencia. En este momento degollaría de buena gana a Virginia como corta ese nabo, porque la señora de la casa descuida sus obligaciones y ahora a ella, Nelly Boxall, una mujer adulta, la castigan por elegir peras. ¿Por qué es tan difícil tratar con los criados? La madre de Virginia lo hacía de maravilla. Vanessa también se arregla estupendamente. ¿Por qué es tan difícil ser firme y amable con Nelly; conquistar su respeto y su amor? Virginia sabe exactamente cómo debería entrar en la cocina, cómo cuadrar los hombros y emplear un tono maternal y familiar, como el de una institutriz que habla a su querido niño. *Oh, vamos a poner otra cosa distinta, Nelly, el señor Woolf no esta de humor hoy y me temo que las peras no serán de gran ayuda para mejorarle el ánimo.* Debería ser así de sencillo.

Dotará a Clarissa Dalloway de una gran maña con el servicio doméstico, de un porte complicadamente afable y autoritario. Sus criadas la amarán. Harán más de lo que ella les pida.

La señora Dalloway

Al entrar en el portal con las flores, Clarissa se encuentra con Sally, que sale a la calle. Durante un momento —menos de un momento— ve a Sally como la vería si no se conocieran. Es una mujer pálida, impaciente, de pelo canoso y facciones duras, con cinco kilos menos de los que debería tener. Por un momento, al ver a esa desconocida en el portal, a Clarissa le embarga la ternura y una desaprobación imprecisa, clínica. Piensa: Es tan aturullada y deliciosa. Piensa: No debería ponerse nada amarillo, ni siquiera ese tono mostaza oscuro.

—Eh —dice Sally—. Preciosas, las flores.

Se besan rápidamente, en los labios. Siempre son pródigas en besos.

—¿Dónde vas? —pregunta Clarissa.

—A la parte alta. Almuerzo con Oliver St. Ives. ¿No te lo dije? No me acuerdo si te lo dije.

—No me lo dijiste.

—Perdona. ¿Te importa?

—Ni lo más mínimo. Qué agradable comer con un astro del cine.

—He hecho una limpieza a fondo en casa.

—¿Papel higiénico?

—Hay cantidad. Vuelvo dentro de un par de horas.

—Adiós.

—Las flores son preciosas —dice Sally—. ¿Por qué estoy nerviosa?

—Por comer con un actor famoso, supongo.

—Es solamente Oliver. Me siento como si te abandonara.

—No me abandonas. No hay ningún problema.

—¿Estás segura?

—Vete. Que lo pases bien.

—Adiós.

Se besan de nuevo. Clarissa hablará con Sally, en el momento oportuno, para que jubile la chaqueta de color mostaza.

Mientras recorre el vestíbulo, cavila sobre el placer que ha sentido —¿qué había sido?— hace poco más de una hora. En ese momento, a las once y media de un día tibio de junio, el portal de su edificio parece la entrada al reino de los muertos. La urna está en su nicho y las baldosas vidriadas y marrones del suelo devuelven en silencio, barrosa, la vetusta luz ocre de los apliques. No, no es exactamente el reino

de los muertos; hay algo peor que la muerte, con su promesa de liberación y sueño. Hay polvo que se eleva, durante días sin fin, y un portal que perdura y perdura, siempre iluminado por la misma luz parda y poblado por el olor liento, ligeramente químico que obrará, hasta que sobrevenga algo más preciso, como el efluvio real de la edad y la pérdida, el final de la esperanza. A Richard, su amante perdido, su amigo más íntimo, le está consumiendo su enfermedad, su demencia. Richard no la acompañará en la vejez, como estaba previsto.

Clarissa entra en el apartamento e, inmediatamente, cosa extraña, se siente mejor. Un poco mejor. Hay que pensar en la fiesta. Al menos le queda eso. Esta vivienda es su hogar; el de ella y Sally; y aunque lleven viviendo juntas casi quince años todavía le maravilla la belleza de su compañera y la increíble buena suerte que han tenido. ¡Dos plantas y un jardín en el West Village! Son ricas, desde luego; obscenamente ricas para los parámetros del mundo; pero no *ricachonas*, no ricas de Nueva York. Disponían de una determinada suma para gastar y tuvieron la fortuna de encontrar estos parques de pino, estas ventanas de dos hojas que dan a un patio de ladrillo donde crece un musgo esmeralda en artenas de piedra de poca profundidad y una fuentecita circular, un surtidor de agua clara, borbotea en cuanto se aprieta un interruptor. Clarissa lleva las flores a la cocina, donde Sally ha dejado una nota («Almuerzo c. Oliver —¿Se me olvidó decírtelo?— Vuelvo a las 3 lo más tarde, XXXXX»). A Clarissa la invade, de repente, una sensación de desplazamiento. No es su cocina en absoluto. Es la cocina de algún conocido, bastante bonita pero no a su gusto, llena de olores extraños. Ella vive en otro sitio. Vive en una habitación donde un árbol repiquetea suavemente contra la ventana al mismo tiempo que alguien posa la aguja sobre un disco de fonógrafo. Hay en esta cocina platos blancos apilados meticulosamente, como objetos sagrados, detrás de las puertas de cristal de un aparador. Una hilera de viejos tarros de terracota, esmaltados con diversos tonos de amarillo chispeante, ocupa una encimera de granito. Clarissa reconoce esos objetos pero se mantiene a distancia de ellos. Percibe la presencia de su propio espectro; la parte de su ser más indestructiblemente viva y a la vez más difusa; la parte que no posee nada; la que observa con asombro y desapego, como un turista en un museo, una hilera de tarros amarillos esmaltados y una encimera sobre la que reposa una sola miga, un grifo de cromo del que pende, trémula, una única gota que cobra peso y cae. Ella y Sally compraron todas estas cosas, se acuerda de cada adquisición, pero ahora considera arbitrarios el grifo, la encimera, los tarros y los platos blancos. Son solamente cosas elegidas, primero una y luego otra, ésta sí y ésta no, y ve lo fácilmente que podrían deslizarse fuera de esta vida: estas comodidades arbitrarias y vacuas. Simplemente podría abandonarlas y volver a su otro hogar, donde ni Sally ni Richard existen; donde sólo existe la Clarissa esencial, una muchacha convertida en mujer, todavía rebosante de esperanza, todavía capaz de cualquier cosa. Se le revela que toda su tristeza y soledad, el andamiaje chirriante que las sostiene, emanan sencillamente de fingir que vive en este apartamento entre estos objetos, con la

amable y nerviosa Sally, y que si se marcha será feliz, o algo mejor que feliz. Será ella misma. Por un instante fugaz se siente maravillosamente libre, con todo el horizonte por delante.

Luego el sentimiento avanza. No se desploma; no lo ahuyenta de golpe. Simplemente avanza, como un tren que se detiene en una pequeña estación campestre, está parado un rato y luego continúa su trayecto y se pierde de vista. Clarissa retira el papel de las flores y las deposita en el fregadero. Está decepcionada y un poco más que aliviada. Esto, de hecho, es su apartamento, su colección de tarros de arcilla, su compañera, su vida. No desea otra. En un estado normal, ni depresivo ni eufórico, en el que no es nada más que la Clarissa presente, Clarissa Vaughan, una mujer afortunada, de buena reputación profesional, que da una fiesta para un artista notorio y mortalmente enfermo, vuelve al cuarto de estar para ver si hay mensajes en el contestador telefónico. La fiesta saldrá bien o mal. En cualquiera de los casos, ella y Sally cenarán después juntas. Y se acostarán.

En la cinta, la voz del nuevo proveedor (tiene un acento indefinible; ¿y si es un incompetente?) confirma que hará el reparto a las tres en punto. Hay un invitado que pide permiso para asistir en compañía de otra persona, y otro que anuncia que tiene que ausentarse de la ciudad esta mañana para ver a un amigo de la infancia cuyo sida ha degenerado, inesperadamente, en leucemia.

El contestador se apaga con un chasquido. Clarissa aprieta el botón de rebobinado. Si Sally se olvidó de mencionar su almuerzo con Oliver St. Ives, se debe seguramente a que la invitación era únicamente para Sally. Oliver St. Ives, el escándalo, el héroe, no ha invitado a comer a Clarissa. Oliver St. Ives, que se destapó espectacularmente en *Vanity Fair* y, a raíz de su confesión, fue excluido de su papel de protagonista en una película de suspense carísima, ha obtenido más notoriedad como activista homosexual de la que habría podido esperar si hubiese continuado fingiéndose heterosexual y rodando películas de serie B de medio pelo. Sally conoció a Oliver cuando le entrevistaron en el muy serio e intelectual programa que ella coproduce (y que jamás hubiera pensado en él, por supuesto, cuando sólo era un héroe de acción, y no de primera fila). Sally ha pasado a ser una persona a la que Oliver invita a comer, aunque él y Clarissa se han visto varias veces y mantuvieron lo que ella recuerda como una conversación larga y asombrosamente íntima en un acto de recaudación de fondos. ¿No importa que ella sea la mujer del libro? (Aunque el libro, desde luego, fracasó, y a pesar de que Oliver, desde luego, lee muy poco). Oliver no le ha dicho a Sally: «Y no te olvides de traer a esa mujer tan interesante con quien vives». Es probable que pensara que Clarissa es un ama de casa; tan sólo eso. Clarissa vuelve a la cocina. No está celosa de Sally, no se trata de algo tan vulgar como eso, pero no puede por menos de pensar, al haber sido subestimada por Oliver St. Ives, que el mundo está perdiendo el interés por ella y, lo que es aún más grave, en el hecho incómodo de que eso le importe incluso ahora, mientras prepara una fiesta para un hombre que es posible que sea un gran artista y que no viva más allá de este

año. Soy trivial, trivial sin remedio, piensa. Pero, que no te hayan invitado parece en cierto modo una manifestación menor de la capacidad que el mundo tiene de arreglárselas sin ti. Que no la haya invitado Oliver St. Ives (es probable que él no la haya excluido conscientemente, sino que no se le haya pasado por la cabeza invitarla) se parece a la muerte del mismo modo que el diorama de un acontecimiento histórico, que proyecta un niño con una caja de zapatos, se asemeja al acontecimiento mismo. Es algo nimio, brillante, cuestión de fieltro y cola de pegar. Pero aun así. No es un fracaso, se dice ella. No es un fracaso estar en estas habitaciones, sola, cortando tallos de flores. No es un fracaso pero exige más de ti, exige todo este esfuerzo; el mero hecho de estar presente y sentir gratitud; el de ser feliz (terrible palabra). La gente no te mira ya en la calle, o si lo hace no es ya con ninguna implicación sexual. No te invita a comer Oliver St. Ives. Al otro lado de la ventana de la estrecha cocina, la ciudad fluye y retumba. Unos amantes discuten; resuenan cajas registradoras; hombres y mujeres jóvenes compran ropa nueva mientras la anciana apostada debajo del arco de Washington Square canta *iiii* y tú cortas el extremo de una rosa y la metes dentro de un florero lleno de agua caliente. Intentas retener este instante, aquí, en la cocina, con las flores. Tratas de poblarlo, de amarlo, puesto que te pertenece y porque lo que hay fuera, apenas sales de este apartamento, es el portal, con sus baldosas marrones y sus lámparas tenues, también marrones, que están siempre encendidas. Porque incluso si la puerta del remolque se hubiese abierto, la mujer que estaba dentro, ya fuese Meryl Streep o Vanessa Redgrave o incluso Susan Sarandon, no habría sido más que eso, una mujer en un remolque, y tú no hubieses podido de ninguna manera hacer lo que querías. No habrías podido acogerla en plena calle, estrecharla en tus brazos y llorar con ella. Habría sido tan maravilloso llorar así, en los brazos de una mujer que era a la vez inmortal y una persona cansada y asustada que acaba de salir de un remolque. Lo que tú eres, por encima de todo, es un ser vivo aquí mismo, en la cocina, al igual que Meryl Streep y Vanessa Redgrave están vivas en algún otro sitio, mientras se oye el estrépito del tráfico de la Sexta Avenida y el filo plateado de las tijeras corta jugosamente un tallo verde oscuro.

Aquel verano en que ella tenía dieciocho años parecía que hubiese podido suceder cualquier cosa, cualquier clase de cosa. Habría podido besar a su mejor amigo, grave, formidable, a la orilla del estanque, habrían podido dormir juntos, en una extraña mezcla de lujuria e inocencia, y no preocuparse de lo que aquello representaba, si representaba algo. Fue la casa, realmente, piensa. Sin la casa habrían seguido siendo meramente tres universitarios que fumaban porros y discutían en los dormitorios de Columbia. Fue la casa. Fue la cadena de acontecimientos iniciada por el fatídico encuentro del tío y la tía con un camión de transporte agrícola en las afueras de Plymouth, y el ofrecimiento que los padres de Louis le hicieron, a él y a sus amigos, de que usaran durante todo el verano la casa de pronto vacía, donde la lechuga seguía estando fresca en el frigorífico y un gato asilvestrado seguía esperando, con creciente impaciencia, las sobras que siempre encontraba fuera de la puerta de la cocina.

Fueron la casa y el clima —la irrealidad extasiada de todo aquello— los elementos que contribuyeron a convertir la amistad de Richard en una clase de amor más devoradora, y fueron esos mismos factores, en verdad, los que trajeron a Clarissa aquí, a esta cocina de la ciudad de Nueva York, donde de pie sobre pizarra italiana (un error, es fría y se mancha en seguida) corta flores y se afana, con moderado éxito tan sólo, en que deje de importarle que Oliver St. Ives, el activista y actor arruinado, no la haya invitado a comer.

No fue una traición, ella había insistido; fue simplemente una expansión de lo posible. Ella no exigía fidelidad de Richard —¡Dios me libre!— y de ninguna manera estaba apropiándose de una pertenencia de Louis. Louis no lo creía así, tampoco (o, por lo menos, no habría admitido que así lo creyese, pero lo cierto es que ¿había sido pura casualidad que aquel verano se cortase tantas veces, con diversas herramientas y cuchillos de cocina, y que hubiera tenido que visitar al médico local en dos ocasiones para que le diese puntos de sutura?). Era 1965; el amor consumido tal vez generase simplemente más amor. Parecía posible, como mínimo. ¿Por qué no hacer el amor con todo el mundo, siempre que tú les desees a ellos y ellos a ti? Así que Richard continuó con Louis y también se lió con ella, y no pasó nada; era algo normal. Si bien el sexo y el amor no carecían de complicaciones. Las tentativas de Clarissa con Louis, por ejemplo, fracasaron totalmente. Él no se interesaba por ella y ella no sentía interés por él, por más ensalzada que fuese la belleza de Louis. Los dos amaban a Richard, los dos querían a Richard, y eso tendría que establecer un lazo entre ellos. No todas las personas tenían que ser amantes, y no eran tan ingenuos como para tratar de forzar las cosas más allá de una noche en que estuvieron con un colocón de hierba en la cama que Louis compartiría, durante el resto del verano, solamente con Richard, las noches en que éste no estaba con Clarissa.

¿Cuántas veces, después de aquello, se ha preguntado qué habría podido pasar si ella hubiese intentado quedarse a su lado; si hubiese devuelto el beso de Richard en el chaflán de Bleecker y MacDougal, y se hubiese ido a algún sitio con él (¿adónde?), si no hubiera comprado nunca el paquete de incienso o el abrigo de alpaca con botones en forma de rosa? ¿No hubieran descubierto juntos algo... más vasto y más extraño que lo que habían vivido? Es imposible no imaginar que ese otro futuro, el futuro rechazado, habría acontecido en Italia o en Francia, entre grandes habitaciones y jardines soleados; que habría estado lleno de infidelidades y magnas batallas; que hubiese sido un idilio enorme y duradero, nacido de una amistad tan abrasadora y profunda que habría de acompañarles hasta la tumba y posiblemente hasta más allá de ella. Habría podido, piensa, entrar en otro mundo. Habría podido vivir una vida tan intensa y peligrosa como la literatura.

O tal vez no, se dice Clarissa. Yo fui aquélla. Ahora soy ésta: una mujer decente con un buen apartamento y un matrimonio estable y afectuoso, que organiza una fiesta. Si te aventuras demasiado en el amor, se dice, renuncias a la ciudadanía del país que te has construido. Acabas yendo simplemente de un puerto a otro.

Persiste, con todo, la sensación de oportunidad perdida. Tal vez no exista nada equiparable al recuerdo de haber sido jóvenes juntos. Tal vez sea tan sencillo como esto. Richard era la persona a quien Clarissa amaba en el momento más optimista de su vida. Richard había estado a su lado al anochecer en la orilla del estanque, con pantalones vaqueros y sandalias de goma. Richard la había llamado «señora Dalloway» y se habían besado. Él había abierto la boca dentro de la suya; la lengua de Richard (excitante y absolutamente familiar, Clarissa nunca lo olvidaría) se había abierto camino tímidamente hasta encontrarse con la lengua de ella. Se habían besado, y habían rodeado juntos el estanque. Una hora después irían a cenar y beberían una considerable cantidad de vino. El ejemplar de Clarissa de *El cuaderno dorado* descansaba en la blanca mesilla desportillada del dormitorio del ático donde ella dormía todavía sola; donde Richard no había empezado aún a pasar allí alguna que otra noche.

Había parecido que era el principio de la felicidad, y a Clarissa la conmociona todavía, más de treinta años después, comprender que *era* la felicidad; que la experiencia completa residía en un beso y un paseo, la previsión de la cena y un libro. La cena está ahora ya olvidada; hace mucho tiempo que Lessing ha sido eclipsada por otros escritores; y hasta el sexo, una vez que ella y Richard alcanzaron ese punto, fue ardiente pero desmañado, insatisfactorio, más afable que apasionado. Lo que sobrevive intacto en la mente de Clarissa, más de tres decenios después, es un beso al atardecer sobre un espacio de hierba muerta, y un paseo alrededor de un estanque mientras los mosquitos zumbaban en la creciente oscuridad del aire. Perdura aquella perfección singular, y es perfecto en parte porque en aquel tiempo parecía claramente prometer algo más. Ahora lo sabe: aquél fue el momento, justo entonces. No ha habido ningún otro.

La señora Brown

La tarta es peor de lo que ella había esperado. Procura que no le importe. Es sólo un pastel, se dice. Solamente un pastel. Ella y Richie lo han escarchado y, sintiéndose culpable, se ha inventado una tarea para el niño mientras ella decora los bordes con capullos de rosa amarillos que estruja de una manga pastelera y escribe: «Feliz cumpleaños, Dan», con un chorro de nata. No quiere la chapuza que hubiese hecho el niño. Pero la tarta no ha salido como ella se imaginaba; ni por asomo. No hay ningún fallo, pero se había imaginado algo mejor. Se la figuraba más grande, más vistosa. Había esperado (lo reconoce ella misma) que tendría un aspecto más succulento y bonito, más maravilloso. La tarta que ha cocinado parece pequeña, no sólo en el sentido físico, sino como una entidad. Parece obra de un aficionado; un pastel casero. Se dice a sí misma, ha quedado bien. Está bien. Es un pastel estupendo, le encantará a todo el mundo. Los pequeños fallos (las migas desperdigadas sobre la cobertura, el aspecto aplastado de la *ene* de «Dan», demasiado próxima a una rosa) forman parte de su encanto. Friega los platos. Piensa en los restantes quehaceres del día.

Hará las camas, aspirará las alfombras. Envolverá los regalos que ha comprado para su marido: una corbata y una camisa nueva, ambas más caras y elegantes que las que él suele comprarse; un cepillo coa púas de cerda; un pequeño neceser que contiene un cortauñas, una lima y pinzas, para que utilice cuando viaja, como a veces hace por cuenta de la agencia. Le harán feliz todos estos obsequios, o aparentará que lo es; silbará y dirá «Tengo montones», cuando vea la corbata y la camisa caras. Besarà a su mujer, con entusiasmo, cada vez que desenvuelva un regalo, y le dirá que se ha excedido, que no hubiera debido, que no se merece cosas tan selectas. Ella se pregunta por qué, al parecer, le regale lo que le regale, sea lo que sea, él reaccionará esencialmente de la misma manera. ¿Por qué Dan no desea nada más de lo que tiene? Es impenetrable en sus ambiciones y satisfacciones, en su amor por el trabajo y el hogar. Ella se recuerda que esto constituye una virtud. Forma parte de su encanto (ella no emplearía nunca esa palabra en su presencia, pero en privado piensa que es encantador, un hombre encantador, porque le ha visto en sus instantes más íntimos, gimoteando en sueños, sentado en la bañera con el sexo reducido a una colilla, flotante, conmovedoramente inocente). Es bueno, se recuerda —es encantador— que a su marido no le emocionen las fruslerías; que su felicidad dependa únicamente del hecho de que ella, aquí en casa, viva su vida, piense en él.

La tarta es un fracaso, pero ella, al fin y al cabo, es una mujer amada. Amada,

piensa, más o menos en la medida en que serán apreciados sus regalos; porque han sido hechos con buena intención, porque existen, porque forman parte de un mundo en el que uno quiere lo que obtiene.

¿Qué preferiría ella, entonces? ¿Que sus regalos fueran rechazados, que se rieran de su tarta? Por supuesto que no. Quiere que la amen. Quiere ser una madre competente que lee con calma a su hijo; quiere ser una esposa que pone perfectamente la mesa. No quiere, en absoluto, ser una mujer extraña, una criatura patética, llena de manías y rabias, solitaria, ceñuda, tolerada pero no amada.

Virginia Woolf metió una piedra en el bolsillo de su abrigo, caminó hasta el río y murió ahogada.

Laura no va a consentirse la morbosidad. Hará las camas, pasará el aspirador, preparará la cena de cumpleaños. No se inquietará por nada.

Alguien llama a la puerta trasera. Laura, que está fregando el último plato, distingue la tenue silueta de Kitty a través de la cortina blanca vaporosa. Ve la imprecisa aureola del cabello rubio castaño de Kitty, la borrosa mancha rosa de su cara. Laura experimenta una punzada de emoción y de algo más fuerte que emoción, algo que se asemeja al pánico. Está a punto de recibir una visita de Kitty. Apenas tiene cepillado el pelo; todavía lleva puesta la bata. Compone en gran medida una triste figura. Quiere precipitarse a la puerta y quiere también permanecer donde está, inmóvil, ante el fregadero, hasta que Kitty desista y se vaya. De hecho habría podido hacerlo, permanecer inmóvil, conteniendo la respiración (¿Kitty verá el interior, lo sabría?), pero el problema es Richie, testigo permanente, que ahora entra corriendo en la cocina, con un camión de plástico en la mano, gritando con una mezcla de delicia y alarma que hay alguien en la puerta.

Laura se seca la mano con un trapo estampado de gallos rojos y abre la puerta. Es Kitty, simplemente, se dice. Es sólo su amiga de dos casas más allá, y esto es lo que hace la gente. Se presentan en tu casa y les recibes; no importa cómo tengas el pelo o que estés en bata. No importa lo de la tarta.

—Hola, Kitty —dice.

—¿Te interrumpo? —pregunta Kitty.

—Claro que no. Pasa.

Kitty pasa y con ella entra un aura de limpieza y una filosofía doméstica; un vocabulario completo de movimientos nerviosos y ávidos. Es una mujer atractiva, robusta, carnosa, de cabeza grande, varios años más joven que Laura (se diría que todo el mundo, de repente, es, cuando menos, ligeramente más joven que ella). Las facciones de Kitty, sus ojos pequeños y su nariz delicada, se agolpan en el centro de su cara redonda. En la escuela era una de esas chicas autoritarias y agresivas, no demasiado guapas, pero tan poderosas a causa de su dinero y su seguridad atlética que se limitaban a ocupar el sitio que ocupaban e insistían en que la idea local de la muchacha deseable fuese revisada para incluirlas a ellas. Kitty y sus amigas — estables, impasibles, de rasgos firmes, de espíritu amplio, capaces de lealtades

profundas y de crueldades terribles— eran las reinas de diversas fiestas, las animadoras, las reinas de los juegos.

—Necesito que me hagas un favor —dice Kitty.

—Desde luego —dice Laura—. ¿Quieres sentarte un minuto?

—Mmm.

Kitty se sienta a la mesa de la cocina. Dirige un saludo amigable y levemente desdeñoso al niño que la mira con suspicacia, hasta con enfado (¿a qué ha venido?), desde un lugar relativamente a salvo cerca de la cocina. Kitty, que no tiene hijos todavía (la gente empieza a hacerse preguntas), no trata de seducir a los de los demás. Pueden acercarse a ella, si quieren; ella, por su parte, no lo hará.

—Tengo café recién hecho —dice Laura—. ¿Te apetece una taza?

—Claro.

Laura sirve una taza para Kitty y otra para ella. Mira de reojo, con nerviosismo, la tarta, que ojalá no estuviera a la vista. Hay migas sueltas por la cobertura. La *ene* de «Dan» está estrujada contra una rosa.

Kitty, que ha seguido los ojos de Laura, dice:

—Oh, veo que has hecho una tarta.

—Es el cumpleaños de Dan.

Kitty se levanta y se sitúa al lado de Laura. Lleva una blusa blanca de manga corta, *shorts* lisos de color verde y sandalias de enea que producen un pequeño crujido cuando anda.

—Ah, mira —dice.

—Son mis primeros pinitos —dice Laura—. No es tan fácil como parece, escribir algo encima.

Espera producir una impresión de desenfado, de desparpajo, de despreocupación encantadora. ¿Por qué ha puesto las rosas antes, cuando hasta al más idiota se le hubiese ocurrido empezar por el mensaje? Busca un cigarrillo. Es una persona que fuma y bebe café por las mañanas, que está criando a una familia, que tiene a Kitty por amiga, que no se preocupa si los pasteles le salen bastante flojillos. Enciende el cigarro.

—Es una monada —dice Kitty, y desinfla de entrada el yo desenvuelto y fumador de Laura. La tarta es una monada, le dice Kitty, a la manera en que diría que son monos los dibujos de un niño. Es un comentario dulce y conmovedor, en su sentida y sincera, angustiosa discrepancia entre ambición y aptitud. Laura comprende: sólo hay dos alternativas. Puedes ser capaz o indiferente. Puedes hacer una tarta maestra con tus propias manos o, en su defecto, encender un cigarro, declararte una inútil para tales menesteres, servirte otra taza de café y encargarte una tarta en la panadería. Laura es una artesana cuyo intento ha fracasado públicamente. Ha creado algo «mono», cuando esperaba (es vergonzoso, pero cierto) crear algo bello.

—¿Cuándo es el cumpleaños de Ray? —dice, porque tiene que decir algo.

—Septiembre —responde Kitty. Vuelve a sentarse a la mesa. ¿Qué más se puede

decir del pastel?

Laura la sigue con las tazas de café. Kitty necesita amigas (el encanto serio y aturdido de su marido no goza de particular estima en el mundo exterior, y está la cuestión de que no tienen hijos), y por eso visita a Laura, por eso le pide favores. Las dos saben, con todo, que Kitty la habría menospreciado sin piedad en el instituto, si hubieran sido de la misma edad. En otra vida, no muy distinta de la que viven, habrían sido enemigas, pero en esta vida, con sus sincronías sorprendentes y perversas, Laura se ha casado con un chico apreciado, un héroe de guerra, discípulo de Kitty, y ha accedido a la aristocracia del mismo modo que una princesa alemana, fea y ya no joven, habría podido encontrarse sentada en el trono al lado de un monarca inglés.

Lo que la sorprende —y a veces la horroriza— es lo mucho que disfruta de la amistad de Kitty. Es una persona muy valiosa, así como el marido de Laura es encantador. La valía de Kitty, su pátina dorada, la sensación de instante memorable que produce al entrar en una habitación, es similar a la de una estrella del cine. Posee la singularidad, la belleza imperfecta y la idiosincrasia de una actriz famosa; al igual que ellas, parece a la vez ordinaria y sublime, a la manera de Olivia De Havilland o Barbara Stanwyck. Es tremenda, casi profundamente, popular.

—¿Cómo está Ray? —pregunta Laura, mientras deposita una taza delante de Kitty—. Hace tiempo que no le veo.

El marido de Kitty brinda a Laura la oportunidad de equilibrar la balanza entre ellas; de ofrecerle simpatía. Ray no es exactamente un incordio —no es un completo fracaso—, pero en cierto modo es la versión en Kitty del pastel de Laura, un caso ostensible. Era el novio de Kitty en el instituto. Jugaba de central en el equipo de baloncesto, y tuvo una actuación lucida, aunque no espectacular, en la universidad de California. Durante la guerra estuvo prisionero siete meses en Filipinas. Ahora es una especie de funcionario misterioso en el negociado de aguas y energía, y ya, a los treinta años, comienza a dejar patente que los chicos heroicos pueden, en un grado infinitesimal, por motivos inciertos, transformarse en nulidades de mediana edad. Ray es un joven fiable, lleva el pelo al rape y es miope; está lleno de líquidos. Suda copiosamente. Se le forman burbujitas blancas de saliva en las comisuras de la boca cada vez que habla un rato largo. Laura conjetura (imposible no hacerlo) que cuando hacen el amor él debe de transpirar a mares, a diferencia del sudor moderado de su propio marido. ¿Por qué, entonces, no tienen aún hijos?

—Está bien —dice Kitty—. Es Ray. El de siempre.

—Dan también es el mismo —dice Laura amable, empáticamente—. Buenas piezas, estos chicos, ¿eh?

Piensa en los regalos que le ha comprado a Dan; los regalos que él apreciará y que conservará como un tesoro, pero que no desea en absoluto. ¿Por qué se casó con él? Se casó con su marido por amor. Se casó con él por culpa; por miedo de quedarse sola; por patriotismo. Él era, pura y llanamente, demasiado bueno, demasiado afable,

demasiado serio; olía demasiado bien para no casarse. Había sufrido muchísimo. Quería a Laura.

Se toca el vientre. Kitty dice:

—Y que lo digas.

—¿Nunca te has preguntado cómo son por dentro? Quiero decir, Dan es como un bulldozer. Parece que nada le inmuta.

Kitty se encoge de hombros dramáticamente, pone los ojos en blanco. Las dos podrían ser en este momento dos chicas del instituto, amigas íntimas, que se quejan de los chicos a los que pronto cambiarán por otros. Laura quisiera hacerle a Kitty una pregunta que no acierta a enunciar. La pregunta se refiere a subterfugios y, de un modo más oscuro, al lucimiento. Le gustaría saber si Kitty se considera una mujer extraña, poderosa y desequilibrada, tal como dicen que son los artistas, llenos de visión, de furia, entregados por encima de todo a crear... ¿qué? Esto. Esta cocina, esta tarta de cumpleaños, esta conversación. Este mundo revivido.

Laura dice:

—Tenemos que vernos pronto, en serio. Hace siglos.

—Este café está buenísimo —dice Kitty, dando un sorbo—. ¿De qué marca es?

—No lo sé. No, claro que lo sé. Folgers. ¿Y el tuyo?

—Maxwell House. También es bueno.

—Mmm.

—Aun así, estoy pensando en cambiar. No sé por qué, en realidad.

—Bueno. Éste es Folgers.

—De acuerdo. Es bueno.

Kitty mira dentro de la taza con una concentración exageradamente falsa, estúpida. Por un breve instante parece una mujer vulgar y corriente sentada a la mesa de una cocina. Su magia se evapora; es posible ver cómo será a los cincuenta: gorda, hombruna, correosa, socarrona e irónica acerca de su matrimonio, una de esas mujeres de quienes la gente dice: *En tiempos fue muy atractiva, ¿sabes?* El mundo, sutilmente, empieza ya a relegarla. Laura aplasta su cigarrillo, piensa en encender otro, opta por no hacerlo. Hace un buen café sin concederle importancia; cuida bien de su marido y de su hijo; vive en esta casa donde nadie quiere, nadie posee, nadie sufre. Está embarazada de otro hijo. ¿Qué más da no ser cautivadora ni un dechado de virtudes domésticas?

—Y bien —le dice a Kitty. La sorprende el poder de su propia voz; su timbre acerado.

—Bueno —dice Kitty.

—¿De qué se trata? ¿Todo va bien?

Kitty permanece inmóvil un momento, sin mirar a Laura ni apartar la vista de ella. Guarda la compostura. Está sentada como nos sentamos en un tren, entre desconocidos. Dice:

—Tengo que ingresar en el hospital un par de días.

—¿Por qué?

—No saben, exactamente. Tengo una especie de tumor.

—Dios santo.

—Interno, ¿sabes? En las entrañas.

—¿Perdón?

—En el útero. Van a abrir para echar un vistazo.

—¿Cuándo?

—Esta tarde. El doctor Rich dijo que cuanto antes mejor. Necesito que le des de comer al perro.

—Por supuesto. ¿Qué ha dicho el médico, exactamente?

—Sólo que hay algo ahí dentro, y quieren saber qué es. Probablemente es... donde estaba el problema. De quedarme embarazada.

—Bueno —dice Laura—. Entonces podrán solucionarlo.

—Dice que tienen que ver. Dice que no hay motivo para preocuparse, ningún motivo, pero que tienen que verlo.

Laura observa a Kitty, que no se mueve ni habla, que no llora.

—Todo saldrá bien —dice Laura.

—Sí. Seguramente. No estoy preocupada. ¿De que serviría?

Tristeza y ternura invaden a Laura. Tiene delante a Kitty la poderosa, Kitty la reina de mayo, enferma y asustada. He aquí el magnífico reloj de oro que lleva en la muñeca; he ahí el rápido desvelamiento de su vida. Laura siempre ha supuesto, como la mayoría de la gente, que Ray era el problema; Ray con su oscuro trabajo en una oficina municipal; sus burbujas de baba; sus pajaritas; su whisky bourbon. Hasta este momento, Kitty parecía representar un papel de dignidad grandiosa y trágica: una mujer que no deja a su hombre en la estacada. Hay tantos hombres que no son lo que parecen (a nadie le apetece hablar de esto); tantas mujeres soportan sin quejarse las rarezas y silencios, las crisis de depresión, la bebida. Kitty parecía, sencillamente, heroica.

Ahora resulta que el problema, en definitiva, reside en Kitty. Laura sabe, o cree saber, que sí hay, de hecho, algo preocupante. Ve que la desgracia invade la pulcra casita de Kitty y de Ray; que casi la ha devorado. Puede que Kitty, a fin de cuentas, no llegue a ser esa cincuentona saludable y correosa.

—Ven aquí —dice Laura, como se lo diría a su hijo, y, como si Kitty fuera su hija, no espera a que la obedezca, sino, que va hacia ella. Toma los hombros de Kitty con las manos y, al cabo de un momento de torpeza, se inclina tanto que prácticamente llega a arrodillarse. Se percata de lo grande y lo alta que es al lado de Kitty. La estrecha en sus brazos.

Kitty titubea y a continuación se deja abrazar. Capitula. No llora. Laura nota su abandono; nota que Kitty se entrega. Piensa: esto es lo que siente un hombre cuando abraza a una mujer.

Kitty ciñe con los brazos la cintura de Laura. Una intensa emoción embarga a

Laura. Aquí mismo, entre sus brazos, tiene el miedo y el valor de Kitty, su enfermedad. Aquí tiene sus pechos. Aquí está el corazón robusto y práctico que late debajo de ellos; aquí, las luces acuosas de su personalidad: profundas luces rosas, luces de un dorado rojizo, destellantes, inseguras; luces que se juntan y se dispersan; he aquí las profundidades de Kitty, el corazón debajo del corazón; la esencia intocable con que sueña un hombre (¡Ray, precisamente!), la que ansia, la que busca, tan desesperado, por la noche. Aquí, a plena luz del día, en los brazos de Laura. Sin quererlo del todo, sin deliberación, besa a Kitty, pausadamente, en lo alto de la frente. La impregna el perfume de Kitty y la materia crespada y limpia de su cabello rubio castaño.

—Estoy bien —susurra Kitty—. De verdad.

—Ya lo sé —responde Laura.

—Lo único que me preocupa es Ray. No lo lleva nada bien, una cosa como ésta.

—Olvídate de Ray un rato —dice Laura—. Olvídate de él.

Kitty asiente con la cabeza posada en los pechos de Laura. La pregunta ha sido formulada y respondida en silencio, al parecer. Las dos están consternadas y heridas, comparten secretos, luchan en todo momento. Ambas están interpretando a alguien. Están cansadas, sitiadas; han asumido una tarea tan enorme.

Kitty levanta la cara y los labios de las dos se tocan. Las dos saben lo que están haciendo. La boca de cada una descansa en la de la otra. Juntan los labios, pero no consuman un beso.

Es Kitty la que se retira.

—Eres dulce —dice.

Laura suelta a Kitty. Retrocede. Ha ido demasiado lejos, las dos lo han hecho, pero ha sido Kitty la que se ha separado primero. Kitty, cuyos terrores han activado ese breve impulso y la han inducido a actuar de un modo extraño y desesperado. Laura es la predadora de ojos oscuros. Laura es la rara, la desconocida, la que no merece confianza. Laura y Kitty convienen, en silencio, en que es así.

Laura mira de soslayo a Richie. Todavía sostiene el camión rojo. Continúa observando.

—Por favor, no te apures —dice Laura a Kitty—. Te irá bien.

Kitty se levanta, grácilmente, sin prisa.

—Sabes lo que hay que hacer, ¿verdad? Dale media lata por la noche y comprueba de vez en cuando que tiene agua. Ray le dará de comer por las mañanas.

—¿Te lleva Ray al hospital?

—Mmm.

—No te preocupes. Yo me ocuparé de todo aquí.

—Gracias.

Kitty mira rápidamente alrededor del cuarto, con una expresión de conformidad cansina, como si hubiese decidido, un poco en contra de su propio criterio, comprar finalmente esta casa y ver lo que se puede hacer para arreglarla.

—Adiós —dice.

—Te llamaré mañana al hospital.

—De acuerdo.

Con una sonrisa desganada, comprimiendo un poco los labios, Kitty se da media vuelta y se marcha.

Laura encara a su hijo, que la mira nervioso, suspicaz, embelesado. Ella está, por encima de todo, cansada; lo que más le apetece es volver a la cama y a su libro. El mundo, este mundo, parece de pronto pasmado y parado, alejado de todo. El calor envuelve en un manto uniforme las casas y calles; hay un único rosario de comercios conocido por los lugareños como «el centro». Hay el supermercado, el *drugstore* y la tintorería; hay el salón de belleza y la papelería y el baratillo; hay la biblioteca de estuco de una sola planta, con sus periódicos en postes de madera y sus anaqueles de libros dormidos.

... la vida, Londres, este instante de junio.

Laura conduce a su hijo al cuarto de estar y le reincorpora a su torre de bloques de madera de distintos colores. Lo deja allí instalado, vuelve a la cocina y, sin vacilar, coge la bandeja de cristal y la inclina para que la tarta se deslice dentro del cubo de la basura. Aterriza con un sonido asombrosamente sólido; una rosa amarilla mancha el borde circular del cubo. Siente un alivio instantáneo, como si le hubieran aflojado unas cuerdas de acero que le ciñen el pecho. Ahora puede empezar desde el principio. Según el reloj de la pared, son apenas las diez y media. Tiene cantidad de tiempo para hacer otro pastel. Esta vez impedirá que se incrusten migas en la cobertura. Esta vez trazará las letras con un mondadientes, para que queden en el centro, y dejará las rosas para el toque final.

La señora Woolf

Está leyendo galeradas con Leonard y Ralph cuando Lottie anuncia que han llegado la señora Bell y los niños.

—No puede ser —dice Virginia—. Todavía no son las dos y media. Llegan a las cuatro.

—Están aquí, señora —dice Lottie, con su tono ligeramente amodorrado—. La señora Bell ha ido derecha al salón.

Marjorie alza la vista del paquete de libros que está atando con bramante (a diferencia de Ralph, ella se presta de buena gana a hacer paquetes y a elegir tipos de imprenta, lo que es a la vez una bendición y un contratiempo). Dice:

—¿Ya son las dos y media? Pensé que para ahora ya habría acabado los paquetes.

Virginia no se crispa, al menos no visiblemente, al oír la voz de Marjorie.

Leonard le dice severamente a Virginia:

—No puedo dejar el trabajo. Haré acto de presencia brevemente a las cuatro en punto, para ver a Vanessa, si se queda hasta entonces.

—No te preocupes. Yo la atenderé —dice Virginia, y entonces se percata del desaliño de su ropa de casa y el desorden lacio de su pelo. Es simplemente mi hermana, piensa, pero con todo, al cabo de todo este tiempo, después de todo lo que ha sucedido, quiere despertar en Vanessa una cierta admiración sorprendida. Quiere todavía que su hermana piense: «La cabra no tiene en absoluto mal aspecto, ¿verdad?».

El aspecto de Virginia no es especialmente bueno, y poco puede hacer por remediarlo, pero para las cuatro de la tarde, al menos, se hubiera arreglado el pelo y cambiado el vestido. Sigue a Lottie al piso de arriba, y al pasar por el espejo oval colgado en el vestíbulo tiene, por un momento, la tentación de mirarse. Pero no puede. Cuadra los hombros y entra en el salón. Vanessa será su espejo, como siempre ha sido. Vanessa es su barco, su verde franja costera donde las abejas zumban entre los racimos de uvas.

Besa a su hermana, castamente, en la boca.

—Querida —dice Virginia, agarrando a su hermana por los hombros—. Si te digo que estoy encantada de verte ahora, seguro que te imaginas la alegría que me hubiera dado verte a la hora en que te esperábamos.

Vanessa se ríe. Tiene un rostro firme y la piel de un brillante tono rosa escaldado. Aunque es tres años mayor, parece más joven que Virginia, y ambas lo saben. Si

Virginia posee la belleza austera y agostada de un fresco de Giotto, Vanessa se asemeja más a una figura esculpida en mármol rosáceo por un artista diestro, pero menor, del barroco tardío. Su estampa es claramente terrenal y decorativa, todo bultos y volutas, y su cara y su cuerpo han sido tallados en una tentativa afectuosa y levemente sentimentalizada de describir un estado de abundancia humana tan pródiga que raya en lo etéreo.

—Perdóname —dice Vanessa—. Hemos terminado en Londres antes de lo que habíamos pensado, y no nos quedaba otra alternativa que dar vueltas en el coche por Richmond hasta las cuatro.

—¿Y qué has hecho con los niños? —pregunta Virginia.

—Han salido al jardín. Quentin ha encontrado un pájaro moribundo en la carretera, y por lo visto creen que necesita estar en el jardín.

—Seguro que su vieja tía Virginia no puede competir con eso. ¿Salimos a verles?

Cuando salen de la casa, Vanessa toma de la mano a Virginia, de un modo similar a como llevaría de la mano a uno de sus hijos. Es casi tan irritante como satisfactorio el hecho de que Vanessa se sienta tan posesiva; tan convencida de que puede llegar una hora y media antes de la hora a que ha sido invitada. Aquí está ahora; aquí está su mano. Ojalá Virginia hubiera tenido tiempo de arreglarse un poco el pelo. Dice:

—He mandado a Nelly a Londres a buscar jengibre azucarado para el té. Lo tomaremos más o menos dentro de una hora, junto con un buen trago de sangre del corazón de Nelly.

—Nelly tiene que aguantarlo —dice Vanessa. Sí, piensa Virginia, eso es, el tono justo de caridad severa, compungida; así es como se habla a los criados, y también a las hermanas. Hay un arte en ello, hay un arte en todo, y gran parte de lo que Vanessa tiene que enseñar está contenido en estos gestos que aparentemente no le cuestan esfuerzo. Una llega pronto o tarde y, displicente, pretende que no ha podido evitarlo. Una ofrece la protección maternal de la mano. Una dice, Nelly tiene que aguantarlo, y al decirlo perdona por igual a la criada y al ama.

En el jardín, los hijos de Vanessa, arrodillados en la hierba, forman un corro cerca de los rosales. Qué asombrosos son: tres criaturas, totalmente vestidas, surgidas de la nada. En un momento hay dos jóvenes hermanas, fieles una a otra, pecho contra pecho, los labios preparados, y al momento siguiente, al parecer, hay dos mujeres adultas y casadas, juntas sobre un humilde pedazo de césped frente a un trío de niños (de Vanessa, por supuesto, todos son de Vanessa; ninguno es hijo de Virginia, que no tendrá hijos). Uno es el grave y apuesto Julian; otro, el rubicundo Quentin, que sostiene al pájaro (un tordo) en sus manos rojas; la tercera es la pequeña Angelica, acuclillada a escasa distancia de sus hermanos, asustada y fascinada por ese puñado de plumas grises. Años atrás, cuando Julian era un bebé, cuando Virginia y Vanessa estaban pensando en nombres para niños y para personajes de novelas, Virginia había sugerido que Vanessa llamase Clarissa a su futura hija.

—Hola, hospicianos —los llama Virginia.

—Hemos encontrado un pájaro —anuncia Angelica—. Está enfermo.

—Eso tengo entendido —responde Virginia.

—Está vivo —dice Quentin, con una gravedad académica—. Creo que podríamos salvarlo.

Vanessa aprieta la mano de Virginia. Oh, piensa Virginia, justo antes del té se presenta la muerte. ¿Qué se dice exactamente a los niños, o a cualquier otra persona?

—Podemos hacer que se sienta cómodo —dice Vanessa—. Pero le ha llegado la hora de morir, y eso no tiene vuelta de hoja.

Sencillamente eso, la costurera corta el hilo. Eso es todo, niños, ni más ni menos. Vanessa no hace daño a sus hijos pero tampoco les miente, ni siquiera por piedad.

—Habría que prepararle una caja —dice Quentin—, y llevarlo a la casa.

—Yo creo que no —responde Vanessa—. Es un animal, querrá morir al aire libre.

—Le haremos un entierro —dice Angelica, radiante—. Yo cantaré.

—Vive todavía —le dice bruscamente Quentin.

Bendito seas, Quentin, piensa Virginia. ¿Serás tú el que algún día estreches mi mano y asistas a mi último aliento mientras todos los demás ensayan las palabras que pronunciarán en el oficio de difuntos?

Julian dice:

—Deberíamos hacerle una cama de hierba. Angie, ¿recoges una poca?

—Sí, Julian —dice Angelica. Comienza, obediente, a arrancar puñados de hierba.

Julian; ah, Julian. ¿Alguna vez ha habido una prueba más convincente que Julian, el hijo mayor de Vanessa, que tiene quince años, de la injusticia fundamental de la naturaleza? Julian es robusto y campechano, regio; posee una belleza graciosamente musculosa y equina, tan natural que sugiere que la hermosura es una condición inherente al ser humano y no una mutación de la pauta general. Quentin (bendito sea), por mucho intelecto e ironía que tenga, podría ser ya, a los trece años, un fornido y sonrosado coronel de caballería, y Angelica, perfecta de formas, exhibe ya a los cinco años una prestancia nerviosamente forjada y lechosa que casi con certeza no perdurará más allá de la juventud. Julian, el primogénito, es a todas luces y sin ningún esfuerzo el héroe de la historia familiar, el depositario de sus mayores esperanzas: ¿quién puede reprocharle a Vanessa que sea su favorito?

—¿Cortamos también algunas rosas? —le dice Virginia a Angelica.

—Sí —responde Angelica, todavía ocupada en recoger hierba—. Las amarillas.

Antes de ir con Angelica al rosal, Virginia se demora un momento, todavía asida de la mano de Vanessa, observando a sus sobrinos como si fueran un pozo de agua en el que tal vez o tal vez no se sumerja. Esto, piensa Virginia, es el auténtico logro; lo que sobrevivirá después de que se haya marchitado el oropel de los experimentos narrativos, junto con las fotografías antiguas y los disfraces, los platos de cerámica en los que la abuela pintaba sus paisajes nostálgicos e inventados.

Libera su mano de la de Vanessa, entra en el jardín y se arrodilla al lado de Angelica para ayudarla a preparar un lecho en donde el tordo muera. Quentin y Julian

se mantienen cerca, pero Angelica es sin duda el miembro más entusiasta del séquito de duelo, cuyos gustos ornamentales y decoro hay que respetar. Angelica es la viuda, en cierto modo.

—Bien, ponédlo aquí —dice Virginia, mientras ella y Angelica componen con hierba un prominente montículo—. Creo que aquí estará bastante cómoda.

—¿Es una hembra? —pregunta Angelica.

—Sí. Las hembras son más grandes y de un gris un poquito más oscuro.

—¿Tiene huevos?

Virginia vacila.

—No lo sé —dice—. No podemos saberlo, en realidad, ¿no?

—Cuando se muera buscaré los huevos.

—Como quieras. Es posible que haya un nido en algún alero.

—Los encontraré —dice Angelica—. Para incubarlos.

Quentin se ríe.

—¿Los vas a empollar tú? —dice.

—No, estúpido, los voy a incubar.

—Ah —dice Quentin, y Virginia, sin ver a los dos chicos, sabe que él y Julian se están riendo en voz baja, de Angelica y quizá, por extensión, también de ella. Aún ahora, en esta época tardía, los varones siguen sosteniendo la muerte en sus manos capaces y se ríen cariñosamente de las hembras, que preparan lechos funerarios y que hablan de resucitar, por conjuro mágico o pura fuerza de voluntad, las briznas de vida incipiente abandonadas en el paisaje.

—Muy bien —dice Virginia—. Ya estamos listas para instalarlo.

—No —dice Angelica—. Faltan las rosas.

—Sí —responde Virginia. Casi protesta porque primero hay que acomodar al pájaro y luego colocar las rosas alrededor de su cuerpo. Es evidente que debe hacerse así. Discutirías, piensa, con una niña de cinco años por un cosa así. Discutirías si Vanessa y los chicos no estuvieran mirando.

Angelica coge una de las rosas amarillas que han cortado y la deposita, con mucho cuidado, en la orilla del montículo de hierba. Añade otra y otra más hasta formar un redondel tosco de capullos, tallos con espinas y hojas.

—Queda bonito —dice y, sorprendentemente, es cierto. Virginia contempla con un placer imprevisto el aro sencillo de espinas y flores; este lecho de muerte silvestre. Le gustaría ocuparlo ella misma.

—¿Lo ponemos ya? —dice en voz baja a Angelica. Se inclina hacia la niña como si compartieran un secreto. Entre ellas fluye alguna fuerza, una complicidad que no es maternal ni erótica, pero contiene elementos de ambas cosas. Hay un entendimiento mutuo. Hay una especie de comprensión demasiado grande para expresarla en palabras. Virginia lo percibe, tan indudablemente como nota la intemperie en la piel, pero cuando escruta atentamente la cara de Angelica ve en sus ojos brillantes y ausentes que ya le está impacientando este juego. Ha hecho sus preparativos de

hierba y de rosas; ahora quiere despachar al tordo lo antes posible e ir en busca del nido.

—Sí —dice la niña. Ya, a los cinco años, es capaz de fingir un entusiasmo solemne por la tarea que se trae entre manos, pero lo único que de verdad quiere es que todo el mundo admire su obra y luego la deje en paz. Quentin se arrodilla con el pájaro en las manos y, suavemente, con una suavidad inmensa, lo deposita encima de la hierba. Oh, si los hombres fueran los brutos y las mujeres los ángeles; si fuera tan sencillo como eso. Virginia piensa en Leonard frunciendo el entrecejo ante las pruebas de imprenta, enfrascado no sólo en eliminar las erratas, sino toda mácula de mediocridad que los errores representan. Rememora a Julian el verano pasado, remando en el Ouse, con la camisa remangada hasta los codos, y piensa que fue el día, el momento, en que pareció que era ya un hombre y había dejado de ser un niño.

Cuando Quentin retira las manos, Virginia ve que el tordo forma una masa compacta en la hierba, con las alas plegadas contra el cuerpo. Sabe que ha muerto ya, en las palmas de Quentin. Da la impresión de que el ave haya querido contraerse hasta el tamaño más pequeño posible. Tiene un ojo abierto, una perfecta cuenta negra, y tiene las patas grises, más grandes de lo que se hubiera pensado, curvadas sobre sí mismas.

Vanessa se acerca por detrás de Virginia.

—Ahora vamos a dejarla sola —dice Vanessa—. Hemos hecho lo que se podía hacer.

Angelica y Quentin se alejan de buen grado. Angelica inicia su recorrido de la casa, entrecerrando los ojos al mirar los aleros. Quentin se limpia las manos en el jersey y entra en la casa para lavarse. (¿Cree que el pájaro ha dejado un residuo de muerte en sus manos? ¿Cree que lo borrará un buen jabón inglés y una toalla de la tía Virginia?). Julian se queda con Vanessa y Virginia, todavía pendientes del pequeño cadáver.

Julian dice:

—Angie está tan emocionada con el nido que se ha olvidado de cantar la canción.

Vanessa dice:

—¿Vais a castigarnos sin el té por haber llegado tan temprano?

—No —responde Virginia—. Tengo todo lo necesario para prepararlo sin la ayuda de Nelly.

—Vamos, entonces —dice Vanessa, y ella y Julian se vuelven y echan a andar hacia la casa, con la mano de Julian encajada en el hueco del codo de su madre. Antes de seguirles, Virginia se demora un momento junto al pájaro muerto en su corona de rosas. Podría ser una especie de sombrero. Podría ser el eslabón perdido entre los sombreros femeninos y la muerte.

Le gustaría yacer en el lugar donde yace el tordo. Es innegable que le gustaría. Que Vanessa y Julian se ocupen de sus asuntos, de su té y sus viajes, mientras ella, Virginia, una Virginia del tamaño de un pájaro, se metamorfosea, de mujer angulosa y

difícil, en el ornamento de un sombrero; en una cosa disparatada e indiferente.

Clarissa no es, después de todo, piensa, la novia de la muerte. Clarissa es el lecho en donde yace la novia.

La señora Dalloway

Clarissa llena un jarrón con media docena de rosas amarillas. Lo lleva al cuarto de estar, lo deposita sobre la mesa del café, retrocede y lo desplaza varios centímetros hacia la izquierda. Dará en honor de Richard la mejor fiesta que pueda. Tratará de crear algo temporal, hasta trivial, pero perfecto en su estilo. Se ocupará de que esté rodeado de gente que sinceramente le respeta y le admira (¿por qué ha invitado a Walter Hardy, cómo ha podido ser tan débil?); se asegurará de que Richard no se cansa demasiado. Es el homenaje que le rinde, el regalo que ella le hace. ¿Qué más puede ofrecerle?

Se dirige a la cocina cuando suena el interfono. ¿Quién puede ser? Un reparto del que no se acuerda, o el proveedor que viene a entregar algo. Aprieta el botón de hablar.

—¿Quién es? —dice.

—Louis. Soy Louis.

—¿Louis? ¿De verdad?

Clarissa le abre la puerta. Por supuesto que es Louis. Nadie más, ningún neoyorquino, desde luego, llamaría al timbre sin telefonar antes. Nadie lo hace. Abre la puerta y sale al rellano con una gran, casi aturdidora sensación de expectativa, un sentimiento tan fuerte y tan especial, tan desconocido en cualesquiera otras circunstancias, que hace algún tiempo decidió denominarlo «Louis». Es el sentimiento «Louis», y lo componen huellas de devoción y culpa, de atracción, un elemento claro de miedo escénico y una esperanza pura e incontaminada, como si cada vez que Louis aparece pudiera, por fin, ser portador de una noticia tan buena que es imposible adivinar su alcance ni su naturaleza precisa.

Luego, un instante después, doblando la curva del rellano, aparece Louis. Han pasado, cuántos, más de cinco años, pero es exactamente el mismo. La misma mata eléctrica de pelo blanco, los mismos andares ávidos y peculiares, la misma ropa descuidada que de alguna manera le sienta bien. Su antigua belleza, su porte compacto y leonino, se desvaneció de forma asombrosamente súbita hace casi veinte años, y este Louis —de pelo blanco, vigoroso, lleno de emociones furtivas y sobrias— reaparecía a la manera de un hombrecillo insignificante que saltara de la torreta de un tanque para anunciar que ha sido él, no la máquina, el que ha arrasado tu pueblo. Louis, el antiguo objeto de deseo, ha resultado ser siempre esto: un profesor de teatro, una persona inofensiva.

—Bueno, vaya —dice él.

Él y Clarissa se abrazan. Cuando ella da un paso atrás, ve que los ojos grises y miopes de Louis están húmedos. Siempre ha sido proclive a las lágrimas. Clarissa, la más sentimental, la más indignada, parece que nunca llora, aunque a menudo tiene ganas de hacerlo.

—¿Cuándo has vuelto a la ciudad? —pregunta.

—Anteayer. Estaba dando un paseo y me he dado cuenta de que pasaba por tu calle.

—Me alegro tanto de verte.

—Y yo de verte a ti —dice Louis, y se le llenan de nuevo los ojos de lágrimas.

—Tu sentido de la oportunidad es increíble. Hacemos una fiesta para Richard esta noche.

—¿En serio? ¿Con qué motivo?

—Ha ganado el Carrouters. ¿No te enteraste?

—¿El qué?

—Es un premio de poesía. Es muy importante. Me sorprende que no te hayas enterado.

—Bueno. Enhorabuena a Richard.

—Espero que vengas. Le encantaría verte.

—¿Tú crees?

—Sí. Claro. ¿Qué hacemos aquí, prácticamente en el descansillo? Entra.

Parece envejecida, piensa Louis cuando sigue a Clarissa al interior del apartamento (ocho escalones, un giro y luego otros tres). Parece más vieja, piensa Louis, asombrado. Finalmente sucede. Qué curiosos, estos cables genéticos, que el cuerpo pueda navegar sin cambios drásticos, decenio tras decenio, y luego, en unos pocos años, capitular ante el tiempo. A Louis le sorprende lo mucho que le entristece, lo poco que le satisface, la pérdida relativamente brusca de la flor de la vida de Clarissa, en ella anormalmente duradera. ¿Cuántas veces ha fantaseado él al respecto? Es su desquite, la única forma posible de saldar las cuentas pendientes. Después de todos estos años que ha pasado con Richard, de todo ese amor y esfuerzo, Richard se pasa los últimos años de su vida escribiendo sobre una mujer que vive en una casa de la calle Diez Oeste. Richard escribe una novela que medita exhaustivamente sobre una mujer (un capítulo de más de cincuenta páginas en que ella va a comprar esmalte de uñas ¡y al final decide no comprarlo!) y en la que el bueno de Louis W. es relegado al rango de comparsa. Louis W. tiene una escena, relativamente corta, en la que gimotea a causa de la escasez de amor que hay en el mundo. Y eso es todo; es la recompensa, al cabo de más de una docena de años; después de vivir con Richard en seis apartamentos distintos, sosteniéndole, follándole hasta perder el sentido; al cabo de miles de almuerzos juntos; después del viaje a Italia y de aquella hora pasada debajo del árbol. Después de todo eso, Louis aparece y será recordado como un hombre triste que se queja del amor.

—¿Dónde te alojas? —pregunta Clarissa.

—En casa de James, en el motel cucaracha.

—¿Él sigue allí?

—Siguen algunos de sus *comestibles*. He visto una caja de tallarines que recuerdo haberle comprado en la tienda hace cinco años. Intentó negar que era la misma caja, pero tenía una esquina abollada que recuerdo perfectamente.

Louis se toca la nariz con la punta de un dedo (lado izquierdo, derecho). Clarissa se vuelve y le encara.

—Mira quién es —dice, y se abrazan otra vez. Permanecen abrazados casi un minuto entero (los labios de Louis rozan el hombro izquierdo de Clarissa, y se gira para rozarle con los labios también el hombro derecho). Es ella la que se zafa.

—¿Quieres beber algo? —pregunta.

—No. Sí. ¿Un vaso de agua?

Clarissa entra en la cocina. Qué mujer impenetrable sigue siendo, qué exasperantes son sus buenos modales. Clarissa ha vivido aquí, piensa Louis, todo este tiempo. Ha vivido en estas habitaciones con su novia (o compañera, o comoquiera que ellas se llamen), y ha ido a trabajar y ha vuelto del trabajo. Ha pasado aquí un día y luego otro, han ido al teatro, han asistido a fiestas.

Hay tan poco amor en el mundo, piensa.

Louis da cuatro pasos y entra en el cuarto de estar. Aquí está de nuevo, en la habitación grande y tibia con el jardín, el sofá hondo, las cómodas alfombras. El apartamento es culpa de Sally. Es la influencia, el gusto de Sally. Sally y Clarissa viven en una réplica exacta de un apartamento del Village oeste; te imaginas al asistente de alguien recorriéndolo con una tablilla de apuntes; butacas de cuero francesas, cheque; mesa Stickley, cheque; paredes de color lino con grabados botánicos colgados, cheque; anaqueles repletos de pequeños tesoros comprados en el extranjero, cheque. Hasta las excentricidades —el marco de espejo cubierto de conchas de mar, que procede del rastro, el escamoso arcón antiguo sudamericano, pintado con sirenas de mirada lasciva— parecen calculadas, como si el director artístico lo hubiese supervisado todo y hubiera dicho: «No es todavía lo bastante convincente, necesitamos más cosas que nos digan quién es esta gente».

Clarissa vuelve con dos vasos de agua (agua con gas, con hielo y limón), y Louis, al verla, huele el aire —pino y hierba, agua ligeramente salobre— de Wellfleet más de treinta años antes. Se le alegra el corazón. Ella está avejentada, pero —para qué negarlo— no ha perdido aquel encanto riguroso; aquel atractivo erótico levemente hombruno, aristocrático. Conserva la esbeltez. Sigue exudando, de alguna manera, un aire de idilio frustrado, y al mirarla ahora, cuando ha rebasado los cincuenta, en esta habitación tenue y confortable, Louis piensa en fotografías de soldados jóvenes, de chicos de uniforme, de facciones firmes y expresión serena; chicos que murieron antes de los veinte años y que perduran como la encarnación de una promesa fallida, en álbumes de fotos o en mesitas auxiliares, hermosos y confiados, impertérritos ante

su infortunio, mientras los vivos sobreviven a empleos y trámites, a vacaciones decepcionantes. En este momento Clarissa le recuerda a un soldado. Parece que mira al mundo que envejece desde un reino pretérito; parece tan triste e inocente e invencible como los muertos en las fotografías.

Clarissa le da un vaso de agua.

—Tienes buen aspecto —dice ella. La cara adulta de Louis ha estado siempre incipiente en su rostro de joven: la nariz ganchuda y pálida, los ojos atónitos; las cejas hirsutas; el cuello de venas poderosas bajo una barbilla ancha y huesuda. Estaba destinado a ser un granjero, fuerte como la cizaña, curtido por la intemperie, y el tiempo ha obrado en cincuenta años lo que arar y cosechar habrían hecho en la mitad de tiempo.

—Gracias —dice Louis.

—Es como si hubieras estado muy lejos.

—He estado lejos. Es bueno haber vuelto.

—Cinco años —dice Clarissa—. No puedo creer que no hayas venido a Nueva York ni una sola vez.

Louis da tres sorbos de agua. Ha vuelto a Nueva York varias veces en el curso de los cinco últimos años, pero no ha telefonado. Aunque no haya tomado la determinación concreta de no ver a Clarissa ni a Richard, el hecho es que nunca les ha llamado. Era más sencillo así.

—Vuelvo para quedarme —dice Louis—. Estoy harto de esos debates docentes, soy demasiado viejo y demasiado mezquino. Demasiado pobre. Estoy pensando en buscar algún empleo decente.

—¿En serio?

—Oh, no lo sé. No te preocupes, no voy a ponerme a estudiar empresariales ni ninguna otra cosa.

—Creí que te ibas a enamorar de San Francisco. Creí que no volvería a verte nunca.

—Todo el mundo piensa que la gente se enamora de San Francisco. Es deprimente.

—Louis, Richard ha cambiado mucho.

—¿Es un cambio muy horrible?

—Sólo quiero prepararte.

—Has estado cerca de él todos estos años —dice Louis.

—Sí.

Ella es, decide Louis, una mujer guapa y normal. Es exactamente eso, ni más ni menos. Clarissa se sienta en el sofá y, tras un momento de vacilación, Louis da cinco pasos y se sienta a su lado.

—He leído el libro, por supuesto —dice.

—¿Lo has leído? Qué bien.

—¿No es raro?

—Sí. Lo es.

—Apenas se tomó la molestia de cambiarte de nombre.

—Ella no soy yo —dice Clarissa—. Es una fantasía de Richard sobre una mujer que se me parece un poco.

—Es un libro rarísimo.

—Eso piensa todo el mundo, al parecer.

—Es como si tuviera unas diez mil páginas. No sucede nada. Y luego, *bam*. Ella se mata.

—La madre de Richard.

—Ya lo sé. Aun así. Sucede como por ensalmo.

—Estás totalmente de acuerdo con la mayoría de los críticos. Han esperado todo este tiempo, ¿y para qué? Más de novecientas páginas de flirteo y al final una muerte repentina. La gente ha dicho que está muy bien escrito.

Louis mira hacia otro sitio.

—Esas rosas son preciosas —dice.

Clarissa se inclina hacia delante y mueve el jarrón ligeramente hacia la izquierda. Dios santo, piensa Louis, es la perfecta ama de casa. Se ha convertido en su madre.

Clarissa se ríe.

—Mírame —dice—. Una anciana que se enrolla con sus rosas.

Ella siempre te sorprende de este modo, sabiendo más de lo que crees que sabe. Louis se pregunta si son deliberadas estas pequeñas demostraciones de conocimiento de sí misma que salpimentan su actuación de persona juiciosa y hospitalaria. A veces parece que te ha leído el pensamiento. Te desarma diciendo, en esencia, ya sé lo que estás pensando y estoy de acuerdo contigo, soy ridícula, disto mucho de ser la que podría haber sido y me gustaría ser de otra manera pero por lo visto no puedo evitarlo. Descubres que pasas, casi contra tu voluntad, de estar irritado con ella a consolarla, ayudarla a que reanude su actuación para que vuelva a sentirse cómoda y tú puedas irritarte de nuevo.

—O sea que Richard está muy enfermo —dice Louis.

—Sí. El estado de su cuerpo ya no es tan terrible, pero su mente divaga. Me temo que es demasiado tarde para que le hagan efecto los inhibidores de proteasas que ayudan a otras personas.

—Tiene que ser horrible.

—Sigue siendo él mismo. Quiero decir que hay una especie de cualidad constante, una manera de ser Richard, que no ha cambiado un ápice.

—Eso es bueno. Ya es algo.

—¿Recuerdas la duna grande de Wellfleet? —pregunta ella.

—Claro.

—El otro día estaba pensando que cuando me muera probablemente querré que dispersen mis cenizas allí.

—Eso es muy macabro —dice Louis.

—Pero pensamos en esas cosas. ¿Cómo no hacerlo?

Clarissa creía entonces y sigue creyendo ahora que la duna de Wellfleet, en cierto modo, la acompañará sempiternamente. Pase lo que pase, siempre habrá tenido eso. Habrá estado de pie sobre una duna alta en verano. Habrá sido joven y con una salud invulnerable, un poco resacosa, y habrá llevado puesto el suéter de algodón de Richard mientras él le ciñe el cuello familiarmente con una mano y Louis se mantiene ligeramente aparte, contemplando las olas.

—Estaba furioso contigo entonces —dice Louis—. Casi no podía mirarte.

—Lo sé.

—Procuré enmendarme. Traté de ser sincero y libre.

—Todos lo intentamos. Dudo de que nuestro organismo sea plenamente capaz de eso.

Louis dice:

—Fui una vez allí en coche. A la casa. Creo que no te lo dije.

—No. No me lo dijiste.

—Fue justo antes de marcharme a California. Estaba en un debate en Boston, un rollo espantoso sobre el futuro del teatro, con un hatajo de dinosaurios pomposos que habían llevado para que los estudiantes tuvieran algo de que reírse, y al salir de allí estaba tan decaído que alquilé un coche y me fui a Wellfleet. Apenas me costó encontrarla.

—Probablemente yo no quiero saber...

—No, sigue en su sitio, y no parece que haya cambiado mucho. La han adecentado un poco. Una capa de pintura, ya sabes, y han plantado césped, lo cual resulta extraño en los bosques, como una moqueta de pared a pared. Pero sigue en pie.

—... lo que tú sabes —dice Clarissa.

Guardan silencio un momento. En cierto modo es peor que la casa siga allí. Es peor que el sol y luego la oscuridad y de nuevo el sol hayan entrado y salido todos los días de aquellas habitaciones, que la lluvia haya seguido cayendo sobre aquel tejado, que otra vez se pueda visitar todo aquello.

Clarissa dice:

—Debería ir algún día. Me gustaría subir a la duna.

—Si piensas que es allí donde quieres que dispersen tus cenizas, deberías ir a confirmarlo.

—No, tenías razón, es macabro. El verano me inspira esas ideas. No sé dónde quiero que esparzan mis cenizas.

Clarissa quiere, de pronto, mostrarle a Louis toda su vida. Quiere derramar sobre el suelo, a los pies de Louis, todos los instantes vividos y vanos que no pueden contarse como historias. Quiere cribar esos momentos con Louis a su lado.

—En fin —dice—. Háblame más de San Francisco.

—Es una bonita ciudad provinciana con grandes restaurantes y donde no pasa

nada. La mayoría de mis alumnos son imbéciles. En serio, me vuelvo a Nueva York lo antes posible.

—Bueno. Está bien tenerte aquí de vuelta.

Clarissa toca el hombro de Louis, y parece que los dos van a levantarse, sin decir palabra, subir al dormitorio y desvestirse juntos. Parece que van a subir al dormitorio y desvestirse no como amantes, sino como gladiadores que han sobrevivido a la arena del circo, que se ven ensangrentados y heridos pero milagrosamente vivos, mientras que todos los demás han muerto. Harán muecas de dolor mientras se desatan el peto y las espinilleras. Se mirarán mutuamente con ternura y reverencia; se abrazarán suavemente mientras Nueva York repiquetea contra la ventana de doble hoja; mientras Richard, sentado en su butaca, oye voces y Sally almuerza en el centro con Oliver St. Ives.

Louis posa su vaso, lo levanta, lo vuelve a posar. Da tres golpes con el pie en la alfombra.

—Pero hay una pequeña complicación —dice—. Verás, estoy enamorado.

—¿De verdad?

—Se llama Hunter. Hunter Craydon.

—Hunter Craydon. Bien.

—Fue alumno mío el año pasado —dice Louis.

Clarissa se recuesta, suspira de impaciencia. Hunter será el cuarto, por lo menos de los que ella sabe algo. Le gustaría agarrar a Louis y decirle: «Tienes que envejecer mejor. No soporto que te des esos aires de importancia y que luego se lo ofrezcas todo a un chico sólo porque resulta que es guapo y joven».

—Posiblemente es el alumno más dotado que he tenido —dice Louis—. Escribe textos de teatro excelentes sobre la adolescencia de un joven blanco y homosexual en Sudáfrica. Increíblemente intenso.

—Bueno —dice Clarissa. No se le ocurre nada más que decir. Siente lástima por Louis, una profunda impaciencia, y, sin embargo, piensa, Louis está enamorado. Está enamorado de un muchacho. Tiene cincuenta y tres años y todavía tiene todo eso por delante, el sexo y las discusiones absurdas, la angustia.

—Hunter es increíble —dice Louis. Para su propia sorpresa, rompe a llorar. Las lágrimas comienzan de la manera más simple, con un calor en el fondo de los ojos y la visión que se empaña. Esos espasmos emotivos le asaltan constantemente. Los provoca una canción; ver a un viejo perro, incluso. Pasan. Suelen pasar. Esta vez, sin embargo, las lágrimas comienzan a saltársele de los ojos casi antes de que sepa que ocurrirá, y por un instante un compartimento de su ser (el mismo que cuenta pasos, sorbos, palmadas) se dice a sí mismo: está llorando, qué raro. Louis se inclina y hunde la cara en las manos. Solloza.

Lo cierto es que no ama a Hunter y Hunter no le ama a él. Están viviendo una historia; sólo una aventura. No piensa en él durante horas seguidas. Hunter tiene otros novios, todo un futuro planeado, y Louis tiene que admitir, en su fuero interno, que

cuando se traslade a Nueva York no echará mucho de menos la risa estridente de Hunter, sus dientes delanteros mellados, sus silencios irascibles.

Hay tan poco amor en el mundo.

Clarissa frota la espalda de Louis con la palma de la mano. ¿Qué había dicho Sally? Nunca peleamos. Era una cena en algún sitio, hace un año o más. Habían cenado alguna clase de pescado, medallones gruesos en un charco de salsa amarilla brillante (todo parecía entonces bañado en un charco de salsa de colores vivos). Nunca peleamos. Es verdad. Discuten, se enfurruñan, pero nunca explotan, no gritan ni lloran, nunca rompen un plato. Siempre ha dado la impresión de que no se han peleado todavía; de que son demasiado nuevas para una guerra sin cuartel; de que continentes inexplorados se abrirán ante ellas en cuanto hayan concluido sus negociaciones iniciales y estén suficientemente seguras de la compañía mutua para soltar amarras. ¿Qué habría estado pensando? Ella y Sally pronto celebrarán su decimoctavo aniversario juntas. Son una pareja que nunca riñe.

Mientras frota la espalda de Louis, Clarissa piensa: Llévame contigo. Quiero un amor condenado. Quiero calles de noche, viento y lluvia, sin que nadie se pregunte dónde estoy.

—Lo siento —dice Louis.

—No es nada. Por el amor de Dios, mira todo lo que ha sucedido.

—Me siento como un gilipollas.

Se levanta y va hacia las puertaventanas (siete pasos). A través de las lágrimas ve el musgo en las bajas artesas de piedra, la planicie de bronce de agua clara en que flota una señera pluma blanca. No sabe por qué está llorando. Ha regresado a Nueva York. Parece que llora a causa de este jardín extraño, la enfermedad de Richard (¿por qué la dolencia ha respetado a Louis?), este cuarto en que está Clarissa, todo. Parece que llora por culpa de un Hunter que sólo posee un cierto parecido con el Hunter auténtico. Este otro Hunter posee una grandeza feroz y trágica, una verdadera inteligencia, un carácter modesto. Louis llora por él.

Clarissa le sigue.

—No es nada —repite.

—Estúpido —murmura Louis—. Estúpido.

Una llave gira en la puerta de la calle.

—Es Julia —dice Clarissa.

—Mierda.

—No te preocupes. Ha visto llorar a hombres.

Es su maldita hija. Louis endereza los hombros, da un paso de costado para distanciarse del brazo de Clarissa. Sigue mirando el jardín, trata de controlar los músculos de la cara. Piensa en el musgo. Piensa en fuentes. De pronto le interesan de veras el musgo y las fuentes.

Qué raro, dice la voz. ¿Por qué está pensando en cosas así?

—Hola —dice Julia, detrás de él—. No dice «Qué tal». Siempre ha sido una niña

seria, despierta pero peculiar, muy desarrollada, llena de tics y manías.

—Qué tal, cielo —dice Clarissa—. ¿Te acuerdas de Louis?

Louis se vuelve hacia Julia. Bien, que vea que ha estado llorando. Qué cojones importa.

—Claro que me acuerdo —dice Julia. Camina hacia él, con la mano tendida.

Tiene ahora dieciocho, quizá diecinueve años. Es tan inesperadamente guapa, está tan cambiada, que Louis teme que se le vuelvan a saltar las lágrimas. Cuando la vio por última vez ella tendría unos trece años, y estaba avergonzada de sí misma debido a su sobrepeso y a los hombros caídos. Sigue sin ser bella, no lo será nunca, pero ha adquirido en cierta medida la prestancia de su madre, esa certidumbre dorada. Es guapa y segura de sí misma, a la manera de una joven atleta, con la cabeza rapada casi entera y la piel rosada.

—Julia —dice—. Encantado de verte.

Ella aferra su mano con firmeza. Tiene la nariz perforada por un arito de plata. Es lozana y fuerte, desborda salud, como una idealizada campesina irlandesa recién llegada del campo. Debe de haber salido a su padre (Louis ha fantaseado sobre él, se lo ha imaginado fornido y rubio, un joven sin blanca, quizás un actor o un pintor, un amante, un delincuente, desesperado hasta el punto de vender sus fluidos corporales, sangre al banco de sangre y esperma al banco de esperma). Debió de ser, piensa Louis, enorme y tosco, una figura de mito celta, porque aquí está Julia, que incluso con camiseta y pantalones cortos, con sus botas negras de campaña, parece como si cargara una gavilla de cebada debajo de un brazo y un cordero recién nacido bajo el otro.

—Hola, Louis —dice. Toma la mano de Louis pero no la estrecha. Sabe, por supuesto, que ha estado llorando. No parece sorprenderle demasiado. ¿Qué le habrán contado de él?

—Tengo que irme —dice Louis.

Ella asiente.

—¿Cuánto tiempo llevas en la ciudad? —pregunta.

—Unos pocos días. Pero voy a volver. Me alegro de verte. Adiós, Clarissa.

—A las cinco en punto —dice Clarissa.

—¿Qué?

—La fiesta. Es a las cinco. Ven, por favor.

—Sí, claro.

Julia dice:

—Adiós, Louis.

Es una chica guapa de diecinueve años que dice «hola» y «adiós», no «qué tal» y «hasta luego». Tiene dientes muy blancos, insólitamente pequeños.

—Adiós.

—Vendrás, ¿verdad? —dice Clarissa—. Prométeme que vendrás.

—Te lo prometo. Adiós.

Sale del apartamento, todavía vagamente lacrimoso; enfurecido con Clarissa; imprecisa, absurdamente enamorado de Julia (él, que jamás se ha sentido atraído por mujeres; todavía se estremece, al cabo de todos estos años, al recordar aquella tentativa horrible y desesperada que hizo con Clarissa, tan sólo para conservar su derecho sobre Richard). Se imagina que sale corriendo, con Julia, de este piso atroz y de buen gusto; que huyen juntos de las paredes de color lino y los grabados botánicos, de Clarissa y sus vasos de agua mineral con gas y rodajas de limón. Recorre el pasillo en penumbras (veintitrés pasos), franquea la puerta que sale al vestíbulo y por la puerta de la calle sale a la Diez Oeste. El sol le explota en la cara como una bombilla de flash. Se mezcla, agradecido, con la gente del mundo: un hombre con cara de hurón que pasea a dos *dachshunds*, un hombre gordo que suda majestuosamente con su traje azul oscuro, una mujer calva (¿moda o quimioterapia?), recostada contra el inmueble de Clarissa, da caladas a un cigarrillo y tiene en el rostro una moradura reciente. Louis va a volver aquí, a esta ciudad; vivirá en un piso del Village oeste, por las tardes se sentará en el Dante con un café solo y un cigarrillo. No es viejo, todavía no lo es. La noche anterior detuvo su coche en el desierto de Arizona y permaneció bajo las estrellas hasta que percibió la presencia de su alma, o comoquiera que se llame; esa parte continua del ser que en otro tiempo fue un niño y que de pronto estaba —se diría que un instante después— en el silencio del desierto, bajo las constelaciones. Piensa en sí mismo con distraído afecto, en el joven Louis Waters, que consumió su juventud en el intento de vivir con Richard, que fue diversamente halagado y enfurecido por el culto infatigable que Richard rindió a sus brazos y a su culo, y que le abandonó al final, para siempre, después de una pelea en la estación ferroviaria de Roma (¿fue concretamente a causa de la carta que Richard recibió de Clarissa, o por la sensación más general que Louis tenía de haber perdido interés en ser el miembro más favorecido y el menos inteligente?). Aquel Louis, que sólo tenía veintiocho años pero estaba persuadido de que era un hombre mayor y de que había perdido oportunidades, se separó de Richard y embarcó en un tren que resultó que iba a Madrid. En aquel tiempo, ese gesto había parecido dramático pero transitorio, y cuando el tren se puso en marcha (el cobrador le había informado, con indignación, de cuál era su destino), se sintió extraña y casi prodigiosamente contento. Se había liberado. Ahora apenas recuerda los días sin sentido que pasó en Madrid; ni siquiera recuerda con gran claridad al chico italiano (¿podía llamarse realmente Franco?) que le convenció de que finalmente abandonase su largo y condenado proyecto de amar a Richard y se entregara a pasiones más simples. Lo que recuerda con absoluta nitidez es haber sentido, durante el trayecto en un tren con rumbo a Madrid, la clase de felicidad que suponía que sentirían los espíritus liberados de sus cuerpos terrenales, pero todavía en posesión de su yo esencial. Se encamina hacia el este, hacia la universidad (setenta y siete pasos hasta la esquina). Aguarda para cruzar.

La señora Brown

Mientras conduce su Chevrolet por la autopista de Pasadena, entre colinas todavía calcinadas por el incendio del año pasado, siente como si estuviera soñando o, más exactamente, como si se acordara de este trayecto en un sueño de hace mucho tiempo. Es como si todo lo que ve estuviera clavado en el día con un alfiler, del mismo modo que las mariposas cloroformadas están clavadas en un tablero. Ve las laderas negras de las colinas punteadas por las casas de estuco color pastel que no han sido pasto de las llamas. Ve el cielo blanquiazul, neblinoso. Laura conduce con pericia, ni demasiado despacio ni demasiado rápido, y cada cierto tiempo mira por el espejo retrovisor. Es una mujer en un coche que sueña que viaja en coche.

Ha dejado a su hijo con la señora Latch, que vive al fondo de la calle. Ha pretextado un recado de última hora para el cumpleaños de su marido.

Ha sucumbido al pánico: supone que «pánico» es la palabra correcta. Ha intentado tumbarse unos minutos mientras el niño echaba la siesta; ha intentado leer un poco, pero no podía concentrarse. Tendida en la cama, con el libro en las manos, se sentía vacía, extenuada por el niño, la tarta, el beso. De un modo u otro, tenía que ver con estos tres elementos, y mientras yacía acostada en la cama de matrimonio, con las persianas bajadas y la lámpara de la mesilla encendida, tratando de leer, se preguntaba: ¿es esto volverse loca? Nunca se lo había imaginado así; cuando pensaba en alguien (una mujer como ella) que estaba perdiendo el juicio, se figuraba gritos y gemidos, alucinaciones; pero en ese momento le parecía claro que había otra manera, mucho más tranquila; una manera entumecida e impotente, apática, hasta el punto de que una emoción tan intensa como la tristeza habría sido un alivio.

Así que se ha ausentado durante unas horas. No es un comportamiento irresponsable. Se ha asegurado de que su hijo está bien atendido. Ha hecho otra tarta, descongelado los filetes, desmochado las judías. Antes de marcharse ha hecho todo esto. Estará de vuelta en casa a tiempo para preparar la cena y alimentar al perro de Kitty. Pero ahora, ahora mismo, va a algún sitio (¿adónde?) para estar sola, para verse libre de su hijo, su casa, la pequeña fiesta que dará esta noche. Lleva consigo su cuaderno y el ejemplar de *La señora Dalloway*. Se ha puesto medias, una blusa y falda; se ha prendido en las orejas sus pendientes favoritos, sencillos discos de cobre. Siente una débil, tonta satisfacción por su atuendo y por la limpieza del coche. Una papelera azul oscuro, limpia de basura, envuelve la caja del diferencial a la manera en que una silla de montar cubre a un caballo. Sabe que es ridículo, y sin embargo la

consuela este orden impecable. Viaja limpia y bien vestida.

En casa, la nueva tarta aguarda bajo un molde de aluminio con un pomo de metal en forma de bellota. Es una mejora con respecto al primer pastel. El nuevo lo ha escarchado dos veces, no hay migas pegadas a la cobertura (ha consultado un segundo libro de cocina, y ha aprendido que los reposteros llaman a la primera capa de la superficie la «capa de migas», y que un pastel tiene que llevar un baño de dos capas). Esta tarta ostenta la leyenda «Feliz cumpleaños Dan», en elegantes letras blancas, sin que se acumulen rosas amarillas. Es una bonita tarta, perfecta en su estilo, pero Laura está todavía descontenta. Sigue pareciendo la obra de un aficionado, un pastel casero; sigue pareciendo que existe algún fallo. La *i* de «Feliz» no es la que ella esperaba, y dos de las rosas están torcidas.

Se toca los labios, el punto en que se ha posado brevemente el beso de Kitty. Del beso lo que más le importa no es lo que representa o no, sino el hecho de que proporciona a Kitty una posición de ventaja. El amor es profundo, un misterio: ¿quién quiere entender todos sus pormenores? Laura desea a Kitty. Desea su fuerza, su decepción alegre y briosa, las luces móviles, de color oro y rosa, de su ego íntimo, y las honduras crespas, perfumadas de champú, de su cabello. Laura desea a Dan, también, de un modo más oscuro y menos exquisito; un modo más sutilmente poblado de crueldad y vergüenza. Sigue siendo deseo, con todo, agudo como la astilla de un hueso. Es posible besar a Kitty en la cocina y amar al mismo tiempo a su marido. Puede presentir el placer agitado de los labios y los dedos de Dan (¿consiste en que ella desea el deseo de él?), y no obstante sueña con volver a besar a Kitty algún día, en una cocina o en la playa, mientras los niños chillan en la rompiente, excitadas, incurables, enamoradas de su mutuo naufragio, si no una de otra, diciendo *chsss*, separándose aprisa, prosiguiendo.

Lo que Laura lamenta, lo que soporta a duras penas, es la tarta. Pensarlo la incomoda, pero no puede negarlo. Es sólo azúcar, harina y huevos: parte del encanto de un pastel es su imperfección inevitable. Ella lo sabe; por supuesto que lo sabe. Pero había confiado en crear algo más hermoso, más significativo que el pastel que ha hecho, incluso con su superficie lisa y su mensaje en el centro. Quiere (se lo admite a sí misma) una tarta de ensueño que se manifieste como una tarta real; una tarta investida de un sentido indudable y profundo de bienestar, de magnificencia. Quisiera haber hecho un pastel que elimine la tristeza, aunque sólo sea durante un rato. Quisiera haber creado algo maravilloso; algo que fuese maravilloso incluso para quienes no la aman.

Ha fracasado. Ojalá no le importara. Hay algo que no va bien en ella.

Pasa al carril de la izquierda, aprieta el acelerador. Porque ahora, ahora mismo, podría ser cualquier persona yendo a cualquier sitio. Tiene el depósito lleno de gasolina, dinero en la cartera. Durante un par de horas, puede ir adonde quiera. Después, sonarán las alarmas. Hacia las cinco de la tarde, la señora Latch empezará a inquietarse, y hacia las seis, a más tardar, comenzará a hacer llamadas. Si se retrasa

tanto, Laura tendrá que dar explicaciones, pero ahora mismo, y durante por lo menos dos horas, es realmente libre. Es una mujer a bordo de un coche, solamente eso.

Cuando corona la cima de Chavez Ravine, y aparecen las agujas nebulosas del centro urbano, tiene que tomar una decisión. Durante la última hora, le ha bastado con rodar, vagamente, rumbo al centro de Los Ángeles, pero ahora ya está ahí —los sólidos, acucillados edificios más antiguos, el esqueleto de los más nuevos y más altos que se alzan—, toda la ciudad bañada en el fulgor blanco y uniforme del día, que parece emanar no tanto del cielo hacia la tierra como del aire mismo, como si partículas invisibles del éter emitieran una fosforescencia regular y levemente brumosa. Aquí está la ciudad, y Laura tiene que entrar en ella, por el carril de la izquierda, o desplazarse al de la derecha y circunvalarla. Si hace esto, si sigue derecha su camino, se internará en la vasta llanura de fábricas y edificios bajos de apartamentos que rodean a Los Ángeles cien millas a la redonda. Podría girar a la derecha y encaminarse o bien a Beverly Hills o bien a la playa de Santa Monica, pero no quiere hacer compras ni lleva cosas de playa. Es sorprendente que haya tan pocas alternativas, en esta panorámica inmensa, reluciente, humeante, y lo que ella quiere —un lugar apartado, silencioso, donde pueda leer, donde pueda pensar— no es fácil de encontrar. Si va a un comercio o a un restaurante, tendrá que actuar: tendrá que fingir que necesita o que quiere algo que de ninguna manera le interesa. Tendrá que moverse de una forma ordenada; deberá examinar la mercancía y rechazar ofertas de ayudarla, o tendrá que sentarse a una mesa, pedir algo, consumirlo y marcharse. Si se limita a aparcar en algún lado y a quedarse sentada dentro del coche, una mujer sola, será vulnerable a los delincuentes y a quienes traten de protegerla de ellos. Es demasiado expuesto; parecerá demasiado extraña.

Hasta una biblioteca sería un lugar excesivamente público; lo mismo cabe decir de un parque.

Lleva el automóvil al carril izquierdo y entra en la ciudad. Parece haber tomado esta decisión de un modo casi físico, como si al ir a la izquierda hubiese emprendido una línea de acción que la estaba esperando de forma tan palpable como lo es Figueroa Street, con sus escaparates y sus aceras en sombra. Va a registrarse en un hotel. Dirá (por supuesto) que va a hospedarse una noche, que su marido se reunirá pronto con ella. Con tal de pagar la habitación, ¿qué hay de malo en utilizarla sólo un par de horas?

La iniciativa parece tan dispendiosa y temeraria que la marea tan sólo pensar en ella, y está nerviosa como una muchacha. Sí, es un despilfarro —una habitación de hotel para una noche entera, cuando lo único que se propone hacer es sentarse a leer un par de horas—, pero el dinero no falta especialmente ahora, y ella hace economías relativas en el gobierno de la casa.

Aunque podría ir a un lugar barato —un motel en las afueras—, no se anima a hacerlo. Sería demasiado ilícito; demasiado sórdido. Hasta pudiera ser que el recepcionista la tomase por una profesional; incluso es posible que hiciera preguntas.

Los moteles de ese género quedan fuera de su experiencia, probablemente entrañan códigos de conducta que ella ignora totalmente, y en consecuencia se dirige al Normandy, un edificio blanco de los suburbios, a unas pocas manzanas de distancia. El Normandy es amplio, limpio, anodino. Tiene forma de V: dos alas gemelas, blancas, de diez plantas, que encierran un jardín urbano con su fuente. Tiene un aire de respetabilidad aséptica; su clientela son turistas y hombres de negocios, gente cuya presencia allí no sugiere siquiera un asomo de misterio. Laura aparca el coche debajo de un toldo de cromo sobre el que está escrito el nombre del hotel, en letras altas y angulosas, asimismo de cromo. Aunque es pleno día, el aire debajo del toldo posee una ligera calidad nocturna; un fulgor lunar; una claridad erosionada de blanco sobre blanco. Las plantas de áloe en macetas colocadas a ambos lados de las puertas negras de cristal parecen asombradas de encontrarse allí.

Laura deja el coche al cuidado del portero, recibe un billete para recogerlo y franquea las pesadas puertas de cristal. El vestíbulo es silencioso y gélido. Suena una campanilla lejana, clara y medida. Laura se siente a gusto y a la vez incómoda. Cruza la alfombra, de un color azul muy oscuro, hacia la recepción. Este hotel, este vestíbulo, constituyen exactamente lo que quiere: su sereno anonimato, su inmaculada atmósfera inodora, las idas y venidas dinámicas e indiferentes. Se siente de inmediato una ciudadana de este sitio. Es tan competente, tan impersonal. Pero, al mismo tiempo, ella está allí en virtud de falsas o, peor aún, inexplicables circunstancias: ha ido hasta allí, oscuramente, huyendo de una tarta. Tiene intención de decirle al recepcionista que su marido no ha podido evitar retrasarse y que llegará con el equipaje dentro de más o menos una hora. Nunca ha mentado así antes, no a alguien a quien no conoce ni ama.

El trámite en el mostrador de la recepción resulta asombrosamente fácil. El empleado, un hombre aproximadamente de su misma edad, con una voz suave y aflautada y la piel devastada, obviamente no sólo no sospecha nada, sino que ni siquiera alberga la sombra de una sospecha. Cuando Laura pregunta: «¿Tienen alguna habitación libre?», él se limita a responder, sin vacilar: «Sí, tenemos. ¿La quiere individual o doble?».

—Doble —dice ella—. Para mi marido y para mí. Está al llegar, con el equipaje.

El recepcionista mira detrás de ella, en busca de un hombre que forcejea con maletas. La cara de Laura arde, pero no titubea.

—En realidad vendrá dentro de una o dos horas. Se ha retrasado y me ha dicho que me adelante. Para ver si había habitaciones.

Toca el mostrador de granito negro para sostenerse. Su historia parece completamente inverosímil. Si está de viaje con su marido, ¿cómo van en dos coches? ¿Por qué no han telefoneado de antemano?

El empleado, sin embargo, no se inmuta.

—Me temo que sólo nos quedan habitaciones en los pisos bajos. ¿Le parece bien?

—Sí, muy bien. Es sólo para una noche.

—Estupendo, entonces. Veamos. La habitación 19.

Laura firma en el libro de registro con su propio nombre (uno inventado resultaría demasiado extraño, demasiado sórdido) y paga por adelantado. («Quizá nos vayamos mañana muy temprano, y tendremos mucha prisa. Prefiero dejar la habitación pagada»). Recibe la llave.

Al dejar la recepción, casi no acierta a creer que lo haya hecho. Le han entregado la llave, ha atravesado las puertas. Las de los ascensores, al fondo del vestíbulo, son de bronce repujado, cada una de ellas coronada por una línea horizontal de brillantes números rojos, y para llegar a los ascensores hay que cruzar diversos ambientes de sofás vacíos y butacas; el fresco sopor de palmeras diminutas en tiestos; y, detrás de un cristal, el interior en forma de gruta de una mezcla de cafetería y *drugstore*, donde varios hombres solitarios, con traje, leen periódicos sentados ante el mostrador, donde una mujer mayor, con una chaquetilla de camarera, de un color rosa pálido, y una peluca roja, parece estar diciendo algo chistoso sin dirigirse a nadie en particular, y donde un pastel de merengue de limón tan grande que casi parece de cartón, y al que le faltan dos trozos, reposa sobre un pedestal, debajo de una clara cúpula de plástico.

Laura llama al ascensor y pulsa el botón de su piso. En la pared del ascensor, bajo un marco de cristal, hay una foto de los huevos Benedict que pueden pedirse en el restaurante del hotel hasta las dos de la tarde. Mira la foto, piensa que hace poquísimo que ha pasado la hora en que se puede encargar los huevos. Está nerviosa desde hace un buen rato, y su nerviosismo no se ha disipado, pero de pronto parece haber cambiado de naturaleza. Su nerviosismo, al igual que la cólera y la decepción consigo misma, son impulsos que reconoce a la perfección, pero que ahora parecen residir en otro sitio. La decisión de registrarse en este hotel, de subir en este ascensor, parece que la ha rescatado, a la manera en que la morfina rescata a un canceroso, no erradicando el dolor, sino simplemente haciendo que deje de importarle. Es casi como si la acompañara una hermana invisible, una mujer perversa, llena de furia y recriminaciones, una mujer que se ha humillado ella misma, y que es esta mujer, esta desventurada hermana, la que necesita consuelo y silencio. Laura podría ser una enfermera que alivia el sufrimiento ajeno.

Sale del ascensor, recorre el pasillo con calma, introduce la llave en la cerradura de la habitación 19.

Y he aquí la habitación; es de color turquesa, no tiene nada de sorprendente ni de raro; hay una colcha del mismo tono turquesa sobre la cama de matrimonio y un cuadro (París, primavera) con un marco de madera dorado. Un olor a alcohol, a pino, a lejía, a jabón perfumado, flota pesadamente sobre algo que no es rancio, ni tampoco enrarecido, pero que no es fresco. Es, piensa ella, un olor cansado. Es el olor de un recinto que ha sido constantemente utilizado.

Va a la ventana, palmetea las vaporosas cortinas blancas, abre las persianas. Allí abajo está la plaza en forma de V, con su fuente y sus rosales enredados, sus bancos de piedra vacíos. Una vez más, Laura se siente como si hubiese entrado en un sueño,

un sueño en el que contempla este jardín concreto, tan despoblado, un poco después de las dos de la tarde. Se aparta de la ventana. Se descalza. Deposita su ejemplar de *La señora Dalloway* encima del tablero de cristal de la mesita de noche y se tumba en la cama. En la habitación hay ese silencio especial que reina en los hoteles, un silencio calculado, completamente anómalo, que se extiende sobre un sustrato de crujidos y borboteos, de ruedas sobre alfombra.

Está tan lejos ahora de su vida. Ha sido tan fácil.

Parece que, de algún modo, ha abandonado su propio mundo y ha entrado en los dominios del libro. Nada, por supuesto, podría distar más del Londres de la señora Dalloway que esta habitación de hotel turquesa, y sin embargo se imagina que Virginia Woolf, la mujer ahogada, el genio, podría habitar en la muerte en un lugar no muy distinto de éste. Se ríe para sus adentros, en voz baja. Por favor, Dios, dice en silencio, que el cielo sea mejor que una habitación en el hotel Normandy. El cielo estará mejor amueblado, será más luminoso y magnífico, pero pudiera ser que, de hecho, contuviera, en cierta medida, algo de esta lejanía callada, de esta ausencia absoluta dentro del mundo que prosigue su curso. Disponer de esta habitación se le antoja a la vez tan mojigato como putanesco. Aquí está a salvo. Podría hacer lo que le apeteciese, absolutamente cualquier cosa. Es, en cierto modo, como una recién casada que se recuesta en su alcoba, a la espera de... no de su marido, ni de cualquier otro hombre. De alguien. De algo.

Coge el libro. Ha señalado la página con el marcador de plata («A mi ratona de biblioteca, con amor») que le regaló su marido hace varios cumpleaños.

Empieza a leer, con una sensación de liberación profunda y optimista.

Recordaba que una vez había arrojado seis peniques al agua de la Serpentine. Pero todos recordaban esto; lo que ella amaba era esto, aquí, ahora, delante de ella; la mujer gorda en el taxi. Camino de Bond Street, se preguntaba: ¿importaba que inevitablemente ella tuviera que dejar de existir; que todo aquello prosiguiera sin ella? ¿Le fastidiaba? ¿O no llegaba a ser reconfortante creer que la muerte ponía un término absoluto a todo, pero que de algún modo, en las calles de Londres, aquí y allá, en el flujo y reflujo de las cosas, ella sobrevivía, Peter sobrevivía, vivían el uno dentro del otro, pues estaba segura de que ella misma formaba parte de los árboles de su casa; de la casa misma, fea y destartada como estaba; parte de gente a la que nunca había conocido; segura de que la extendían como un manto de niebla entre las personas que mejor conocía, que la izaban hasta sus ramas como ella había visto que los árboles despejan la niebla, pero que se esparcía cada vez más lejos, su vida, ella misma? ¿Pero qué soñaba, contemplando el escaparate de Hatchards? ¿Qué intentaba recobrar? ¿Qué imagen de amanecer blanco en el campo, mientras leía en el libro abierto:

*No temas ya el calor del sol
Ni las furiosas iras del invierno.*

Es posible morir. De repente, Laura piensa en que ella —cualquiera— puede elegir esa opción. Es un pensamiento osado y vertiginoso, ligeramente incorpóreo; se le anuncia en el interior de la cabeza, débil pero claro, como una voz que crepita en una lejana emisora de radio. Podría tomar la decisión de morir. Es una idea abstracta y fulgurante, no especialmente morbosa. ¿No es en habitaciones de hotel donde la gente hace esas cosas? Es posible, hasta probable, que alguien haya puesto fin a su vida aquí mismo, en esta habitación, en esta cama. Que alguien haya dicho: basta, ya no más; que haya mirado por última vez estas paredes blancas, este techo blanco y liso. Ella comprende que, al entrar en un hotel, abandonas los detalles de tu propia vida y penetras en una zona neutra, una habitación blanca y limpia, donde morir no parece un acto tan absolutamente extraño.

Podría ser, piensa, profundamente consolador; podría ser una acción tan libre: dejarse ir, simplemente. Decirles a todos que no podía aguantar, no os hacéis idea; no quise intentarlo más. Tal vez hubiese, piensa, una belleza atroz en ese acto, como un campo de hielo o un desierto en la mañana temprano. Ella entraría, como si dijéramos, en aquel otro paisaje; los dejaría a todos, a su hijo, a su marido y a Kitty, a sus padres, a todos, en este mundo maltrecho (nunca volvería a ser completo, nunca estaría limpio del todo), y cada cual diría al otro y a quienquiera que preguntase: «Creíamos que ella se encontraba bien, que sus cuitas eran las normales. No sabíamos nada».

Se acaricia el vientre. No lo haría nunca. Dice estas palabras en voz alta, en la habitación limpia y silenciosa: «No lo haría nunca». Ama la vida, la ama sin remedio, al menos en algunos momentos; y además, al mismo tiempo, mataría a su hijo. Mataría a su hijo y a su marido y al hijo que está gestando. ¿Cómo podrían reponerse de un golpe semejante? Nada de lo que pudiese hacer como esposa y madre viva, ningún fallo, ningún arranque de cólera o depresión sería comparable. Sería, sencillamente, malvado. Abriría un agujero en la atmósfera, a través del cual quedaría absorbido todo lo que ella ha creado: los días de orden, las ventanas iluminadas, la mesa puesta para la cena.

Empero, le alegra saber (porque en cierto modo, de improviso, lo sabe) que es posible cesar de vivir. Reconforta encarar toda la gama de posibilidades: considerar todas las alternativas, sin miedo y sin culpa. Se imagina a Virginia Woolf, virginal, desequilibrada, derrotada por las exigencias imposibles de la vida y el arte; se la imagina internándose en el río con una piedra en el bolsillo de su abrigo. Laura sigue acariciándose el vientre. Sería tan fácil, piensa, como registrarse en un hotel. Tan sencillo como eso.

La señora Woolf

Toma el té sentada en la cocina, con Vanessa.

—Había un abrigo precioso para Angelica en Harrods —dice Vanessa—. Pero no había nada para los chicos, y me pareció muy injusto. Supongo que le regalaré el abrigo para su cumpleaños, pero se enfadará, por supuesto, porque da por sentado que de todos modos hay que comprarle abrigos, y no como un regalo.

Virginia asiente. En ese momento parece incapaz de hablar. Hay tantas cosas en el mundo. Hay abrigos en Harrods; hay niños que se enfadan y se sienten frustrados hagas lo que hagas. Hay la mano regordeta de Vanessa que aferra la taza de té y hay el tordo que está fuera, tan hermoso en su pira; tan parecido a un sombrero de mujer.

Hay esta hora, aquí, en la cocina.

Clarissa no morirá, no la matará con su propia mano. ¿Cómo soportaría abandonar todo esto?

Virginia se dispone a impartir consejos sabios acerca de niños. Apenas tiene una idea de lo que va a decir, pero dirá algo.

Le gustaría decir: «Ya basta». Las tazas de té y el tordo de fuera, el asunto de los abrigos de niño. Ya basta.

Morirá otra persona. Tiene que ser alguien con una mente superior a la de Clarissa; tiene que ser alguien con una tristeza y un genio suficientes para rehuir las seducciones del mundo, sus tazas y sus abrigos.

—Quizás Angelica... —dice Virginia.

Pero Nelly acude al rescate; furiosa, triunfante, de regreso de Londres con un paquete que contiene el té de China y el jengibre azucarado. Sostiene el paquete en alto, como si fuera a lanzarlo.

—Buenas tardes, señora Bell —dice, con la calma estudiada de un verdugo.

Aquí está Nelly con el té y el jengibre y aquí, para siempre, está Virginia, inexplicablemente feliz, más que feliz, viva, sentada con Vanessa en la cocina un día corriente de primavera en que Nelly, la subyugada reina de las Amazonas, Nelly la sempiterna indignada, exhibe lo que, por obligación, ha tenido que ir a comprar.

Nelly se aleja y, aunque no es en absoluto su costumbre, Virginia se inclina hacia delante y besa a Vanessa en la boca. Es un beso inocente, asaz inocente, pero justo ahora, en esta cocina, a espaldas de Nelly, tiene el sabor sumamente delicioso y prohibido de los placeres. Vanessa le devuelve el beso.

La señora Dalloway

—Pobre Louis.

Julia suspira con una mezcla sorprendentemente adulta de paciencia compungida y exhausta, y por un instante se asemeja a una figura del antiguo reproche maternal: forma parte de la línea secular de mujeres que han suspirado con una paciencia compungida y exhausta a causa de las extrañas pasiones de los hombres. Brevemente, Clarissa se imagina a su hija a los cincuenta años: será lo que la gente llama una mujer amplia, grande de cuerpo y de espíritu, inescrutablemente capaz, decisiva, nada histriónica, y madrugadora. Clarissa quisiera, en este momento, ser Louis; no estar *con* él (lo cual puede ser tan espinoso, tan difícil), sino *ser* él, una persona desdichada, extraña, desleal, sin escrúpulos, vagando por las calles.

—Sí —dice ella—. Pobre Louis.

¿Estropeará Louis la fiesta de Richard? ¿Por qué ha invitado ella a Walter Hardy?

—Qué hombre tan raro —dice Julia.

—¿Soportarás que te dé un abrazo?

Julia se ríe, y vuelve a tener diecinueve años. Es increíblemente hermosa. Ve películas de las que Clarissa jamás ha oído hablar, sufre accesos de hosquedad y júbilo. Lleva seis anillos en la mano izquierda, ninguno de los cuales es el que Clarissa le regaló por su decimoctavo cumpleaños. Luce un aro de plata en la nariz.

—Pues claro —dice.

Clarissa abraza a Julia y la suelta rápidamente.

—¿Cómo estás? —pregunta de nuevo, y se arrepiente en el acto. Le inquieta pensar que sea uno de sus tics; uno de esos pequeños hábitos inocentes que despiertan pensamientos homicidas en un vástago. Su propia madre carraspeaba compulsivamente. Su madre anteponía a todas sus opiniones adversas el siguiente estribillo: «Detesto ser una aguafiestas, pero...». Son cosas que sobreviven en la memoria de Clarissa, cosas que todavía pueden enfurecerla, después de que se han difuminado la bondad y la modestia de su madre, sus filantropías. Clarissa dice a Julia con demasiada frecuencia: «¿Cómo estás?». Lo hace en parte por nerviosismo (¿cómo evitar ser formal con Julia, estar un poco ansiosa, después de todo lo que ha ocurrido?), y en parte porque quiere saber, simplemente.

Su fiesta, piensa, va a ser un fracaso. Richard se aburrirá y se enfadará, y con razón. Ella es superficial; se preocupa excesivamente por cosas así. Su hija debe de hacer bromas al respecto con sus amigas.

¡Pero tener amigas como Mary Krull!

—Estoy bien —dice Julia.

—Tienes un aspecto fabuloso —dice Clarissa, con alegre desesperación. Por lo menos ha sido generosa. Ha sido una madre que felicita a su hija, le insufla confianza, no la abrumba con sus preocupaciones personales.

—Gracias —dice Julia—. ¿Me dejé la mochila aquí ayer?

—Sí. Está en aquella percha, al lado de la puerta.

—Bien. Mary y yo vamos de compras.

—¿Dónde has quedado con ella?

—En realidad, está aquí. Está abajo.

—Oh.

—Está fumando un cigarro.

—Bueno, a lo mejor cuando acabe de fumar le apetece subir a decir hola.

Ensombrece la cara de Julia la contricción y algo más: ¿retorna su antigua cólera? ¿O es sólo culpa común y corriente? Se instaura un silencio. Es como si se ejerciera alguna fuerza de convencionalidad, tan potente como la atracción gravitatoria. Aun cuando hayas adoptado una actitud desafiante toda la vida; aunque hayas criado a una hija del modo más honorable que has sabido, en un hogar de mujeres (el padre no fue más que un tubito numerado, lo siento, Julia, no hay manera de encontrarle), aun con todo esto, es como si un día te encontraras de pie sobre una alfombra persa, objeto de desaprobación materna y sentimientos agrios y ofendidos, frente a una chica que te desprecia (todavía debe de despreciarte, ¿no?) por haberle privado de un padre. *A lo mejor cuando acabe de fumar le apetece subir a decir hola.*

¿Pero por qué Mary habría de estar sujeta a algunas de las decencias básicas? No se espera abajo del apartamento de nadie, por muy brillante que seas y muy enfadada que estés. Entras y saludas. Cumples el trámite.

—Voy a buscarla —dice Julia.

—No te molestes.

—No, en serio. Está fumando abajo. Ya la conoces. Primero el tabaco y después todo lo demás.

—No la traigas a rastras. Te lo digo en serio. Vete, te dejo en libertad.

—No. Quiero que las dos os conozcáis mejor.

—Nos conocemos perfectamente.

—No tengas miedo, mamá. Mary es un encanto. Mary es totalmente, totalmente inofensiva.

—No le tengo miedo. Por el amor de Dios.

Julia esboza una sonrisa de complicidad insultante, mueve la cabeza y se va. Clarissa se inclina sobre la mesa del café y desplaza el jarrón unos centímetros hacia la izquierda. Siente el apremio de esconder las rosas. Si no fuese Mary Krull. Si fuese otra persona.

Julia vuelve, con Mary a su zaga. Así pues, una vez más, aquí tenemos a Mary;

Mary la severa y la rigurosa, Mary la recta, cuya cabeza rapada empieza a mostrar como un rastrojo de pelo moreno, que viste pantalones de color rata y lleva los pechos colgando (debe de haber cumplido los cuarenta) debajo de una raída camiseta blanca y sin mangas. Ver a Julia y a Mary juntas, le recuerda a Clarissa una niña que lleva atado hacia casa a un perro callejero, todo costillas y dientes descoloridos; a una patética y, a la larga, peligrosa criatura que a todas luces necesita un buen hogar, pero cuyo estado famélico es de hecho tan grave que no la conmueve ninguna muestra de amor ni de largueza. Lo único que hará el perro será comer sin parar. Nunca estará satisfecho; nunca se le podrá domesticar.

—Hola, Mary —dice Clarissa.

—Qué tal, Clarissa.

Cruza zancadas la habitación y estruja la mano de Clarissa. La mano de Mary es pequeña, fuerte, pasmosamente blanda.

—¿Cómo estás? —pregunta Mary.

—Bien, gracias, ¿y tú?

Mary se encoge de hombros. ¿Cómo voy a estar, cómo va estar cualquiera, en el mundo en que vivimos? Clarissa ha caído ingenuamente en la pregunta con trampa. Piensa en sus rosas. ¿Se les obliga a los niños a cogerlas? ¿Van las familias al campo antes del alba y se pasan el día agachados sobre los arbustos, con dolor de espalda y los dedos sangrando por culpa de las espinas?

—¿Vais de compras? —dice, y no trata de ocultar el desprecio en su tono.

Julia dice:

—Botas nuevas. A Mary están a punto de salirse los pies.

—Odio comprar —dice Mary. Esboza un conato de sonrisa de disculpa—. Es una auténtica pérdida de tiempo.

—Hoy vamos a comprar botas —dice Julia—. Y punto.

La hija de Clarissa, esta muchacha maravillosa e inteligente, podría ser una esposa jovial que guía a su marido a través de una jornada de recados. Podría ser un personaje de los años cincuenta, tras algunos retoques relativamente nimios.

Mary dice a Clarissa:

—No sabría ir de compras sin ayuda. Puedo enfrentarme a un poli con gas lacrimógeno, pero que no se me acerque una dependienta.

Clarissa se percata, con un sobresalto, de que Mary está haciendo un esfuerzo. A su manera, está intentando gustar.

—Oh, no pueden ser tan espantosas —dice.

—Son las tiendas, es todo el rollo, toda esa *mierda* en todas partes, disculpa, esas *mercancías*, todos esos *artículos*, y anuncios que te gritan desde todos los lados *compra, compra, compra, compra*, y cuando se me acerca alguna de pelo largo y con churretes de maquillaje y me dice «¿Puedo ayudarla?», a duras penas consigo no gritarle: «Perra, ni siquiera puedes ayudarte a ti misma».

—Mmm —dice Clarissa—. Parece un asunto serio.

Julia dice:

—Mary, vámonos.

Clarissa le dice a Julia:

—Cuídala bien.

Idiota, piensa Mary. Bruja fatua y autosatisfecha.

Se corrige. Clarissa Vaughan no es el enemigo. Clarissa Vaughan es una ilusa, ni más ni menos que eso. Cree que obedeciendo las normas puede obtener lo que tienen los hombres. Se ha tragado ese cuento. No es culpa suya. Pero a Mary, con todo, le gustaría agarrar a Clarissa por la pechera y gritarle: *Crees sinceramente que si vienen a hacer una redada de los disidentes, no se detendrán en tu puerta, ¿verdad? Hasta ese punto eres una idiota.*

—Adiós, mamá —dice Julia.

—No te olvides la mochila —dice Clarissa.

—Ah, sí.

Julia se ríe y descuelga la mochila de la percha. Es de lona, de un vivo color naranja, la clase de pertenencia que nunca esperarías que tuviese.

¿Qué tenía de malo exactamente el anillo?

Fugazmente, mientras Julia está vuelta de espaldas, Clarissa y Mary se encuentran cara a cara. *Idiota, piensa Mary, aunque se esfuerza en mantenerse caritativa o, como mínimo, serena. No, que se joda la caridad. Cualquier cosa es mejor que los boyeras de la vieja escuela, vestidas para ligar, burguesas hasta la médula, viviendo como marido y mujer. Más vale ser un franco y abierto gilipollas, mejor ser el puto John Wayne que una tortillera bien vestida que tiene un trabajo respetable.*

Fraude, piensa Clarissa. Has engañado a mi hija, pero a mí no me engañas. Distingo a una ligona nada más verla. Lo sé todo sobre la técnica de impresionar. No es difícil. Si gritas lo bastante fuerte y durante el tiempo suficiente, se formará un corro para averiguar el motivo de todo ese ruido. Es la naturaleza de la multitud. No se queda parada mucho tiempo, a no ser que les des la razón. Eres tan mala como la mayoría de los hombres, igual de agresiva, igual de pretenciosa, y tu hora llegará y pasará.

—Muy bien —dice Julia—. Vámonos.

Clarissa dice:

—Acuérdate de la fiesta. A las cinco.

—Claro —responde Julia. En el momento en que se carga al hombro su mochila de lona de vivo color naranja, Clarissa y Mary padecen por un instante el mismo sentimiento. Las dos adoran por igual y con particular intensidad la briosa y afable seguridad en sí misma que posee Julia, los días sin fin que se extienden por delante.

—Hasta luego —dice Clarissa.

Es una mujer trivial. Es una persona que piensa demasiado en fiestas. Si al menos Julia la perdonase algún día...

—Adiós —dice Mary, y sale en pos de Julia, caminando a zancadas.

¿Pero por qué precisamente Mary Krull? ¿Por qué una chica heterosexual como Julia se convierte en un acólito? ¿Sigue todavía tan ávida de un padre?

Mary se rezaga un momento detrás de Julia para concederse una panorámica de la espalda ancha y grácil, las lunas gemelas de su culo. Mary está casi abrumada de deseo y de otra cosa, un nervio más sutil y más exquisitamente doloroso que arranca de su deseo. Julia le inspira un patriotismo erótico, como si Julia fuese el país lejano en donde Mary ha nacido y del que la han expulsado.

—Vamos —la llama Julia, alegremente, por encima del hombro, por encima del sintético resplandor naranja de su mochila.

Mary se detiene un momento a contemplarla. Cree no haber visto jamás nada tan bello. *Si pudieras amarme, piensa, yo haría cualquier cosa. ¿Comprendes? Lo que fuese.*

—Vamos —la llama de nuevo Julia, y Mary se apresura a seguirla, sin esperanza, sufriendo (Julia no la ama, no de ese modo, ni la amará nunca), para ir a comprar botas nuevas.

La señora Woolf

Vanessa y sus hijos han regresado a Charleston. Nelly está abajo preparando la cena, misteriosamente alegre, más de lo que ha estado en días anteriores: ¿será posible que esté agradecida de que la hayan enviado a hacer un recado estúpido, que saboree tanto esa injusticia como para que la induzca a cantar en la cocina? Leonard está escribiendo en su estudio, y el tordo yace en su lecho de hierba y rosas en el jardín. De pie ante una ventana del salón, Virginia contempla la oscuridad que desciende sobre Richmond.

Es el final de un día ordinario. Encima de su escritorio, en una habitación con la luz apagada, descansan las páginas de la nueva novela, sobre la cual alberga desmedidas esperanzas y que, en este momento, teme (cree que sabe) que resultará árida y débil, desprovista de verdadero sentimiento; un callejón sin salida. Hace sólo unas horas, y sin embargo lo que sentía en la cocina con Vanessa —esa exaltación, esa beatitud— se ha evaporado totalmente como si no hubiese existido. Solamente perdura esto: el olor del buey que está cocinando Nelly (nauseabundo, y Leonard la observará mientras ella se esfuerza en comerlo), todos los relojes de la casa a punto de dar la media hora, su propia cara, que cada vez más nítidamente se refleja en el cristal de la ventana a medida que las farolas —de un tono limón pálido contra un cielo azul tinta— se encienden en todo Richmond. Ya basta, se dice a sí misma. Se empeña en creerlo. Ya basta de vivir en esta casa, liberada de la guerra, con una noche de lectura por delante y después dormir y después trabajar de nuevo por la mañana. Ya basta de farolas que arrojan sombras amarillentas sobre los árboles.

Nota la cefalea que avanza sigilosamente por la nuca. Se pone rígida. No, es el recuerdo de la cefalea, es el miedo que le inspira, ambos tan vividos que llega a ser difícil, por lo menos brevemente, distinguirlos del comienzo del dolor mismo. Permanece tensa, esperando. Está bien. Todo va bien. Las paredes de la habitación no tiemblan; del interior del yeso no brotan murmullos. Es ella misma, aquí donde está, en casa, en compañía de su marido, con criados y alfombras y almohadas y lámparas. Es ella misma.

Sabe que se marchará aun antes de que decida marcharse. Un paseo; dará simplemente un paseo. Volverá dentro de media hora, o menos. Se pone rápidamente la capa y el sombrero, la bufanda. Se dirige en silencio a la puerta trasera, sale y la cierra con cuidado tras ella. Preferiría que nadie le pregunte adónde va, o a qué hora piensa volver.

Fuera, en el jardín, está el montículo en sombras del tordo en su ataúd, al socaire de los setos. Un viento fuerte sopla desde el este, y Virginia se estremece. Tiene la impresión de que ha abandonado la casa (donde guisan un buey, donde hay luces encendidas) y de que ha entrado en el reino de los pájaros muertos. Piensa en que los recién enterrados permanecen toda la noche en sus sepulturas, después de que los deudos hayan recitado oraciones, depositado coronas funerarias y regresado al pueblo. Después de que las ruedas se hayan alejado sobre el barro seco de la carretera, después de que las cenas hayan sido consumidas y las cubiertas de los lechos descorridas; después de que todo esto haya ocurrido, las tumbas permanecen, con sus flores ligeramente movidas por el viento. Es aterrador pero no completamente desagradable, esta aura del cementerio. Es real; es casi abrumadoramente real. Es, a su manera, más tolerable, noble, ahora mismo, que el buey y las lámparas. Baja la escalera, pisa la hierba.

El cadáver del tordo sigue estando en su sitio (es curioso que no atraiga la atención de los gatos y perros del vecindario), minúsculo incluso para ser de un pájaro, tan plenamente inánime, aquí en la oscuridad, como un guante perdido, este puñado vacío de muerte. Virginia se sitúa sobre él; ahora es basura; se ha desprendido de la belleza de la tarde del mismo modo que Virginia se ha liberado de su asombro, en la mesa del té, acerca de tazas y abrigos; de igual modo que el día se despoja de su calor. Por la mañana, Leonard recogerá al pájaro, la hierba y las rosas con una pala y los tirará lejos. Piensa en que un ser vivo ocupa mucho más espacio cuando está vivo que cuando está muerto; en lo ilusorio que es el tamaño contenido en los gestos, los movimientos, la respiración. Muertos, revelamos nuestras dimensiones verídicas, y son sorprendentemente exiguas. ¿Acaso no pareció que a su propia madre la habían retirado subrepticamente y sustituido por una versión más menuda de hierro pálido? ¿No había ella, Virginia, percibido en sí misma un hueco, asombrosamente pequeño, allí donde supuestamente debía residir un dolor intenso?

Aquí, pues, está el mundo (casa, cielo, una primera estrella incipiente) y aquí su opuesto, esta pequeña forma oscura dentro de un círculo de rosas. Es basura, nada más. La belleza y la dignidad eran ilusiones engendradas por la compañía de los niños, mantenidas en su beneficio.

Da media vuelta y se aleja. En este momento parece posible que exista otro lugar, un lugar que no guarde ninguna relación con un buey cocido ni con el círculo de rosas. Franquea la cancela del jardín, sale al corredor y se dirige hacia la ciudad.

Cuando atraviesa Princes Street y recorre Waterloo Place (¿hacia dónde?), se cruza con gente: un hombre rollizo y majestuoso que porta una cartera, dos mujeres que deben de ser sirvientas de regreso de una tarde libre, charlando, piernas blancas que asoman por debajo de abrigos livianos, el destello de una pulsera barata. Virginia se envuelve el cuello en la capa, aunque no hace frío. Simplemente está oscureciendo, y hace viento. Piensa en dar un paseo hasta la ciudad, sí, pero ¿qué va a hacer allí? Incluso ahora, están barriendo las tiendas, que se disponen a cerrar. Se cruza con una

pareja, un hombre y una mujer más jóvenes que ella, que caminan juntos, ociosamente, apretujados bajo el resplandor tenue, color limón, de una farola, hablando (oye que el hombre dice: «me dijo *algo algo algo* en aquel comercio, *algo algo*, censurador, realmente»); ambos, el hombre y la mujer, llevan sombreros elegantes, y la orla con flecos de una bufanda de color mostaza (¿la de quién?) ondea detrás como una bandera; los dos están ligeramente inclinados hacia delante y también hacia el otro mientras suben la cuesta y se sujetan el sombrero contra el viento, ávidos pero sin prisa, camino de casa (es lo más probable) después de pasar el día en Londres, y él dice ahora: «O sea que tengo que preguntarte», después de lo cual baja la voz —Virginia no distingue ninguna palabra— y la mujer emite un gritito alegre, mostrando un rápido fulgor blanco de dientes, y el hombre se ríe, avanzando a zancadas, posando con perfecta confianza primero los dedos de uno y a continuación los del otro zapato marrón pulcramente embetunado.

Estoy sola, piensa Virginia, mientras el hombre y la mujer prosiguen su ascenso de la cuesta y ella continúa el descenso. No está sola, por supuesto, no lo está de tal forma que cualquiera pudiese percibirlo, pero en este instante en que camina contra el viento rumbo a las luces del Quadrant, nota la proximidad del viejo diablo (¿de qué otro modo llamarlo?), y sabe que estará absolutamente sola si al diablo le da por presentarse de nuevo. El diablo es la cefalea; es una voz dentro de una pared; es una aleta que hiende olas oscuras. El diablo es la breve, gorjeante inanidad que fue la vida del tordo. El diablo absorbe toda la hermosura del mundo, toda la esperanza, y lo que queda cuando ha terminado su tarea es un reino de los muertos vivientes: triste, sofocante. Virginia siente, ahora mismo, una cierta grandeza trágica, porque el diablo es muchas cosas pero no es mezquino ni sentimental; bulle con una verdad letal e intolerable. Ahora mismo, caminando, libre de la cefalea, libre de las voces, puede afrontar al diablo, pero tiene que seguir andando, no puede darse la vuelta.

Al llegar al Quadrant (el carnicero y el verdulero ya han enrollado sus toldos), dobla hacia la estación de tren. Se irá a Londres, piensa; irá a Londres, simplemente, como Nelly para hacer su recado, aunque el de Virginia será el trayecto en sí, la media hora de tren, el apearse en Paddington, la posibilidad de recorrer una calle que desemboca en otra y en otra más después. ¡Qué juerga! ¡Qué zambullida! Parece que sobrevivirá, prosperará si tiene a Londres alrededor; si se extravía durante un rato en su inmensidad, desenvuelta e intrépida bajo un cielo ahora desprovisto de amenazas, todas las ventanas sin cortinas (aquí se ve un grave perfil femenino, allí la corona de una silla tallada), el tráfico, hombres y mujeres que desfilan livianos ya ataviados para la velada; los olores de cera y gasolina, de perfume, mientras alguien, en algún lugar (en una de esas avenidas anchas, en una de esas casas blancas y con pórtico), toca el piano; mientras ululan bocinas y perros ladran, y el ronco festival entero da vueltas y más vueltas, chispeante, reluciente; mientras el Big Ben da las campanadas de la hora, que caen en círculos de plomo sobre la gente que va a fiestas y sobre los autobuses, sobre la reina Victoria de piedra sentada delante del Palacio, encima de sus

repisas de geranios, sobre los parques que duermen hundidos en su solemnidad en penumbras detrás de verjas de hierro negro.

Virginia baja las escaleras que llevan a la estación de tren. La estación de Richmond es a la vez un punto de partida y un destino. Tiene columnas, toldos, huele un poco a quemado, es un lugar ligeramente desolado incluso cuando está concurrido (como es el caso ahora), y lo flanquean bancos amarillos de madera que no animan a sentarse mucho tiempo en ellos. Consulta el reloj, ve que el tren acaba de partir y que el próximo tardará veinte minutos en salir. Se pone rígida. Se había figurado (¡tonta!) que embarcaría directamente en un tren o, como mucho, que tendría que esperar cinco o diez minutos. Se planta, impaciente, delante del reloj, luego da unos pasos lentamente a lo largo del andén. Si hace esto, si embarca en el tren que sale, ahora, dentro de veintitrés minutos, y se va a Londres y entra en la ciudad y coge el último tren de vuelta (que la dejará en Richmond a las once y diez), Leonard estará desquiciado de inquietud. Si lo llama (hay un teléfono público, recién instalado, aquí en la estación), se pondrá furioso, exigirá que vuelva inmediatamente, sugerirá (nunca lo diría directamente) que si vuelve a estar exhausta y agobiada, si cae otra vez enferma, tendrá que apañárselas sola. Y ahí está el dilema, por supuesto: Leonard tiene toda la razón y al mismo tiempo está horriblemente equivocado. Ella está mejor, más a salvo, si reposa en Richmond; si no habla, no escribe, no siente demasiado; si no viaja impetuosamente a Londres y vaga por sus calles; y, no obstante, tal como vive ahora se está muriendo, muriendo despacio sobre un lecho de rosas. Más vale, realmente, enfrentarse con la aleta en el agua que vivir escondida, como si la guerra no hubiese concluido (qué raro que el primer recuerdo que acude a la mente, después de todo aquello, es la espera interminable en la bodega, todos los habitantes de la casa apiñados allí dentro, y el haber tenido que dar palique durante horas a Nelly y a Lottie). Su vida (¡ya ha rebasado los cuarenta!) ha comenzado la cuenta atrás, taza por taza, y el vagón de carnaval que transporta a Vanessa —a toda su comitiva chillona, esa vida vasta, los niños, los cuadros y los amantes, la casa brillantemente concurrida— ha pasado de largo hacia la noche, dejando una estela de ecos de címbalos, de notas de acordeón, a medida que las ruedas van devorando la carretera. No, no telefonará desde la estación, lo hará en cuanto llegue a Londres, cuando la cosa no tenga vuelta de hoja. Recibirá su castigo.

Compra un billete a un hombre de cara colorada al otro lado de la ventanilla. Va a sentarse, muy tiesa, en un banco de madera. Faltan todavía dieciocho minutos. Sentada en el banco, mira directamente delante (ojalá tuviese algo que leer) hasta que ya no aguanta más (quince minutos aún). Se levanta y camina hasta salir de la estación. Si recorre una manzana de Kew Road y vuelve, llegará justo a tiempo de montar en el tren.

Está paseando un fragmento de su reflejo dorado a través del nombre en letras de oro de la carnicería, suspendido en el cristal sobre la carcasa de un cordero (un penacho pálido de lana sigue pegado al hueso del tobillo), cuando ve a Leonard que

camina hacia ella. Piensa, por un instante, en darse la vuelta y regresar corriendo a la estación; piensa en escapar de alguna clase de catástrofe. No hace nada de eso. Sigue caminando hacia Leonard, que es evidente que ha salido a toda prisa, sin quitarse las zapatillas de cuero, y que parece sumamente delgado —descarnado— con su chaqueta de pana, con el cuello abierto. A pesar de que él haya salido en su persecución como un alguacil o un prefecto, que personifican la recriminación, a ella le impresiona lo menudo que parece calzado con zapatillas en Kew Road; el aspecto maduro y vulgar que tiene. Le ve, por un instante, como le verían los ojos de una extraña: un hombre más de los muchos que andan por la calle. La entristece, la conmueve extrañamente. Logra esbozar una sonrisa irónica.

—Señor Woolf —dice—. Qué placer más inesperado.

Él dice:

—¿Podrías decirme lo que estás haciendo, por favor?

—Estoy dando un paseo. ¿Es algo misterioso?

—Sólo si desapareces de casa, justo antes de cenar, sin decir una palabra.

—No quería interrumpirte. Sabía que estabas trabajando.

—Estaba.

—Pues entonces.

—No debes desaparecer así. No me gusta.

—Leonard, te comportas de un modo muy raro.

Él frunce el entrecejo.

—¿Ah, sí? No sé qué es, realmente. He ido a buscarte y no estabas. Pensé que había ocurrido algo. No sé por qué.

Ella se lo imagina buscándola por la casa, inspeccionando el jardín. Le ve salir precipitadamente, pasar por delante del cadáver del tordo, franquear la cancela, bajar la cuesta. Leonard le inspira de pronto una pena inmensa. Sabe que debería decirle que la premonición que él ha tenido no era del todo errónea; que de hecho ella ha escenificado una especie de huida, que se proponía desaparecer, aunque sólo durante unas horas.

—No ha pasado nada —dice—. He salido a airearme por las avenidas. Aprovechando la noche que hace.

—Estaba muy preocupado —dice él—. No sé por qué.

Guardan un silencio breve e inhabitual. Miran al escaparate de la carnicería, en cuyas letras de oro se reflejan, quebrados.

Leonard dice:

—Tenemos que volver al buey de Nelly. Disponemos de aproximadamente quince minutos antes de que le entre un arrebato e incendie toda la casa.

Virginia duda. ¡Pero Londres! Sigue queriendo, desesperadamente, subir al tren.

—Debes de tener hambre —dice ella.

—Sí, un poco. Tú también, seguramente.

De repente ella piensa en lo frágiles que son los hombres; lo empavorecidos.

Piensa en Quentin, entrando en la casa para lavarse de las manos la muerte del tordo. Por un instante le parece estar a caballo sobre una línea invisible, con un pie en este lado y el otro pie en el otro. A este lado está el severo y preocupado Leonard, la hilera de comercios cerrados, el promontorio oscuro que conduce de regreso a Hogarth House, donde Nelly aguarda impaciente, casi regocijada, su oportunidad de concebir nuevos agravios. Al otro lado está el tren. Al otro lado está Londres, y toda la libertad que Londres entraña, los besos que significa, las posibilidades de arte y el pícaro destello oscuro de la locura. La señora Dalloway, piensa, es una casa en una colina donde una fiesta está a punto de empezar; la muerte es la ciudad que se extiende abajo, que la señora Dalloway ama y teme y en la que quisiera internarse tan hondo que nunca encontraría el camino de retorno.

Virginia dice:

—Ya es hora de que volvamos a Londres. ¿No te parece?

—No estoy nada seguro —responde él.

—Estoy mejor desde hace una larga temporada. No podemos refugiarnos toda la vida en las afueras, ¿no?

—Lo hablamos durante la cena, ¿quieres?

—Muy bien.

—¿Tanto te apetece vivir en Londres? —pregunta él.

—Sí —dice ella—. Ojalá no fuera así. Ojalá fuese feliz con esta vida apacible.

—Como yo lo soy.

—Vámonos —dice ella.

Guarda el billete en su bolso. Nunca le confesará a Leonard que tenía el proyecto de huir, aunque sólo fuera durante unas horas. Como si fuese él quien necesita atención y consuelo —como si él fuese el que está en peligro—, Virginia enlaza su brazo con el de su marido y le apretuja cariñosamente el codo. Comienzan a subir la cuesta rumbo a Hogarth House, cogidos del brazo, como cualquier pareja de mediana edad que vuelve a casa.

La señora Dalloway

—¿Más café? —dice Oliver a Sally.

—Gracias.

Sally tiende su taza de café al ayudante de Oliver, un joven sorprendentemente feo, de un rubio albino y de mejillas hundidas que, a pesar de haberle sido presentado como un ayudante, parece estar al cargo de servir café. Sally había esperado conocer a un joven e impecable semental, todo mandíbula y bíceps. Este joven ansioso y larguirucho estaría a sus anchas detrás del mostrador de perfumería de unos grandes almacenes.

—¿Qué opinas, entonces? —dice Oliver.

Sally observa cómo le sirven el café, para evitar la mirada de Oliver. Cuando tiene la taza posada ante ella, lanza una mirada a Walter Hardy, que no delata nada. Walter posee el talento, notable en sí mismo, de aparentar una atención completa y totalmente inexpresiva, como un lagarto que se ha encaramado sobre una roca soleada.

—Interesante —dice Sally.

—Sí —responde Oliver.

Sally asiente diplomáticamente, da un sorbo de café.

—Me pregunto —dice— si será factible.

—Creo que es el momento de hacerlo —dice Oliver—. Creo que la gente está preparada.

—¿Lo crees, en serio?

Sally apela, en silencio, a Walter. *Habla, cretino*. Walter se limita a asentir, parpadeando, regodeándose, alerta a la posibilidad de peligro y, al mismo tiempo, casi hipnotizado por el calor que emana de Oliver St. Ives, que es esbelto y arrugado, anda por los cuarenta y cinco años y tiene una mirada penetrante por detrás de sus gafas recatadas de montura dorada; cuya imagen sobre el celuloide ha sobrevivido a incontables tentativas que otros hombres han hecho de asesinarle, estafarle, ensuciar su nombre, arruinar a su familia; que ha hecho el amor con diosas, siempre con el mismo ardor avergonzado, como si no pudiera creer en su suerte.

—Sí —dice Oliver, acrecentando de modo audible la impaciencia de su voz.

—Parece realmente... bueno, interesante —dice Sally, y no puede evitar reírse.

—Walter podría hacerlo —dice Oliver—. Walter podría conseguirlo. Sin la menor duda.

Al oír su nombre Walter se espabila, parpadea más rápidamente, se desplaza hacia delante en su silla, casi cambia de color.

—Me encantaría intentarlo —dice.

Oliver esboza su famosa sonrisa. A Sally le sigue sorprendiendo, a veces, lo mucho que Oliver se parece a sí mismo. ¿No se supone que los astros del cine son bajos, ordinarios y cascarrabias? ¿No nos deben eso? Oliver St. Ives ha debido de ser reconocible como actor famoso desde la infancia. Es incandescente; es bunyanesco^[2]. No medirá mucho menos de un metro noventa, y la perfecta hechura de sus manos, tapizada de vello rubio, fácilmente podría abarcar la cabeza de la mayoría de los hombres. Tiene facciones anchas y la cara aplanada, y aunque en persona no sea tan guapo como en la pantalla, posee cada ápice de esa singularidad misteriosa e innegable, una singularidad no sólo de espíritu sino también carnal, como si todos los demás norteamericanos musculosos, exuberantes e inquebrantables no fueran sino copias de él, más o menos bien hechas.

—Inténtalo —dice Oliver a Walter—. Tengo mucha fe en tus facultades. Eh, me hundiste la carrera con una pequeña historia.

Walter ensaya una sonrisita cómplice pero le sale espantosamente envilecida y llena de odio. Sally se lo imagina de pronto, y con perfecta claridad, a la edad de diez años. Tuvo que haber sido un niño obeso, desesperadamente amistoso, capaz de aquilatar al milímetro la posición social de todos los chicos de su misma edad. Debió de haber sido capaz de casi cualquier forma de traición.

—No me digas eso —dice Walter, sonriendo—. ¿No intenté disuadirte? ¿Cuántas veces te llamé?

—Oh, no te apures, amiguito, te estoy tomando el pelo —dice Oliver—. No me arrepiento de nada, de nada en absoluto. ¿Qué opinas del guión?

—Nunca he intentado escribir uno de suspense —dice Walter.

—Es fácil. Es la cosa más fácil del mundo. Alquila media docena de las películas que han ganado pasta y aprenderás todo lo que necesitas saber.

—Pero ésta sería un poco distinta —dice Sally.

—No —contesta Oliver, con paciencia sonriente, quisquillosa—. Distinta no. Ésta tendría un héroe homosexual. Eso es lo único, y no es una gran diferencia. No estaría atormentado por su sexualidad. No tendría sida. Sería simplemente un marica que hace su trabajo. Que salva al mundo, de una forma u otra.

—Mmm —dice Walter—. Creo que podría hacerlo. Me gustaría probar.

—Bien. Excelente.

Sally da un sorbo de café, deseosa de irse, deseosa de quedarse; no queriendo querer que Oliver St. Ives la admire. No hay fuerza más poderosa en el mundo que la fama, piensa. Para ayudarse a mantener el equilibrio pasea la mirada por el apartamento, que apareció en la portada de *Architectural Digest* un año antes de que Oliver se destapara en público y que probablemente no volverá a salir nunca en la revista, habida cuenta de que la condición sexual de Oliver ahora es reveladora con

respecto a sus gustos. La ironía, piensa Sally, consiste en que el apartamento es espantoso en un sentido que ella asocia con la vistosidad macho, con su mesa de café Lucite y las paredes lacadas de marrón, los nichos en los que objetos asiáticos y africanos, iluminados con focos (seguramente Oliver los considera «dramáticamente iluminados») sugieren, pese a su despliegue immaculado y reverente, no tanta exquisitez como rapiña. Es la tercera vez que Sally visita este piso, y cada vez ha sentido el impulso de confiscar los tesoros expuestos y restituirlos a sus propietarios legítimos. Finge estar pendiente de Oliver mientras se imagina entrando en un remoto villorrio montañoso, entre vítores y aullidos, transportando la máscara de antílope ennegrecida por el tiempo o el cuenco de porcelana verde pálido, levemente fosforescente, en el que dos carpas pintadas han nadado durante diez siglos.

—¿No lo ves muy claro, Sal? —dice Oliver.

—¿Eh?

—No estás convencida.

—Oh, bueno, convencida o no, yo no pinto nada aquí. ¿Qué sé yo de Hollywood?

—Eres más inteligente que la mayoría de los figurones que hay allí. Eres una de las pocas personas relacionadas con la industria que respeto.

—No estoy «relacionada con la industria» en absoluto, tú sabes lo que hago...

—No estás convencida.

—Pues no, no lo estoy —dice ella—. Pero ¿qué más da?

Oliver suspira y se acomoda las gafas un poco más arriba sobre el puente de la nariz, un gesto que Sally está segura de recordar de una de sus películas, en la que un hombre de modales afables (¿un contable?, ¿un abogado?, ¿un productor de televisión, acaso?) se ve finalmente empujado a liquidar brutalmente a un pequeño ejército de traficantes de droga para salvar a su hija adolescente.

—Admito que hay que hacerlo como Dios manda —dice Oliver, despacio—. No me hago ilusiones de que sea infalible.

—¿Tendrá un amante?

—Un compañero. Un compinche. Algo como Batman y Robin.

—¿Tendrán relaciones sexuales?

—Nadie las tiene en esta clase de guiones. Reduce demasiado el ritmo de la acción. Te pierdes el público de chavales. Como mucho, hay un beso al final.

—¿Se besarán al final, entonces?

—Ésa es jurisdicción de Walter.

—¿Walter?

Walter vuelve en sí, parpadeando.

—Eh, hace unos tres minutos he dicho que pensaba que quizá pudiese hacerlo. No os hagáis demasiadas ilusiones, ¿eh?

Oliver dice:

—No podemos contar con eso. He visto a demasiada gente que se sienta a escribir un super éxito y resulta un fracaso total. Son proyectos gafados.

—¿Crees que le interesará a la gente? —dice Sally—. O sea, ¿a suficiente gente?

Oliver suspira de nuevo, y el tono de este suspiro es notablemente distinto del anterior. Es un suspiro resignado y definitivo, próximo a la gangosidad, elocuente en su falta de histrionismo. Es como el primer suspiro desinteresado que un amante envía por los cables del teléfono, el suspiro que marca el primerísimo principio del fin. ¿Oliver ha lanzado ese suspiro en alguna película? ¿O ha suspirado así alguien, alguien de carne y hueso, en el oído de Sally, hace mucho tiempo?

—Bueno —dice Oliver. Descansa en el mantel las palmas de las manos—. Walter, ¿por qué no hablamos tú y yo dentro de un par de días, después de que hayas tenido tiempo de rumiarlo?

—Claro —dice Walter—. Buena idea.

Sally da el último sorbo de café. Esto es, por supuesto, un juego de hombres; una forma de engañarse ellos. Para empezar, en ningún momento la han necesitado a ella. Después de haber participado en su programa, a Oliver se le pasó por la cabeza (y aceptémoslo, no es Einstein) que Sally era su musa y su mentora, una especie de Safo vertiendo sabidurías afligidas desde su isla. Era mejor poner fin a aquello de inmediato.

Pero persiste ese deseo terrible de que la ame Oliver St. Ives. Perdura ese pavor a que te releguen.

—Gracias por haber venido —dice Oliver, y Sally vence un impulso de retractarse, de inclinarse hacia Oliver por encima de la mesa, sobre los residuos caóticos del almuerzo y decir: *Me lo he pensado mejor y creo que una película de aventuras con un héroe marica podría funcionar.*

Adiós, pues. Es hora de volver a las calles.

Sally está con Walter en la esquina de Madison y la calle Setenta. No hablan de Oliver St. Ives. Comprenden, alternativamente, que Walter ha triunfado y Sally ha fracasado, y que Sally ha triunfado y Walter fracasado. Encuentran otras cosas de que hablar.

—Supongo que te veré esta noche —dice Walter.

—Mmm —dice Sally. ¿Quién ha invitado a Walter?

—¿Cómo está Richard? —pregunta Walter. Agacha la cabeza torpe, reverentemente, apuntando con la visera de su gorra a las colillas de cigarrillos y los círculos grises de chicle, cuyo envoltorio, hecho una bola, Sally no puede evitar advertir que es de Quarter Pounder, una marca que ella nunca ha probado.

El semáforo cambia. Cruzan.

—Muy bien —dice Sally—. Bueno. Está bastante enfermo.

—Aquellos tiempos —dice Walter—. Dios, aquellos tiempos.

A Sally la invade de nuevo una ola de indignación que se le sube por la barriga y cuyo calor le empaña la vista. Lo inaguantable es la vanidad de Walter. Es saber que

cuando dice las cosas correctas y respetuosas —aun cuando, muy posiblemente, sienta esas cosas correctas y respetuosas— está pensando a la vez en lo agradable que es ser el semifamoso novelista Walter Hardy, amigo de estrellas de cine y de poetas, todavía saludable y musculoso después de los cuarenta. Sería más cómico si tuviese menos influencia en el mundo.

—Bueno —dice Sally en la esquina, pero antes de que pueda despedirse, Walter se acerca a la vitrina de un comercio y pone la cara a un palmo del cristal.

—Mira esto —dice—. Son preciosas.

En el escaparate hay tres camisas de seda, todas ellas expuestas sobre una reproducción en yeso de una estatua clásica griega. Una es de color melocotón pálido, otra color esmeralda, la tercera de un azul oscuro, regio. Cada una tiene bordados distintos alrededor del cuello, que en la pechera son de fina plata, como un hilo de araña. Las tres cuelgan líquidas, iridiscentes, sobre el torso magro de las estatuas, y de cada cuello surge una serena cabeza blanca de labios gruesos, nariz recta y ojos en blanco.

—Mmm —dice Sally—. Sí. Preciosas.

—Quizá compre una para Evan. Podría estrenar algo hoy. Vamos.

Sally vacila y a continuación sigue a Walter dentro de la tienda, a regañadientes, sin poder combatir una inesperada punzada de remordimiento. Sí, Walter es ridículo, pero al mismo tiempo que el desdén, Sally parece experimentar una espantosa e inevitable ternura por el pobre imbécil, que se ha pasado unos cuantos años esperando que muera su novio guapo y sin cerebro, su trofeo, y que ahora, de pronto, encara la perspectiva (¿tiene sentimientos encontrados?) de que su amiguito sobreviva. La muerte y la resurrección son siempre fascinantes, piensa Sally, y no parece importar mucho si conciernen al héroe, al villano o al payaso.

Toda la tienda es de arce barnizado y de granito negro. Se las han arreglado de algún modo para que huela débilmente a eucalipto. Las camisas están depositadas sobre lustrosos mostradores negros.

—Creo que la azul —dice Walter mientras entran—. A Evan le sienta bien ese color.

Sally deja que Walter hable con el joven y apuesto dependiente, de pelo lacio y brillante. Deambula meditabunda entre las camisas, mira la etiqueta de una de color crema con botones de nácar. Cuesta cuatrocientos dólares. Es patético, cavila, o heroico comprar una camisa fabulosa y carísima para un amante que hipotéticamente se está recuperando. ¿Es ambas cosas? Sally, por su parte, nunca ha desarrollado el tranquilo de comprar regalos para Clarissa. Incluso al cabo de todos estos años, no sabe con certeza lo que le gustaría. Ha tenido aciertos —la bufanda de cachemira de color chocolate, las Navidades pasadas, la cajita antigua y lacada donde ella guarda sus cartas—, pero también ha habido el mismo número de desaciertos. Hubo el costoso reloj de pulsera de Tiffany's (demasiado formal, al parecer), el suéter amarillo (¿era por el color o por el cuello?), el bolso negro de cuero (inadecuado,

imposible decir por qué). Clarissa se niega a confesar que un regalo no le agrada, por mucho que Sally la inste a decirlo. Todos los obsequios, según Clarissa, son perfectos, exactamente los que ella esperaba, y lo único que puede hacer la desventurada que se los regala es esperar para ver si el reloj se considera «demasiado bueno para todos los días», o si el suéter se lo pone una vez, para asistir a una fiesta deslucida, y no lo vuelve a usar nunca. Sally empieza a enfadarse con Clarissa, Walter Hardy y Oliver St. Ives; con cada ser humano optimista y deshonesto; pero luego mira de soslayo a Walter en plena acción de comprar para su amante una hermosa camisa azul, y le asalta la añoranza. Probablemente Clarissa está en casa ahora mismo.

De improviso, con urgencia, Sally quiere irse a casa. Dice a Walter:

—Tengo que irme. Es más tarde de lo que pensaba.

—No tardo —dice Walter.

—Me voy. Te veo luego.

—¿Te gusta la camisa?

Sally toca la tela, que es flexible y de un granulado minucioso, vagamente carnal.

—Me encanta —dice—. Una preciosidad.

El dependiente sonrío agradecido y tímido, como si fuera personalmente responsable de la belleza de la prenda. Su actitud no es distante ni condescendiente, como cabría esperar de un chico guapo que trabaja en una tienda de este estilo. ¿De dónde salen estas beldades impecables que trabajan de dependientes en comercios? ¿Qué esperan de la vida?

—Sí —dice Water—. Es fantástica, ¿no?

—Adiós.

—Eh. Te veré luego.

Sally sale de la tienda lo más aprisa que puede y se encamina hacia el metro de la calle Sesenta y Ocho. Le gustaría volver a casa con un regalo para Clarissa, pero no se le ocurre ninguno. Le gustaría decirle a Clarissa algo, algo importante, pero no encuentra la frase. «Te quiero» es bastante fácil. «Te quiero» se ha convertido en una fórmula casi corriente, que se dice no sólo en aniversarios o cumpleaños, sino también espontáneamente, en la cama o en la cocina o hasta a bordo de un taxi, donde alcanzan a oírte taxistas extranjeros que creen que las mujeres deberían caminar tres pasos por detrás de sus maridos. Sally y Clarissa no se escatiman cariños, lo cual, por supuesto, es bueno, pero ahora Sally descubre que quiere llegar a casa y decir algo más, algo que no sólo trascienda la dulzura y el consuelo, sino que vaya incluso más allá de la pasión. Lo que quiere decir guarda relación con todas las personas que han muerto; tiene que ver con la conciencia que tiene de una buena suerte inmensa y de una pérdida inminente y devastadora. Si algo le sucede a Clarissa ella, Sally, seguirá viviendo pero no sobrevivirá, exactamente. Lo pasará muy mal. Lo que quiere decir tiene que ver no sólo con la alegría sino con el miedo constante y cervical que constituye la otra mitad del júbilo. Soporta el pensamiento de su propia muerte, pero

no el de la muerte de Clarissa. Este amor que se tienen, con su domesticidad tranquilizadora y sus silencios fáciles, su permanencia, ha uncido a Sally a la maquinaria de la mortalidad misma. Ahora existe una pérdida que es inconcebible. Ahora hay una cuerda que ella puede seguir a partir de este instante, en que camina hacia el metro de la parte alta este, y a lo largo del día de mañana y el día siguiente y el siguiente hasta el final de su vida y el fin de la vida de Clarissa.

Va al centro en el metro y se para en el puesto de flores contiguo al mercado coreano de la esquina. Hay el surtido habitual, claveles y crisantemos, lirios sueltos y mustios, fresias, margaritas, ramos de tulipanes de invernadero blancos, amarillos y rojos, cuyos pétalos se están volviendo correosos en las puntas. Flores zombis, piensa; puros productos, obligados a vivir como pollos cuyas patas no tocan el suelo desde el huevo hasta el matadero. Sally frunce el ceño ante las flores en sus gradas escalonadas de madera, se ve a sí misma y a las flores reflejadas en los azulejos, al fondo del refrigerador (hela aquí, con el pelo entrecano, las facciones angulosas, cetrina, [¿cómo ha envejecido tanto?], tiene que tomar más el sol, sin falta), y piensa que no hay nada en el mundo que ella quiera para sí o para Clarissa, ni camisas de cuatrocientos dólares ni esas flores lastimosas, nada de nada. Está a punto de marcharse con las manos vacías cuando se fija en un ramillete aislado de rosas amarillas en un cubo de caucho marrón que hay en el rincón. Están empezando a abrirse. Sus pétalos, en la base, están teñidos de un amarillo más intenso, casi anaranjado, un rubor de color mango que se esparce hacia arriba y se difunde en venas finísimas. Es tan convincente su semejanza con las flores de verdad, que brotan de la tierra en un jardín, que parece que las han metido por error en el frigorífico. Sally se apresura a comprarlas, casi furtivamente, como si temiese que la mujer coreana que regenta el puesto cayese en la cuenta de que hay una confusión y le informase, con semblante grave, de que esas rosas no están en venta. Recorre la calle Diez con las rosas en la mano, exultante, y cuando entra en el apartamento está ligeramente excitada. ¿Cuánto tiempo hace que no han hecho el amor?

—Ey —llama—. ¿Estás en casa?

—Aquí dentro —responde Clarissa, y Sally nota en su voz que algo no va bien. ¿Está a punto de caer en una de esas emboscadas que sazonan su convivencia? ¿Ha entrado, con su ramo de flores y su deseo naciente, en una escena de incordio doméstico, y el mundo se ha vuelto gris y malsano porque, una vez más, ella ha dado prueba patente de su egoísmo y ha dejado algo sin hacer, no ha limpiado algo, ha olvidado alguna llamada importante? Su alegría se esfuma; su lujuria se evapora. Entra en el cuarto de estar con las flores.

—¿Qué pasa? —le dice a Clarissa, que está sentada en el sofá, meramente sentada, como si estuviese en la sala de espera de un médico. Mira a Sally con una expresión singular, más desorientada que dolida, como si no estuviera totalmente segura de quien es, y Sally tiene un fugaz presentimiento del declive que se acerca. Si las dos sobrevivieran el tiempo suficiente, si permaneciesen juntas (¿y cómo, en

definitiva, podrían separarse?), se observarán mutuamente marchitarse.

—Nada —dice.

—¿Estás bien?

—¿Hum? Oh, sí. No sé. Louis está en Nueva York. Ha vuelto.

—Tenía que suceder a la larga.

—Ha pasado por aquí, ha llamado al timbre. Hemos hablado un rato y luego se ha echado a llorar.

—¿En serio?

—Sí. Por las buenas, más o menos. Luego ha venido Julia y él se ha marchado.

—Louis. ¿Quién lo iba a decir?

—Sale con un chico nuevo. Un alumno suyo.

—Bien. Bueno.

—Y luego ha aparecido Julia con Mary...

—Dios mío. Ha estado aquí toda la banda.

—Oh, vaya, Sally. Has traído flores.

—¿Qué? Ah, bueno. Sí.

Sally blande el ramo y, en ese mismo momento, advierte el jarrón lleno de rosas que Clarissa ha puesto encima de la mesa. Las dos se ríen.

—Es una especie de momento O. Henry, ¿no crees? —dice Sally.

—Nunca es posible tener demasiadas rosas —dice Clarissa.

Sally le entrega las flores y durante un instante son pura y totalmente felices. Están presentes, ahora mismo, y de algún modo se las han ingeniado, a lo largo de dieciocho años, para seguir amándose. Es suficiente. En este momento, basta con eso.

La señora Brown

Se ha retrasado más de lo que planeaba, pero no excesivamente; no se ha retrasado tanto como para tener que dar una explicación. Son casi las seis. Ha llegado hasta la mitad del libro. Al conducir hacia la casa de la señora Latch, ocupa su pensamiento lo que ha leído: Clarissa y el demente Septimus, las flores, la fiesta. Por su mente desfilan imágenes: la figura en el coche, el aeroplano con su mensaje. Laura habita ahora en una especie de zona decadente de la periferia; un mundo compuesto del Londres de los años veinte, de una habitación de hotel turquesa, y de este automóvil que recorre esta calle conocida. Es y no es ella misma. Es una mujer en Londres, una aristócrata, pálida y encantadora, un poco falsa; es Virginia Woolf; y ella es la otra, esa cosa embrionaria y tambaleante que consideran ella misma, una madre, una conductora, un haz giratorio de pura vida como la Vía Láctea, una amiga de Kitty (a quien ha besado y que quizá se esté muriendo), un par de manos con uñas de color coral (una mellada) y una banda de diamante conyugal que sujeta el volante de un Chevrolet mientras un Plymouth azul claro enciende las luces de freno delante de ella, un sol de verano vespertino asume sus profundidades doradas y una ardilla cruza un cable de teléfono, formando con su cola gris pálido un signo de interrogación.

Aparca delante de la casa de la señora Latch, donde hay dos ardillas de yeso pintadas, atadas al gablete de encima del garaje. Se apea del coche y se detiene a mirar un momento las ardillas de yeso, con las llaves del coche todavía en la mano. A su lado, el automóvil emite un singular sonido de tictac (hace ese ruido desde hace varios días, tendrá que llevarlo al mecánico). La acomete una sensación de inexistencia. No hay otra palabra para definirlo. Parada junto al tictac del coche, enfrente del garaje de la señora Latch (las ardillas de yeso arrojan largas sombras), ella no es nadie; no es nada. Por un instante es como si al ir al hotel se hubiera deslizado fuera de su propia vida, y este camino de entrada, este garaje, le son totalmente ajenos. Ha estado lejos. Dulce, hasta ansiosamente, ha estado pensando en la muerte. Ha ido a un hotel en secreto, como quien va al encuentro de un amante. Se queda mirando el garaje de la señora Latch, con las llaves del coche y el bolso en las manos. La puerta, pintada de blanco, tiene una ventanita de postigo verde, como si el garaje fuese una casa en miniatura aneja a la vivienda principal. La respiración de Laura se vuelve de repente trabajosa. Está ligeramente mareada: como si fuera a tropezar y desplomarse en el camino plano de cemento. Sopesa la posibilidad de subir otra vez al coche y alejarse. Se obliga a seguir adelante. Se recuerda a sí misma: tiene

que recoger a su hijo, llevarle a casa y terminar de componer la cena de cumpleaños de su marido. Tiene que hacer esas cosas corrientes.

Con cierto esfuerzo, aspira una bocanada de aire y sube el sendero hasta el estrecho pórtico delantero de la señora Latch. Es el secretismo, se dice; es el carácter extraño de lo que acaba de hacer, aunque no hay nada malo en ello, ¿o sí? No ha ido a ver a un amante, como una esposa de novelucha. Simplemente se ha ausentado de casa durante unas horas, ha leído su libro y ha vuelto. Es un secreto únicamente porque no se le ocurre cómo podría explicar, bueno, todo esto: el beso, la tarta, el momento de pánico en que el coche coronaba Chavez Ravine. Ciertamente no sabría explicar dos horas y media dedicadas a leer en una habitación alquilada.

Aspira de nuevo. Llama al timbre rectangular e iluminado de la señora Latch, que despide un resplandor anaranjado en el sol crepuscular.

La señora Latch abre la puerta casi inmediatamente, como si hubiera estado apostada allí mismo, esperando. Es una mujer rubicunda, de caderas enormes, enfundadas en bermudas, sumamente afable; llena su casa un denso olor pardo, algún asado de carne, que se despliega a su espalda en cuanto abre la puerta.

—Bueno, hola —dice.

—Hola —responde Laura—. Siento llegar tarde.

—Nada de eso. Lo estábamos pasando de maravilla. Entre.

Richie sale corriendo del cuarto de estar. Está colorado, alarmado, casi anonadado por el amor y el alivio. Flota en el aire la sensación de que Laura ha sorprendido al niño y a la señora Latch en mitad de algo; la sensación de que los dos han dejado de hacer lo que estaban haciendo y han escondido precipitadamente algún objeto delator. No, ella tiene hoy conciencia de culpa; es sólo, piensa, que Richie está confuso. Ha pasado las últimas horas en un ámbito completamente distinto. Al estar en la casa de la señora Latch, aunque sea unas pocas horas, ha empezado a perder la pista de su propia vida. Ha empezado a creer, y no dichosamente, que él vive aquí, que quizás ha vivido siempre aquí, entre estos muebles macizos y amarillos, estas paredes recubiertas de tela color yerba.

Richie rompe a llorar y corre hacia su madre.

—Oh, vamos —dice Laura, levantándole en brazos. Inhala el olor del niño, su esencia profunda, una honda limpieza indefinible. Con él en brazos, inhalando, se siente mejor.

—Se alegra de verla —dice la señora Latch, con una gran animación exageradamente calurosa, amarga. ¿Se había figurado que ella era una especie de delicia para el niño, y su casa una casa prodigiosa? Sí, probablemente. ¿Le inspira Richie un súbito rencor por el hecho de que esté enmadrado? Probablemente.

—Hola, bicho —dice Laura, muy cerca de la orejita rosada de su hijo. Está orgullosa de su sosiego maternal, de su derecho sobre el niño. La incomodan sus lágrimas. ¿Piensa la gente que es una madre excesivamente protectora? ¿Por qué Richie se comporta así tan a menudo?

—¿Ha hecho todo lo que tenía que hacer? —pregunta la señora Latch.

—Sí. Más o menos. Muchas gracias por haber cuidado a Richie.

—Oh, lo hemos pasado muy bien juntos —dice ella, cordial, irascible—. Puede traerle cuando quiera.

—¿Te has divertido? —pregunta Laura.

—Ujú —dice Richie, amainando su llanto. Su cara es una agonía en miniatura de esperanza, tristeza y confusión.

—¿Has sido bueno?

El niño asiente.

—¿Me has echado de menos?

—¡Sí! —dice él.

—Bueno, he tenido que hacer muchas cosas —dice Laura—. Tenemos que organizarle a papá un cumpleaños estupendo esta noche, ¿verdad?

Él asiente. Sigue mirando a su madre con una suspicacia avergonzada y lacrimosa, como si ella quizá no fuese su madre.

Laura paga a la señora Latch, acepta un ave del paraíso de su jardín. La señora Latch siempre regala algo —una flor, galletas—, como si esa dádiva fuera el objeto de pago y cuidar del niño una tarea gratuita. Laura se disculpa de nuevo por su tardanza y alega la llegada inminente de su marido para cortar en seco la conversación habitual de quince minutos; mete a Richie en el coche y se aleja con un último y exagerado saludo con la mano. Sus tres pulseras de marfil entrechocan.

Cuando ya están lejos de la casa, Laura le dice a Richie:

—Chico, oh, chico, estamos en un apuro ahora. Tenemos que volver pitando a casa y preparar esa cena. Hace una hora que deberíamos estar en casa.

Él asiente, solemnemente. El peso y el grano de la vida se reafirman; el sentimiento de inanidad se desvanece. Este instante de ahora, a medio camino de la manzana, en que el coche se aproxima a una señal de stop, es inesperadamente amplio y quieto, sereno: Laura ingresa en él como entraría en una iglesia desde una calle ruidosa. A ambos lados, aspersores arrojan conos brillantes de rocío sobre los céspedes. El sol crepuscular dora una cochera de aluminio. Es inefablemente real. Se identifica a sí misma como esposa y madre, embarazada de nuevo y conduciendo a casa, entre cortinas de agua que ascienden en el aire.

Richie no habla. Observa a su madre. Laura frena ante la señal de stop. Dice:

—Es bueno que papá trabaje hasta tan tarde. Nos dará tiempo para arreglarlo todo, ¿no crees?

Él le lanza una ojeada. Sus miradas se encuentran y ella ve algo en los ojos de Richie que no reconoce del todo. Sus ojos, toda su cara, parecen iluminados desde dentro; por primera vez, parece estar sufriendo una emoción que ella no capta.

—Cariño —le dice—, ¿qué te pasa?

Él dice, más alto de lo necesario:

—Mamá, te quiero.

Hay algo raro en su voz, algo estremecedor. Ella nunca le ha oído antes ese tono. Suena frenético, ajeno. Como si fuera la voz de un refugiado que habla un inglés rudimentario y trata desesperadamente de comunicar una necesidad cuya expresión verbal no ha aprendido todavía.

—Yo también te quiero, cielo —contesta ella, y aunque ha dicho estas palabras miles de veces, nota el nerviosismo amortiguado que se aloja ahora en su garganta, el esfuerzo que le cuesta ser natural. Acelera en la intersección. Conduce con cuidado, con ambas manos puestas en el volante.

Parece que el niño se echará a llorar de nuevo, como hace tan a menudo, de una forma inexplicable, pero sus ojos permanecen brillantes y secos, y no parpadean.

—¿Qué tienes? —pregunta ella.

Él sigue mirándola. No pestañea.

Él sabe. Tiene que saber. El niño sabe que ella ha estado en algún lugar ilícito; sabe que está mintiendo. La observa constantemente, pasa casi todas sus horas de vigilia en presencia de su madre. La ha visto con Kitty. La ha observado mientras hacía una segunda tarta y la ha visto enterrar la primera debajo de otras basuras, en el cubo que hay junto al de la basura. Está completamente absorto en observar y descifrar a su madre, porque sin ella no existe en absoluto el mundo.

Por supuesto que Richie sabría cuándo ella está mintiendo.

Laura dice:

—No te preocupes, cariño. Todo va bien. Vamos a hacer una fiesta maravillosa para el cumpleaños de papá esta noche. ¿Sabes lo contento que estará? Le hemos comprado un montón de regalos. Le hemos hecho una tarta riquísima.

Richie asiente, sin parpadear. Se columpia suavemente de atrás adelante. En voz baja, con intención de que su madre, más que oírle, le entreoiga, dice:

—Sí, le hemos hecho una tarta riquísima.

Hay en su voz un tono sordo asombrosamente maduro.

Él la observará sempiternamente. Siempre sabrá cuándo hay algo que no marcha bien. Siempre sabrá exactamente cuándo y cuánto ella ha fallado.

—Te quiero, cielo —dice ella—. Tú eres mi chico.

Durante un breve momento, el niño cambia de forma. Resplandece brevemente, mortalmente blanco. Laura mantiene su desenfado. Se fuerza a sonreír. Sujeta el volante con las dos manos.

La señora Dalloway

Ha ido a ayudar a Richard a prepararse para la fiesta, pero Richard no responde a su llamada. Ella vuelve a llamar con los nudillos, más fuerte, y luego rápida, nerviosamente, abre con su llave.

El apartamento está inundado de sol. Clarissa, en el umbral, reprime un grito ahogado. Todas las persianas están levantadas, todas las ventanas abiertas. Aunque sólo llena el aire la luz del día que entra en cualquier inmueble de vecinos una tarde soleada, en las habitaciones de Richard parece como una explosión silenciosa. Ahí están sus cajas de cartón, su bañera (más sucia de lo que ella había notado), el espejo polvoriento y la cafetera cara, todo ello revelado en su crudo patetismo, su pequeñez ordinaria. Es, lisa y llanamente, el apartamento de una persona trastornada.

—¡Richard! —llama Clarissa.

—Señora Dalloway. Oh, señora Dalloway, eres tú.

Ella se precipita a la otra habitación y encuentra a Richard todavía en bata, encaramado en el alféizar de la ventana abierta, a horcajadas sobre él, con una pierna escuálida dentro del cuarto y la otra, invisible, colgando sobre una altura de cinco pisos.

—Richard —dice ella, severa—. Baja de ahí.

—Hace un día precioso —dice él—. Precioso.

Parece enloquecido y exaltado, a la vez viejo e infantil, a caballo en el alféizar como un espantapájaros ecuestre, una estatua de Giacometti en un parque. Tiene el pelo pegado al cuero cabelludo en algunas partes, y en otras le sobresale formando ángulos agudos y torcidos. La pierna que está dentro, desnuda hasta los muslos, blanqui azul, es esquelética, pero un músculo de pantorrilla, un bulto sorprendentemente sólido, sigue adherido tercamente al hueso.

—Me das pavor —dice Clarissa—. Baja de ahí y entra ahora mismo.

Avanza hacia él y Richard levanta hasta el alféizar la pierna que está dentro. Sólo el talón de ese pie, una mano y una nalga descarnada permanecen en contacto con la madera carcomida. En su bata, cohetes con alerones rojos despiden piñas perfectas de fuego de color naranja. Astronautas con casco, rollizos y blancos Michelinés, sin rostro detrás de sus visores oscuros, saludan rígidamente, con sus guantes blancos.

Richard dice:

—He tomado el Xanax y el Ritalin. Hacen un efecto fabuloso juntos. Me siento de maravilla. He abierto todas las persianas pero me he dado cuenta de que quería

más aire y más luz. Me ha costado horrores subirme aquí, no me importa decírtelo.

—Querido, por favor, pon la pierna otra vez en el suelo. ¿Quieres hacerlo por mí?

—Creo que no podré ir a la fiesta —dice él—. Lo siento.

—No estás obligado. No tienes que hacer nada que no quieras.

—Qué día hace. Qué día precioso, precioso.

Clarissa aspira aire una vez, luego otra. Para su sorpresa, está tranquila —nota que está actuando bien en una situación difícil—, pero al mismo tiempo se siente distanciada de sí misma, de la habitación, como si presenciase algo que ya ha sucedido. Es como un recuerdo. Algo dentro de ella, algo como una voz pero que no es una voz, un conocimiento íntimo que casi no se distingue del latido de su corazón, dice: *Una vez encontré a Richard sentado en un alféizar a cinco pisos de altura sobre el suelo.*

Dice:

—Baja de ahí. Por favor.

La cara de Richard se ensombrece y se contrae, como si Clarissa le hubiese formulado una pregunta difícil. Su butaca vacía, expuesta de lleno a la luz del día —por sus costuras asoma el relleno, hay aros de herrumbre repujados en la fina toalla amarilla del asiento— podría ser la estupidez, la miseria profunda de la enfermedad mortal.

—Baja de ahí —dice Clarissa. Habla despacio y alto, como hablando a un extranjero.

Richard asiente y no se mueve. Su cabeza devastada, iluminada por la plena luz del día, es geológica. Tiene en la piel tantos surcos y motas, tantas rayas como una piedra del desierto.

Dice:

—No sé si podré afrontarlo. Ya sabes. La fiesta y la ceremonia, y luego la hora de después y la siguiente.

—No estás obligado a venir a la fiesta. No tienes obligación de ir a la ceremonia. No tienes que hacer nada de nada.

—Pero todavía quedan las horas, ¿no? Una hora y luego otra, y pasas una y luego, Dios mío, tienes que pasar otra. Estoy tan enfermo.

—Te quedan días buenos todavía. Tú lo sabes.

—No, de verdad. Es muy amable por tu parte decirlo, pero hace tiempo que lo siento, cerrándose a mi alrededor como las fauces de una flor gigantesca. ¿No te parece una analogía curiosa? Pero es algo así. Tiene una cierta inevitabilidad vegetal. Piensa en la planta insectívora. Piensa en el kuzu asfixiando a un bosque. Es una especie de avance progresivo, rezumante y verde. Hacia, bueno, ya sabes. El silencio verde. ¿No es curioso que, incluso ahora, sea difícil decir la palabra *muerte*?

—¿Están aquí, Richard?

—¿Quién? ¿Oh, las voces? Las voces están siempre aquí.

—¿Pero las oyes muy claramente?

—No. Te oigo a ti. Es siempre maravilloso oírte, señora D. ¿Te importa que te siga llamando así?

—En absoluto. Entra. Ahora mismo.

—¿Te acuerdas de ella? ¿De tu *alter ego*? ¿Qué ha sido de ella?

—Ésta es ella. Yo soy ella. Necesito que entres. ¿Quieres entrar, por favor?

—Es tan bonito esto. Me siento tan libre. ¿Llamarás a mi madre? Está muy sola, ya sabes.

—Richard...

—Cuéntame una historia, ¿vale?

—¿Qué clase de historia?

—Algo de tu día. De hoy. Valdría la cosa más sencilla. Sería mejor, de hecho. El suceso más común que se te ocurra.

—Richard...

—Cualquier cosa. Lo que quieras.

—Bueno, esta mañana, antes de venir aquí, he ido a comprar flores para la fiesta.

—¿Sí?

—Sí. Hacía una mañana preciosa.

—¿Preciosa?

—Sí. Muy bonita. Me sentía tan... fresca. He comprado las flores, las he llevado a casa y las he metido en agua. Punto. Final del cuento. Ahora entra.

—Fresca como entregada a unos niños en una playa —dice Richard.

—Se podría decir eso.

—Como una mañana de cuando éramos jóvenes.

—Sí. Una mañana así.

—Como aquella mañana en que saliste de aquella casa vieja, cuando tenías dieciocho años y yo, bueno, acababa de cumplir diecinueve, ¿no? Tenía diecinueve años y estaba enamorado de Louis y estaba enamorado de ti, y pensaba que jamás había visto nada tan hermoso como vosotros dos cruzando una puerta de cristal por la mañana temprano, todavía soñolientos y en ropa interior. ¿No es extraño?

—Sí —dice Clarissa—. Sí. Es extraño.

—He fracasado.

—No digas eso. No has fracasado.

—Sí. No busco compasión. No realmente. Sólo que me siento tristísimo. Lo que quise hacer parecía sencillo. Quería crear algo vivo y lo bastante escandaloso como para compararse a una mañana de la vida de alguien. La mañana más normal del mundo. Figúrate, intentar eso. Qué disparate.

—No es nada disparatado.

—Me temo que no podré ir a la fiesta.

—Por favor, por favor, no te preocupes por la fiesta. No pienses en ella. Dame la mano.

—Has sido tan buena conmigo, señora Dalloway.

—Richard...

—Te quiero. ¿No suena vulgar?

—No.

Richard sonríe. Mueve la cabeza. Dice:

—No creo que haya dos personas que hayan sido más felices que nosotros.

Avanza poco a poco, se desprende suavemente del alféizar y cae.

Clarissa chilla:

—¡No...!

 l parecía tan seguro, tan sereno, que por un momento ella se imagina que no ha sucedido nada. Llega a la ventana a tiempo de ver a Richard todavía en el aire, con la bata inflada, e incluso ahora es como si se tratara de un accidente leve, de algo remediable. Le ve tocar el suelo cinco pisos más abajo, le ve arrodillarse sobre el cemento, ve estrellarse su cabeza, oye el sonido que hace y sin embargo cree, al menos durante otro instante, asomada por encima del alféizar, que Richard se levantará, conmocionado tal vez, sin resuello, pero todavía él mismo, todavía entero y capaz de hablar.

Grita su nombre, una sola vez. Suena como una pregunta, mucho más suave de lo que ella quería formularla. Richard yace donde ha caído, de bruces, con la cabeza tapada por la bata y las piernas desnudas al descubierto, contra el cemento oscuro.

Sale corriendo del cuarto y cruza la puerta, que deja abierta detrás. Baja corriendo las escaleras. Piensa en pedir auxilio, pero no lo hace. Parece como si el aire mismo hubiese cambiado, se hubiera escindido ligeramente; como si la atmósfera estuviese hecha palpablemente de sustancia y de su opuesto. Baja corriendo las escaleras y tiene conciencia de sí misma (más tarde se avergonzará de esto) como de una mujer que baja un tramo de escaleras, ilesa, todavía viva.

En el vestíbulo sufre un momento de confusión acerca del modo de acceder al hueco de aire donde yace Richard, y se siente fugazmente como si hubiese entrado en el infierno. El infierno es un cuarto como una caja amarilla de aire enrarecido y sin salida, sombreado por un árbol artificial y flanqueado de puertas de metal con marcas (sobre una de ellas hay una calcomanía de los Grateful Dead, una calavera coronada de rosas).

Una puerta en la penumbra del hueco de la escalera, más angosta que las otras, da acceso al exterior, a través de un tramo de escalones de cemento rotos, al lugar donde est  Richard. Antes de descender estos últimos peldaños sabe que está muerto. La cabeza está cubierta por los pliegues de la bata, pero ve el charco de sangre, oscura, casi negra, que se ha formado en el sitio donde tiene la cabeza. Ve la inmovilidad absoluta del cuerpo, con un brazo extendido en una posición extraña, con la palma hacia arriba, y ambas piernas blancas y desnudas como la muerte misma. Aún lleva puestas las zapatillas de fieltro gris que le compr  Clarissa.

Desciende esos últimos peldaños y advierte que Richard yace rodeado de añicos de cristal, y tarda un momento en comprender que se trata de los restos de una botella

de cerveza reventada que ya estaban en el suelo, y no de una secuela de la caída. Piensa que tiene que recogerle de inmediato, apartarle de los cristales.

Se arrodilla a su lado y posa una mano en el hombro inerte. Suave, muy suavemente, como si temiera despertarle, retira la bata que le cubre la cabeza. Lo único que acierta a distinguir en el amasijo reluciente de color rojo, púrpura y blanco son sus labios separados y un ojo abierto. Cae en la cuenta de que ha emitido un sonido, una exclamación aguda de dolor y de sorpresa. Le cubre de nuevo la cabeza con la bata.

Permanece arrodillada a su lado, sin saber qué hacer a continuación. Vuelve a tocarle el hombro con la mano. No lo acaricia; se limita a reposar en él la mano. Se dice que debería llamar a la policía, pero no quiere dejar solo a Richard. Aguarda a que alguien la llame en su lugar. Mira hacia arriba, a las filas de ventanas en ascenso, los tendederos de ropa, el cuadrado perfecto del cielo recortado por el filo delgado y blanquiazul de una nube, y comienza a entender que nadie lo sabe todavía. Nadie ha visto ni oído la caída de Richard.

No se mueve. Localiza la ventana de la anciana, con sus tres estatuillas de cerámica (invisibles desde tan abajo). La anciana debe de estar en casa, apenas sale a la calle. Clarissa siente el impulso de gritarle, como si fuera un miembro de la familia; como si hubiera que informarle. Clarissa pospone, por lo menos durante un minuto o dos, el inevitable acto siguiente. Permanece junto a Richard, tocándole el hombro. Se siente (como asombrada de sí misma) ligeramente avergonzada por lo que ha ocurrido. Se pregunta por qué no llora. Es consciente del sonido de su propia respiración. Es consciente de que las zapatillas siguen puestas en los pies de Richard, de que el cielo se refleja en el charco creciente de sangre.

Así pues, esto termina aquí, en un camastro de cemento, debajo de los tendederos de la ropa, entre cristal hecho añicos. Le pasa la mano suavemente por el hombro y a lo largo de la frágil curva del cuello. Culpablemente, como si estuviese haciendo algo prohibido, se inclina y descansa la frente contra la columna vertebral de Richard mientras sigue siendo, en cierto modo, suya; mientras continúa siendo en cierto modo Richard Worthington Brown. Huele la franela ajada de la bata, los efluvios vinosos de su piel sin lavar. Le gustaría hablar con él, pero no puede. Se limita a reposar su cabeza, levemente, sobre la espalda de Richard. Si fuera capaz de hablar, diría algo —no sabe qué, exactamente— acerca de que ha tenido el coraje de crear y, lo que quizá sea más importante, que ha tenido la valentía de amar singularmente, a lo largo de decenios, contra toda lógica. Le diría que ella, Clarissa, le había amado a cambio, amado inmensamente, pero le había abandonado en la esquina de una calle hacía ya más de treinta años (y, en realidad, ¿qué otra cosa habría podido hacer?). Le confesaría su deseo de vivir una vida relativamente corriente (ni más ni menos que lo que desea la mayoría de la gente), y cuánto deseaba que hubiese ido a su fiesta y hubiera exhibido su devoción en presencia de los invitados de ella, de Clarissa. Le pediría perdón por haberse abstenido, el día que resultaría ser el de su muerte, de

besarle en los labios, y por decirse a sí misma que lo hacía únicamente por el bien de la salud del enfermo.

La señora Brown

Las velas están encendidas. Han cantado la canción. Dan, al apagar las velas de un soplo, rocía con una gotas diminutas de saliva la superficie lisa de la tarta. Laura aplaude y, al cabo de un momento, también lo hace Richie.

—Feliz cumpleaños, querido —dice ella.

Un espasmo de rabia surge de improviso, la atraganta. Es un hombre zafio, burdo, estúpido; ha rociado de saliva la tarta. Está atrapada aquí para siempre, impostando el papel de esposa. Tiene que sobrellevar esta noche y después la mañana siguiente y después otra noche aquí, en estas habitaciones, sin ningún sitio adonde ir. Tiene que agradar; tiene que continuar.

Quizá fuera como salir a un campo resplandeciente de nieve. Podría ser atroz y maravilloso. *Creíamos que ella se encontraba bien, que sus cuitas eran las normales. No sabíamos nada.*

La cólera remite. No es nada, se dice. Todo va bien. Por el amor del cielo, recobra la compostura.

Dan le ciñe con el brazo las caderas. Laura percibe la solidez carnosas y fragante del marido. Se arrepiente. Es más consciente que nunca de lo bueno que es Dan.

Él dice:

—Esto es fantástico. Es perfecto.

Ella le acaricia la nuca. Él tiene el pelo lustroso por el uso de Vitalis, ligeramente áspero, como la piel de una nutria. La cara, con su barba incipiente, tiene un brillo sudoroso, y su pulcro cabello se ha relajado lo bastante para formar un solo mechón aceitoso, de la anchura aproximada de una brizna de hierba, que pende hasta cierto punto justo encima de las cejas. Se ha quitado la corbata, desabrochado la camisa; exuda un aroma complejo, compuesto de sudor, Old Spice, el cuero de sus zapatos y el inefable, profundamente familiar olor de su piel, un olor que contiene elementos de hierro, de lejía y el efluvio más remoto de un alimento cocinado, como si en los fondos de su cuerpo estuvieran friendo algo húmedo y graso.

Laura le dice a Richie:

—¿Has pensado un deseo, también?

Él asiente, aunque no se le ha ocurrido tal posibilidad. Es como si siempre, a cada instante, estuviese formulando un deseo, y que sus deseos, como los de su padre, tuvieran como tema principal la continuidad. Al igual que su padre, lo que quiere más ardientemente es tener más de lo que ya tiene (aunque, por supuesto, si se le

preguntara por la naturaleza de sus deseos recitaría en el acto una larga lista de juguetes, reales e imaginarios). Lo mismo que su padre, intuye que es muy posible que no obtengan precisamente más de lo que ya tienen.

—¿Te gustaría ayudarme a cortar la tarta? —le pregunta su padre.

—Sí —responde Richie.

Laura trae platos de postre y tenedores de la cocina. Ella está aquí, en este comedor modesto, a salvo, con su marido y su hijo, mientras Kitty aguarda postrada en una habitación del hospital a que los médicos le digan lo que han descubierto. Aquí está, esta familia, en esta vivienda. Todo a lo largo de su calle, a lo largo de innumerables calles, relucen las ventanas. Se están sirviendo multitud de cenas; se están narrando los triunfos y los reveses de infinidad de días.

Cuando Laura deposita en la mesa los tenedores y los platos —que tintinean suavemente en el mantel blanco almidonado—, se diría que de repente ha triunfado en el último minuto, así como un pintor, de una pincelada, traza una línea de color en un lienzo y lo salva de la incoherencia; así como un escritor escribe la frase que descubre las pautas soterradas y la simetría de su drama. Guarda una cierta relación con el hecho de posar platos y tenedores en un mantel blanco. Es algo tan inconfundible como inopinado.

Dan deja que Richie retire las velas apagadas antes de guiar la mano de su hijo para cortar la tarta. Laura observa. El comedor parece ahora el más perfecto comedor imaginable, con sus paredes de un verde amarillento y su aparador de madera oscura de arce, que alberga un joyero de bodas de plata. La habitación parece casi saturada: llena de la vida de su marido y su hijo; llena de futuro. Importa; brilla. Gran parte del mundo, países enteros, han sido diezmados, pero una fuerza que se asemeja inequívocamente a la bondad ha prevalecido; hasta Kitty, parece, será curada por la ciencia médica. La curarán. Y si no lo hacen, si está deshauciada, Dan y Laura y el hijo de ambos y la promesa del segundo seguirán estando aquí, en este comedor donde un niño frunce el ceño, concentrado en la tarea de retirar las velas, y donde su padre le acerca una a la boca y le insta a que chupe la nata.

Laura lee el instante conforme transcurre. Helo aquí, piensa; ya se aleja. Está a punto de pasarse la página.

Sonríe a su hijo, serenamente, desde cierta distancia. Él devuelve la sonrisa. Lame el extremo de la vela apagada. Piensa otro deseo.

La señora Woolf

Trata de concentrarse en el libro que tiene en el regazo. Ella y Leonard pronto dejarán Hogarth House e irán a Londres. Así se ha decidido. Virginia ha ganado. Se esfuerza en concentrarse. Se han tirado las sobras de buey, se ha limpiado la mesa, se han fregado los platos.

Irás al teatro y a salas de conciertos. Asistirás a fiestas. Frecuentarás las calles, lo verás todo, recopilarás historias.

... la vida; Londres...

Escribirás sin parar. Terminarás su libro y luego escribirás otro. Conservarás la cordura y vivirás como se había propuesto vivir, densa y profundamente, entre otras personas afines, en plena posesión y dominio de sus dotes.

Piensa, de improviso, en el beso de Vanessa.

El beso fue inocente —lo bastante inocente—, pero fue asimismo rebosante de algo no muy distinto de lo que Virginia desea de Londres, de la vida; rebosaba de un amor complejo y voraz, antiguo, algo muy especial. Servirá como una manifestación, en esta tarde, del misterio central mismo, el resplandor esquivo que fulgura en los bordes de determinados sueños; el resplandor que, cuando despertamos, ya se está borrando de nuestro pensamiento, y que nos levantamos con la esperanza de encontrar, tal vez hoy, este nuevo día en que podría acontecer cualquier cosa, absolutamente todo. Ella, Virginia, ha besado a su hermana, no con entera inocencia, a la espalda ancha y quisquillosa de Nelly, y ahora está en una habitación con un libro en el regazo. Es una mujer que va a trasladarse a Londres.

Clarissa Dalloway habrá amado a una mujer, sí; a otra mujer, cuando era joven. Ella y la mujer se habrán besado, un beso como los singulares besos embrujados de los cuentos de hadas, y Clarissa guardará en la memoria ese beso, la galopante esperanza que entraña, toda su vida. Jamás encontrará un amor como el que ese beso solitario parecía prometer.

Virginia, excitada, se levanta de la silla y posa el libro en la mesa. Leonard le pregunta desde su silla:

—¿Vas a acostarte?

—No. Es pronto, ¿no?

Él consulta su reloj, hoscamente.

—Son casi las diez y media —dice.

—Estoy un poco inquieta. No estoy cansada todavía.

—Me gustaría que te acostaras a las once —dice él.

Ella asiente. Se portará bien, ahora que ya está decidido el traslado a Londres. Sale del salón, cruza el recibidor y entra en el comedor a oscuras. Largos rectángulos de luz de luna, mezclada con luz de la calle, caen a través de la ventana sobre el tablero de la mesa; los barren las ramas mecidas por el viento, reaparecen y se esfuman de nuevo. Virginia observa desde la entrada los dibujos cambiantes, como contemplaría la rompiente de las olas en la playa. Sí, Clarissa habrá amado a una mujer. Clarissa habrá besado, una sola vez a una mujer. Clarissa sufrirá una pérdida, se quedará profundamente sola, pero no morirá. Estará demasiado enamorada de la vida, de Londres. Virginia se imagina a otra persona, sí, a alguien fuerte de cuerpo pero débil de mente; alguien con un toque de genio, de poesía, triturado por las ruedas del mundo, por la guerra y el gobierno, por los médicos; alguien que es, técnicamente, un demente, pues ve significado en todas partes, sabe que los árboles son seres sensibles y que los gorriones gorjean en Grecia. Sí, alguien así. Clarissa, la cuerda Clarissa —la exultante, la ordinaria Clarissa— saldrá adelante, adorando Londres, amando su vida de placeres sencillos y otra persona, un poeta trastornado, un visionario, será la que muera.

La señora Brown

Termina de cepillarse los dientes. Han fregado los platos y los han guardado, Richie está en la cama, su marido está esperando. Enjuaga el cepillo debajo del grifo, se enjuaga la boca, escupe en el lavabo. Su marido estará en un lado de la cama, mirando al techo con las manos enlazadas en la nuca. Cuando ella entre en el dormitorio, él la mirará como sorprendido y feliz de verla allí, su esposa, precisamente ella, a punto de despojarse de la bata, depositarla encima de la silla y meterse en la cama con él. Tal es su estilo: sorpresa juvenil; un leve regocijo, un poco vergonzoso; una inocencia honda y distraída, con el sexo enrollado dentro como un resorte. Ella piensa a veces, no puede evitarlo, en esas latas de cacahuetes que venden en las tiendas de bromas, esas latas que esconden serpientes de papel listas para desplegarse cuando abres la tapa. No leerá esta noche.

Introduce el cepillo en la ranura del recipiente de porcelana.

Cuando mira en el espejo del botiquín, se imagina fugazmente que hay alguien apostado detrás de ella. No hay nadie, por supuesto; no es más que un juego de la luz. Por un instante, no más que un instante, se ha figurado que ve a una especie de espectro, una segunda versión de sí misma, que la observa, situada inmediatamente detrás de ella. No es nada. Abre el armarito y guarda la pasta de dientes. Ahí, en las repisas de cristal, se guardan las diversas lociones y pulverizadores, las vendas y las pomadas, los medicamentos. Ahí está el frasco de plástico de la receta, que contiene los somníferos. El frasco, que hace poco ha sido rellenado, está casi lleno: no puede tomar estas pastillas, desde luego, mientras esté embarazada.

Coge el frasco del estante, lo sostiene a la luz. Dentro hay, como poco, treinta píldoras, quizá más. Vuelve a dejarlo en la repisa.

Sería tan fácil como registrarse en un hotel. Tan sencillo como eso. Piensa en lo maravilloso que sería que ya nada tuviera importancia. Piensa en lo maravilloso que sería no preocuparse ya más, no luchar ni fracasar.

¿Y si aquel momento de la cena —aquel contrapeso, aquella perfección— fuera suficiente? ¿Y si decidieses no querer ninguno más?

Cierra la puerta del botiquín, que encaja en el marco con un sólido y eficaz clic metálico. Piensa en todas las cosas que contiene el armarito, en sus estantes, ahora ya en la oscuridad. Entra en el dormitorio, donde su marido aguarda. Se quita la bata.

—Hola —dice él con voz confiada, tierna, desde su lado de la cama.

—¿Has pasado un buen cumpleaños? —pregunta ella.

—El mejor de mi vida.

Retira la sábana para que ella se acueste pero Laura vacila, de pie a un lado de la cama, con su vaporoso camisón azul. Ella no parece percibir su propio cuerpo, aunque sabe que está allí.

—Qué bien —dice ella—. Me alegro de que te haya gustado.

—¿Vienes a la cama? —dice él.

—Sí —responde ella, y no se mueve. En este instante, podría ser nada más que una inteligencia flotante; ni siquiera un cerebro dentro de una calavera, sino sólo una presencia que percibe, como haría un espectro. Sí, piensa, probablemente así debe de sentirse un espectro. Es un poco como leer, ¿no?; la misma sensación de conocer a gente, entornos, situaciones, sin desempeñar un papel especial, salvo el de espectadora gustosa.

—¿Y bien? —dice Dan—. ¿Vienes a la cama?

—Sí —dice ella.

Muy a lo lejos, oye ladrar a un perro.

La señora Dalloway

Clarissa posa la mano en el hombro de la anciana, como preparándola para una conmoción mayor. Sally, que las ha precedido por el pasillo, abre la puerta.

—Aquí es —dice Clarissa.

—Sí —contesta Laura.

Cuando entran en el apartamento, a Clarissa la alivia ver que Julia ha guardado los entremeses. Las flores, por supuesto, siguen en su sitio, brillantes e inocentes, desbordando de jarrones en gran profusión fortuita, porque a Clarissa no le gustan los arreglos. Prefiere que las flores estén como si acabaran de llegar, a montones, del campo.

Junto a un jarrón lleno de rosas, Julia duerme en el sofá con un libro abierto en el regazo. Duerme sentada en una postura de sorprendente dignidad, incluso autoridad, cuadrada, con los hombros relajados, ambos pies en el suelo y la cabeza ligeramente abatida, como si rezara. En ese momento podría ser una deidad menor que ha acudido a atender una inquietud mortal; que ha venido a decir, con grave, amorosa certidumbre y susurro, desde su estado de raptó, a quienes entran: «No es nada, no te asustes, lo único que tienes que hacer es morir».

—Ya hemos vuelto —dice Sally.

Julia se despierta, parpadea y se levanta. El hechizo se ha roto; Julia es de nuevo una muchacha. Sally entra a zancadas, despojándose de la chaqueta mientras camina, y brevemente domina la impresión de que Clarissa y la anciana permanecen tímidamente en el vestíbulo, rezagadas, quitándose con cuidado los guantes, aunque no existe vestíbulo ni llevan guantes.

Clarissa dice:

—Julia, te presento a Laura Brown.

Julia se adelanta y se detiene a una distancia respetuosa de Laura y de Clarissa. Clarissa se pregunta de dónde habrá sacado ese porte, esa presencia. Es todavía una jovencita.

—Lo siento muchísimo —dice Julia.

Laura dice: «Gracias», con un tono más claro y más firme que el que Clarissa hubiese esperado de ella.

Laura es una mujer alta, ligeramente encorvada, de ochenta años o más. Su pelo brillante es de un color gris acero; su piel es translúcida, de una tonalidad de pergamino, repleta de pecas pardas del tamaño de poros. Lleva un vestido estampado

oscuro y zapatos blandos de anciana, como de crepé.

Clarissa la insta a que avance, a que entre en la habitación. Hay un silencio. Del silencio brota una sensación de que Clarissa, Sally y hasta Laura han llegado, nerviosas y agitadas, sin conocer a nadie, más que impropiedades vestidas, a una fiesta que da Julia.

—Gracias por haber hecho limpieza, Julie —dice Sally.

—He localizado a casi todos los que estaban en la lista —dice Julia—. Unos cuantos han venido. Louis Waters.

—Oh, Dios. No ha recibido mi mensaje.

—Y han venido dos mujeres, no recuerdo sus nombres. Y alguien más, un hombre negro, Gerry no sé qué.

—Gerry Jarman —dice Clarissa—. ¿No ha sido espantoso?

—Gerry Jarman se ha comportado bien. Louis, bueno, se ha descompuesto. Se ha quedado casi una hora. Hemos hablado largo rato. Parecía estar mejor cuando se ha ido. Algo mejor.

—Lo siento, Julia. Siento que hayas tenido que ocuparte de esas cosas.

—No ha sido nada. No te preocupes por mí.

Clarissa asiente, Le dice a Laura:

—Tiene que estar exhausta.

—No sé muy bien cómo estoy —dice Laura.

—Siéntese, por favor —dice Clarissa—. ¿Cree que podría comer algo?

—Oh, creo que no. Gracias.

Clarissa guía a Laura hasta el sofá. Laura toma asiento, agradecida pero cautelosamente, como si estuviese muy cansada pero no segura de que el sofá fuese perfectamente estable.

Julia se sitúa delante de Laura, se inclina hasta acercarse a su oído.

—Voy a prepararle una taza de té —dice—. También hay café. O un brandy.

—Una taza de té me sentaría bien. Gracias.

—En serio, también debería comer algo —dice Julia—. Apuesto a que está en ayunas desde que ha salido de casa, ¿verdad?

—Bueno...

Julia dice:

—Voy a traerle algo de la cocina.

—Eres muy amable, querida —dice Laura.

Julia lanza una ojeada a Clarissa.

—Mamá —dice—, quédate aquí con la señora Brown. Sally y yo vamos a ver qué tenemos.

—Muy bien —dice Clarissa. Se sienta en el sofá, al lado de Laura. Se limita a hacer lo que su hija le ha dicho que haga, y encuentra un alivio sorprendente en obedecerla. Quizá, piensa, una podría empezar a morir de este modo: las atenciones de una hija adulta, las comodidades de una habitación. Así pues, esto es la edad.

Éstos son los pequeños consuelos, la lámpara y el libro. Esto es el mundo, cada vez más gobernado por personas que no son tú; cuya actuación será buena o mala; que no te miran cuando se cruzan contigo en la calle.

Sally le dice a Clarissa:

—¿No es demasiado macabro comer las cosas de la fiesta? Están intactas.

—No me lo parece —dice Clarissa—. Creo que Richard seguramente lo hubiese aprobado.

Mira nerviosamente a Laura. Ésta sonríe, se abraza los codos, se diría que ve algo en los dedos de sus zapatos.

—Sí —dice Laura—. Creo que sí lo hubiese aprobado.

Según el reloj, son las doce y diez de la noche. Laura está sentada con una contención un tanto mojigata, los labios apretados, los ojos entornados. Está esperando, piensa Clarissa, a que pase esta hora. Está esperando el momento de poder acostarse, sola.

Clarissa dice:

—Puede acostarse si quiere, Laura. El cuarto de invitados está al fondo del pasillo.

—Gracias —dice Laura—. Lo haré, dentro de un ratito.

Se instaura un nuevo silencio, que no es íntimo ni especialmente incómodo. Hela aquí, pues, piensa Clarissa; ésta es la mujer de la poesía de Richard. Es la madre perdida, la suicida frustrada; es la mujer que huyó del hogar. Es a la vez chocante y tranquilizador que esa persona resulte ser, de hecho, una anciana de aspecto corriente, sentada en un sofá con las manos en el regazo.

Clarissa dice:

—Richard era un hombre maravilloso.

Se arrepiente al instante. Ya comienzan los consabidos panegíricos; ya se revaloriza al difunto como un ciudadano respetable, un bienhechor, un hombre maravilloso. ¿Por qué ha dicho eso? Para consolar a una anciana, en realidad, y para congraciarse con ella. Y, de acuerdo, lo ha dicho para sentar su derecho sobre el cuerpo: *Le conocí muy íntimamente, yo soy la primera que le juzgará*. En este momento le gustaría ordenar a Laura Brown que se vaya a la cama, que cierre la puerta y que se quede en su habitación hasta el día siguiente.

—Sí —dice Laura—. Y era un escritor magnífico, ¿no cree?

—¿Ha leído sus poemas?

—Sí. Y la novela.

Lo sabe, entonces. Lo sabe todo de Clarissa, y sabe que ella misma, Laura Brown, es el espectro y la diosa de un pequeño conjunto de mitos privados que se han hecho públicos (si *público* no es un vocablo demasiado grandioso para la reducida y tenaz banda de lectores de poesía que quedan). Sabe que ha sido idolatrada y despreciada; sabe que ha obsesionado a un hombre que acaso resulte que era un artista importante. Está sentada aquí, con la piel salpicada de manchas y un vestido estampado. Dice con

calma, hablando de su hijo, que era un escritor magnífico.

—Sí —dice Clarissa, impotente—. Era un escritor magnífico.

—Usted nunca le publicó, ¿verdad?

—No. Éramos demasiado amigos. Habría sido sumamente complicado.

—Sí. Lo comprendo.

—Los editores deben tener cierta objetividad.

—Por supuesto.

Clarissa siente como si se asfixiara. ¿Cómo puede ser tan difícil este trance? ¿Por qué es tan imposible hablar francamente a Laura Brown, hacerle las preguntas importantes? ¿Cuáles son las preguntas importantes?

Clarissa dice:

—Le cuidé lo mejor que pude.

Laura asiente. Dice:

—Ojalá yo hubiera podido atenderle mejor.

—Ojalá yo también hubiera podido.

Laura extiende la mano y toma la de Clarissa. Bajo la piel suave y flácida de la mano de Laura, laten, palpables, los tendones y los nudos de los huesos, las cuerdas de venas.

Laura dice:

—Hicimos lo que pudimos, querida. Es todo lo que se puede hacer, ¿no?

—Sí —dice Clarissa.

De modo que Laura Brown, la mujer que trató de morir y fracasó en su intento, la mujer que abandonó a su familia, está viva cuando todos los demás, todos los que lucharon por sobrevivir tras ella, han fallecido. Sigue con vida después de que su ex marido sucumbiera a un cáncer de hígado, después de que un conductor borracho matara a su hija. Está viva después de que Richard se haya lanzado desde una ventana sobre un lecho de cristales rotos.

Clarissa sostiene la mano de la anciana. ¿Qué otra cosa puede hacer?

Clarissa dice:

—Me pregunto si Julia se acordará de su té.

—Seguro que sí, querida.

Clarissa lanza una mirada a las puertas de cristal que dan al modesto jardín. Ella y Laura Brown están reflejadas imperfectamente en el cristal negro. Clarissa piensa en Richard subido en el alféizar; en Richard soltándose; no saltando, propiamente, sino deslizándose desde una roca al agua. ¿Cómo habrá sido el instante irrevocable en que lo ha hecho; el momento en que ya estaba fuera de su oscuro apartamento y volando por los aires? ¿Cómo habrá sido ver el callejón abajo, con sus cubos de basura azules y marrones, su suelo rociado de cristal ámbar que se aproximaba velozmente? ¿Ha sido, puede haber sido placentero de algún modo yacer acurrucado en el suelo y sentir (¿sintió momentáneamente?) el cráneo abierto y todos sus impulsos, sus lucecitas, derramadas? No puede haber sentido un gran dolor. Debe de haber sentido la idea del

dolor, el primer choque y luego... lo que venga después.

—Voy a ver —le dice a Laura—. Vuelvo dentro de un minuto.

—Muy bien —dice Laura.

Clarissa se levanta, y con pasos un poco inseguros entra en la cocina. Sally y Julia han sacado la comida del frigorífico y la han amontonado sobre los mostradores. Hay espirales de pechugas de pollo a la parrilla, con manchas negras y vetas de un brillante color amarillo, espetadas en palos de madera, dispuestas alrededor de un bol de salsa de cacahuets. Hay tartas de cebolla en miniatura. Hay gambas hervidas, y relucientes cuadrados de atún bastante crudo, de un color rojo intenso, con unas gotas de *wasabi*. Hay triángulos oscuros de berenjenas asadas, y emparedados redondos de pan moreno, y hojas de endivias con los extremos del tallo discretamente sazonados con queso de cabra y nueces picadas. Hay boles llenos de verduras crudas. Y hay, en un plato de barro, el cangrejo a la cazuela que Clarissa ha guisado para Richard, porque era su manjar favorito.

—Dios mío —dice Clarissa—. Mira todo esto.

—Esperábamos a cincuenta personas —dice Sally.

Las tres permanecen durante un momento frente al montón de bandejas de comida. La comida tiene un aspecto impoluto, intocable; como si fuera un muestrario de reliquias. Clarissa tiene la impresión fugaz de que los alimentos —las sustancias más perecederas— perdurarán después de que ella y las demás hayan desaparecido; después de que todas, incluso Julia, hayan muerto. Se imagina la comida expuesta donde está ahora, todavía fresca, de alguna forma, intacta, mientras ella y Sally y Julia abandonan estas habitaciones, una tras otra, para siempre.

Sally toma la cabeza de Clarissa en sus manos. Le besa la frente con firmeza y pericia, de una manera que a Clarissa le recuerda el acto de estampar un sello en una carta.

—Vamos a comer primero y después nos acostamos —dice en voz baja, muy cerca del oído de Clarissa—. Ya es hora de que acabe este día.

Clarissa aprieta el hombro de Sally. Le diría «Te quiero», pero Sally, por supuesto, lo sabe. Sally presiona a su vez la parte superior del brazo de Clarissa.

—Sí —dice ésta—. Ya es hora.

En ese momento es como si Richard empezase realmente a abandonar el mundo. Para Clarissa es una sensación casi física, un desapego suave pero irreversible, como una brizna de hierba que se despega del suelo. Pronto Clarissa estará dormida, pronto dormirán todos los que conocieron a Richard, y mañana por la mañana descubrirán al despertar que se ha incorporado al reino de los muertos. Se pregunta si mañana señalará no sólo el fin de la vida terrenal de Richard, sino también el principio del fin de su poesía. Hay, al fin y cabo, tal cantidad de libros. Algunos de ellos, un puñado, son buenos, y de ese puñado sólo unos cuantos perviven. Es posible que los ciudadanos del futuro, personas que aún no han nacido, quieran leer las elegías de Richard, las hermosas cadencias de sus lamentaciones, sus ofrendas de amor y cólera

rigurosamente exentas de sentimentalismo, pero es mucho más probable que sus libros se desvanezcan junto con casi todo lo demás. Clarissa, la heroína de novela, desaparecerá, al igual que Laura Brown, la madre perdida, la mártir y desalmada.

Sí, piensa Clarissa, ya es hora de que termine el día. Organizamos fiestas; abandonamos a nuestras familias para vivir solos en Canadá; con gran trabajo escribimos libros que no cambian el mundo, a pesar de nuestras dotes, sin escatimar esfuerzos, y a pesar de nuestras esperanzas más descabelladas. Vivimos nuestra vida, hacemos lo que hacemos y luego dormimos: es tan sencillo y vulgar como esto. Unos pocos se tiran por la ventana o mueren ahogados o toman pastillas; más personas mueren a causa de accidentes; y la mayoría de nosotros, la gran mayoría, somos devorados lentamente por alguna enfermedad o, si tenemos mucha suerte, por el tiempo mismo. El único consuelo que tenemos es esta hora o aquélla en que nuestra vida, contra toda probabilidad y contra toda expectativa, se abre de pronto y nos da todo lo que hemos imaginado, aunque todos, menos los niños (y quizás ellos también), sabemos que a esas horas, inevitablemente, les seguirán otras, mucho más oscuras y más arduas. Apreciamos, no obstante, la ciudad, la mañana; por encima de todo, confiamos en que sigan existiendo.

Sólo el cielo sabe por qué las amamos tanto.

He aquí, pues, la fiesta, todavía preparada; he aquí las flores, todavía lozanas; todo está listo para los invitados, que han resultado ser tan sólo cuatro. Perdónanos, Richard. Es, en efecto, una fiesta, en definitiva. Es una fiesta para los que aún-no-han-muerto; para los relativamente indemnes; para quienes, por misteriosas razones, tienen la fortuna de estar vivos.

Es, en efecto, una grandísima fortuna.

Julia dice:

—¿Crees que debo preparar un plato para la madre de Richard?

—No —dice Clarissa—. Voy a buscarla.

Vuelve al cuarto de estar, donde está Laura Brown. Laura dirige una sonrisa lánguida a Clarissa: ¿quién podría saber lo que piensa o siente? Hela aquí, pues; la mujer de la ira y la tristeza, la mujer patética, la deslumbrante de encanto; la mujer enamorada de la muerte; la víctima y la torturadora que obsesionó la obra de Richard. Aquí, en esta habitación, aquí mismo está la amada; la traidora. Es una anciana, una bibliotecaria jubilada de Toronto, que viste zapatos viejos de mujer.

Y aquí está ella, Clarissa, que ya no es la señora Dalloway; ya no queda nadie que la llame así. Tiene aún otra hora por delante.

—Venga, señora Brown —dice—. Todo está listo.

Agradecimientos

Para la revisión de este libro, conté con la ingente ayuda de Jill Ciment, Judy Clain, Joel Conarro, Stacey D'Erasmus, Bonnie Friedman, Marie Howe y Adam Moss. Me facilitaron otra clase de apoyo, en forma de asesoramiento técnico y de investigación, Dennis Dermody, Paul Elie, Carmen Gomezplata, Bill Hamilton, Ladd Spiegel, John Waters y Wendy Welker. Mi agente, Gail Hochman, y mi editor, Jonathan Galassi, son santos seculares. Tracy O'Dwyer y Parick Giles me han brindado más inspiración de orden general de lo que ellos mismos quizá sepan, al leer tan amplia, inteligente y voluptuosamente como lo hacen. Mis padres y mi hermana son asimismo grandes lectores, aunque eso dista mucho de agotar la lista de sus aportaciones. Donna Lee y Cristina Thorson siguen siendo esenciales en más sentidos de los que pueda enumerar aquí.

Three Lives and Company, una librería cuyas propietarias y gerentes son Jill Dunbar y Jenny Peder, es un santuario y, para mí, el centro del universo civilizado. Durante algún tiempo ha sido el lugar más fiable donde acudir cuando necesito recordar por qué las novelas compensan el trabajo que requiere escribirlas.

Recibí una asignación de la Engelhard Foundation y una beca de la Mrs. Giles Whiting Foundation, fondos ambos que me fueron de considerable utilidad.

Mi gratitud profunda a todos los mencionados.

Una nota sobre fuentes

Aun cuando Virginia Woolf, Leonard Woolf, Vanessa Bell, Nelly Boxall y otras personas que vivieron realmente aparecen en este libro como personajes de ficción, he procurado exponer lo más fielmente posible los pormenores externos de sus vidas como habrían sido un día de 1923 que les he inventado. Para obtener información recurrí a una serie de fuentes, muy en especial a dos biografías magníficamente ecuánimes y perspicaces: *Virginia Woolf*, de Quentin Bell, y *Virginia Woolf*, de Hermione Lee. Igualmente fundamentales fueron *Virginia Woolf: The Impact of Childhood Sexual Abuse on Her Life and Work*, de Louise de Salvo, *Virginia Woolf*, de James King, *Selected Letters of Vanessa Bell*, editadas por Regina Marler, *Woman of Letters: A Life of Virginia Woolf*, de Phyllis Rose, *A Marriage of True Minds: An Intimate Portrait of Leonard and Virginia Woolf*, de Georges Spater e Ian Parsons, y *Beginning Again: An Autobiography of the Years 1911 to 1918*, y *Downhill All the Way: An Autobiography of the Years 1919 to 1939*, de Leonard Woolf. Fue esclarecedor un capítulo sobre *Mrs. Dalloway* en el libro *Libidinal Currents: Sexuality and the Shaping of Modernism*, de Joseph Boone, así como un artículo de Janet Malcolm, «A House of One's Own», publicado en el *The New Yorker* en 1995. También aprendí mucho de las introducciones a diversas ediciones de *La señora Dalloway*: la de Maureen Howard en la edición de Harcourt Brace & Co., la de Elaine Showalter en la de Penguin, y la de Claire Tomalin en la de Oxford. Estoy en deuda con Anne Olivier Bell por recopilar y editar los diarios de Woolf, con Andrew McNeillie por ayudarla, y con Nigel Nicolson y Joanne Trautmann por recopilar y editar las cartas de Woolf. Joan Jones me facilitó información amablemente cuando visité Monk's House en Rodmell. Doy las gracias a todas estas personas.

Notas

[1] Este párrafo en cursiva, así como los siguientes que aparecerán más adelante, reproduce textualmente las primeras páginas de *Mrs. Dalloway* (*La señora Dalloway*), novela de Virginia Woolf. Aunque existen versiones de esa obra, he preferido traducir esta parte del texto. (N. del T.) <<

[2] Referencia a Paul Bunyan, leñador legendario de los Estados Unidos y Canadá. Por extensión significa una persona gigantesca. (*N. del T.*) <<